



O. C. TAVIN

"KILLER"

A

SUELDO



OBRAS PUBLICADAS DE O. C. TAVEN

EN F. B. I.:

- «La redada», núm. 10.
- «¡Traidor!», núm. 17.
- «Persecución», núm. 24.
- «Trampas mortales», núm. 30.
- «Secuestro», núm. 35.
- «A la desesperada», núm. 41.
- «Armpur, expulsado», núm. 47.
- «Misterio en Viena», núm. 54.
- «Pavorosa elección», núm. 57.



SAN BERNARDO, 68. - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE! por Alf Manz. (5.ª edición)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (4.ª edición.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair (2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición)
» 12.—GUERRA DE GANGTERS, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Fran McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.ª edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz (2.ª edición.)
» 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
» 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
» 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
» 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
» 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
» 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
» 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
» 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
» 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.

- Núm. 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 » 32.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
 » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 » 38.—FILIUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
 » 43.—TINIEBLAS, por Alf Manz.
 » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
 » 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
 » 48.—
 » 49.—LA MAFFIA, por Alf Manz.
 » 50.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
 » 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
 » 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John L. Martin.
 » 53.—¡ACUSADO!, por A. G. Murphy.
 » 54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
 » 55.—EL GENIO DEL MAL, por A. Benet.
 » 56.—HOMBRES ARMADOS, por Jak Brooklyn.
 » 57.—FAVOROSA ELECCION, por O. C. Tavin.
 » 58.—LA BESTIA ESCARLATA, por Frank McFair.
 » 59.—HUELLAS DE ULTRATUMBA, Thomas Settee.
 » 60.—S. O. S., por Lewis Haroc.
 » 61.—BILLETES MALDITOS, por Frank McFair.
 » 62.—CAMINO DE PERDICION, por John Nebot.
 » 63.—CAMARADAS ENEMIGOS, por Frank McFair.
 » 64.—A LA DERIVA, por Alar Benet.
 » 65.—ODIO, por Alf Manz.
 » 66.—CITA DE MADRUGADA, por Frank McFair.

En preparación:

MUERTE EN EL ATARDECER.

Animus meminisse hórret
(Mi alma se horroriza al recordarlo.)
ENEIDA. *Virgilio.*

I



AMMA!... Mamma! — gritó desde la alcoba inmediata una voz de hombre ligeramente atiplada, en italiano, con el acento siciliano.

Mamma Paola dejó apresuradamente su quehacer, en la cocina, de freír unos buñuelos en la sartén, y partió hacia la alcoba, trepidando el suelo de *parquet* bajo su peso. Era de mediana estatura, muy gruesa, de anchas caderas y pecho enorme, que descansaba sobre el abdomen. Jadeaba ostentosamente mientras gritaba con una voz llena de apasionado cariño, aunque trataba de disimularlo bajo un tono regañón.

—Ya era hora, «bambino», ya era hora... Van a dar las once y aquí me tienes esperando a que despiertes, sin poder salir a hacer las compras...

Penetró la anciana, de blanquísima cabellera, peinada hacia

atrás, enrojecido su rostro por el calor del hornillo eléctrico. Brillaban sus ojos negros, de meridional, en los que aún había una gran belleza por su tamaño y forma de almendra. Todo su rostro revelaba una gran ternura y candor, con las abultadas mejillas, ya bastante arrugadas, la nariz aguileña y los labios pálidos, de casi perfecta delineación. De joven, Paola Radossi, viuda de Vincenzo Radossi, fue una gran belleza y produjo a su marido no pocas inquietudes, motivadas por los celos, pues aunque Paola fue siempre leal y fiel compañera suya, tuvo infinitos admiradores, aun de casada, y hubo de resistir triunfalmente toda clase de asedios amorosos. De la unión de Vincenzo y Paola, él también apuesto y varonil, nació Ettore, que ahora llamaba mimosamente a su madre.

Abrió la puerta y penetró en la alcoba, que olía a humo de tabaco, y estaba casi a oscuras. Corrió las cortinas de terciopelo verdoso y elevó la ventana, dejando que penetrasen los rayos del sol en la estancia. Se acercó después al lecho, sonriendo dichosamente, se inclinó y besó reiteradamente el rostro de Ettore, que le devolvió las caricias, estrechándola contra su pecho.

Ettore había heredado la belleza de sus padres y quizá su rostro fuese excesivamente apolíneo y bello para ser el de un hombre. Su nariz tenía el corte clásico griego, así como la elevada y ancha frente. Su boca, de labios sensuales, era femenina en su dibujo, y no le faltaba el rojo color. Mentón bien cortado y ojos muy negros, de intensa, profunda mirada, enormes y rasgados. Caíale ahora la revuelta cabellera negra, con reflejos azulados, rizada, por encima del rostro, y con ello dábale una extraña expresión de feminidad, tal que si fuese el retrato de su madre cuando fue más espléndidamente bella.

—¿Son las once ya? —inquirió Ettore, sentándose en la cama y encendiendo un cigarrillo pausadamente—. A las doce ha de venir un señor... Trae el desayuno y prepárame el baño. «Presto!»

—¿Qué visita?

Ettore hizo un gesto apenas disimulado de fastidio.

—«Un uomo... Un amico...»

—¿Un agente especial, compañero tuyo? —sugirió la anciana en tono suave, no queriendo ver en su hijo el enfado.

—«Chiaro!» Un agente especial. Un inspector que viene a consultarme. Mamma Paola abrió la boca, en un gesto de asombro y

admiración hacia su hijo, contemplándole con arrobo mientras descansaba las manos sobre el regazo, sentada encima de la cama, a los pies.

—Cómo no serás tú todavía un inspector del

F. B. I.,

si tienen que venir a tu casa a consultarte esos grandes señores... —dijo en tono de reproche. Creo que te haces valer poco, Ettore.

—No es precisamente a consultarme, mamma —opuso el joven, lanzando una densa columna de humo del cigarrillo al espacio mientras miraba hacia la ventana distraídamente—. Es para darme instrucciones. Nosotros, a veces, no debemos aparecer por Centre Street, por la División. Podemos ser vistos por los maleantes y luego ser reconocidos como agentes del

F. B. I.

—«Maraviglioso!» Ya comprendo. Entonces, ahora estás como cuando te ausentaste de casa durante varios meses, en que nada supe de ti, y luego volviste hecho un agente especial de Quántico. Hubo quien me dijo, «maledetto!», que eras un «ladro», un «assassino», y que estabas huido... Son misiones especiales, claro, que os confía el

F. B. I.,

¿verdad?

—«Verità». Pero tráeme el desayuno y no charles tanto, vieja —murmuró Ettore con impaciencia—. Y, sobre todo, cuando salgas al mercado, no te vayas de la lengua. Nadie tiene que saber que yo soy de la policía. Te lo he dicho muchas veces, pero me parece que no me haces caso. Ya sabes cuántos malhechores hay en este Harlem, y lo que me podrían fastidiar.

—«Chè spropósito»... —exclamó mamma Paola en tono ofendido mientras sonreía maliciosamente—. Si siempre digo que eres un comisionista, como tú me ordenaste...

Salió en busca del desayuno riendo quedamente, cloqueando, mientras jadeaba. Ettore lanzó un suspiro y estiró los brazos para alcanzar un violín, que estaba sobre una mesita, cerca de la cama. Hizo unos cuantos acordes y seguidamente comenzó una zarabanda siciliana, de Scarlatti, con magnífico estilo y maestría.

Mamma Paola, de vuelta ya con el desayuno, se quedó en el umbral, con la bandeja en las manos, escuchando embobada a su

hijo. Brotaron las lágrimas de sus grandes ojos mientras su prominente vientre se movía al compás de los sollozos. Ettore se volvió para mirarla, sonrió y dejó el instrumento para tomar la bandeja. Ella se enjugó las lágrimas de ternura y tornó a sentarse sobre la cama, a los pies, contemplando a su hijo con inmensa dulzura. El hijo, en tanto, devoraba el chocolate con los buñuelos al estilo italiano y el pan tostado con miel de la Umbría, en la lejana y amada Italia.

—«Solé mío»... —comenzó de nuevo mamma Paola tímidamente, sonriendo halagadoramente mientras juntaba las gordezuelas manos sobre el regazo—. ¿Qué asunto es el que te va a ocupar ahora? ¿Muy importante?

—Bueno..., regular —concedió Ettore, con la boca llena de chocolate y buñuelos, haciendo un gesto de indiferencia.

—¿Peligrará tu vida? —Siguió ella ansiosamente, y sus ojos expresaron la angustia—. Siempre rezo a la «Santíssima Vêrgine» por ti, porque te aparte de los peligros de muerte... y porque dejes esa profesión que me quita la vida. Unas veces me siento orgullosa de que seas un «bravíssimo» agente especial, un «illustre» defensor del bien común, pero otras... —Se llevó la punta del delantal a los ojos, suspirando ruidosamente.

—No temas, mamma. Es cierto que tenemos nuestra vida en continua «incertezza», pero siempre se sale con bien —explicó Ettore limpiándose los labios con la servilleta—. No soy un «imbecille» que se deje agujerear la piel.

—¿Y ahora? ¿Es una misión peligrosa? ¿Crees que tendrás que ausentarte? Lo digo por si preguntan por ti, poder decir algo que no sea un disparate. Todos los vecinos te quieren, se interesan tanto por ti, mí «bello» Ettore. Y las chicas...

—No lo sé fijamente. Son órdenes secretas. Ya te lo diré. Pero si he de ausentarme, ya sabes lo que debes decir. Que he salido de viaje por exigencias de mis representaciones. Y vete, que me voy a vestir. Son cerca de las doce.

Mamma Paola hizo un mohín de disgusto mientras salía de la alcoba. Su hijo, pensaba con cierta amargura, no era todo lo explícito que ella hubiera deseado. A una madre nada se la debe ocultar. Pero reconocía que su amado Ettore era prudente al guardar silencio acerca de sus actividades en el

F. B. I.

Ella gustaba de charlar y comentar con sus amigos, siempre en secreto absoluto, claro es, lo que su hijo hacía, lo que era, y sus triunfos como agente especial, aunque Ettore jamás se extendía sobre sus andanzas, rodeándolas de cierto misterio, que las hacía, a los ojos de su madre, más sugestivas y fantásticas. Mamma Paola deseaba que su hijo fuese admirado, en secreto, por sus vecinas y amigas, y ella era la encargada de difundir, con la mejor intención, una gran propaganda a favor del hijo heroico, aunque modesto.

Volvió a la cocina, a su fregoteo de cacharros mientras canturreaba en voz baja, oyendo cómo Ettore se bañaba en el inmediato cuarto de aseo. Y pronto el hijo, ya acicalado, bien vestido con un traje marrón oscuro, de corte un poco achulado, con una corbata detonante sobre la camisa de colorines chillones, pasaba a su despacho con el violín en la mano, silbando maravillosamente, imitando a un ruiseñor.

—Si viene ese señor, avísame, mamma —dijo a la anciana.

—¿Cómo se llama? ¿Es italiano?

—No. Es americano. Se llama míster Schenley. Es un gigante, una especie de Primo Camera. No te asuste su cara de bruto...

Mamma Paola volvió a oír el violín de su hijo y automáticamente su rostro dió señales de enternecimiento, sentándose en una silla, las manos sobre el regazo, escuchando embelesada, con la boca abierta, un «Saltarello», vivo y alegre, de Tosti, maravillosamente ejecutado por Ettore. Sus ojos se volvieron a llenar de agua y el amplio pecho subió y bajó aparatosamente, como si llevase el compás de aquella rápida música italiana.

Pensó que su hijo, una vez más, se encontraba en una de sus crisis nerviosas, relativamente frecuentes; sobreexcitado, impulsado a una vida acción, según se traslucía por la viveza de las piezas que ejecutaba al violín. Nada tenía de particular aquella excitación nerviosa, dada su profesión, en la que se imponía la lucha a muerte contra los maleantes, con exposición de la propia vida. Después sobrevendría, como sucedía siempre, un período de lasitud, que se reflejaba igualmente en el carácter de las obras musicales que ejecutaba: lentas, tristes, incluso funerarias, como la Marcha fúnebre, de Chopin, y algunas otras.

El sonido agudo del timbre de la puerta del piso la hizo dar un

brinco, sobresaltada. Y el violín de Ettore calló súbitamente.

Se quitó apresuradamente él sucio delantal blanco y quedó con su negro vestido de diario, que limpió con ambas manos, atusándose el blanquísimo cabello mientras iba por el pasillo adelante, jadeante de emoción.

Abrió la puerta. Un hombre gigantesco, por lo menos tan alto como Primo Camera, bien vestido, de unos cuarenta y dos años de edad, estaba ante ella, sonriéndola de extraña manera. Sus ojos grises, hundidos, tenían una mirada inquisitiva, diríase que feroz por su fijeza y frialdad.

—«Il *signore*»... Schenley? —preguntó mamma Paola con su tono de voz más melifluido, apartándose para dejar pasar al gigante, que la miró de arriba abajo con cierto desdén, pasando al pequeño recibimiento—. «Ispettore» del F. B. I.?

Pase, pase, «eccellenza». Voy a avisar a mí «bam»..., a mi hijo —murmuró confusamente en un inglés poco correcto, haciendo reverencias y sonriendo al visitante, que la contempló socarronamente.

—Dígale que está Schenley, sí —contestó con voz ronca él mientras examinaba, distraídamente, a su alrededor los muebles y cuadros de la estancia.

Mamma Paola abrió la puerta del despacho y penetró rápidamente. Salió en seguida, acompañada de Ettore, que sonreía burlonamente. La madre, discretamente, sonriendo una vez más a Schenley con amabilidad, fuese pasillo adelante hacia la cocina.

—Pase, Schenley —dijo Ettore sin tender la mano a su visitante, y le señaló el despacho con un gesto. Entraron ambos y Schenley se sentó en un sillón, frente a la mesa, donde se sentó Ettore. Pasó a su visitante un estuche de plata con cigarrillos y ambos, silenciosamente, encendieron el tabaco.

—¿Por qué no tiene usted un despacho en otra parte, Radossi? —inquirió Schenley contemplando fijamente al italoamericano que, a su vez, le examinaba profundamente, semicerrados los grandes y negros ojos—. No tenía por qué enterarse de lo nuestro su madre, a no ser que la tenga usted al tanto de todo...

—Eso es cosa mía, Schenley —replicó secamente Ettore—. Mi madre no sabe nada de nada, sino que soy del

F. B. I.,

y eso me conviene por todos estilos. Tengo aquí mi despacho y aquí ventilo mis negocios —sonrió astutamente— precisamente por el buen nombre que mi madre tiene entre todos los vecinos. Es una santa... y por ello bien puede tener a su lado, escondido entre las faldas, a un demonio.

Rió estruendosamente Schenley, echándose hacia atrás.

—Pero ¿no escuchará lo que se hable? —Se volvió para mirar a la cerrada puerta con desconfianza—. Sí, tiene cara de buena...

—Jamás. Su fe en mí es ciega, hablemos de lo nuestro —su voz se hizo más queda, colocando ambas manos sobre la mesa, jugueteando con un puñalito damasquinado, florentino, de aguda hoja—. ¿Quiere beber algo?

—Es lo mejor para aclarar las ideas —aceptó Schenley, sonriendo.

Ettore se levantó y sacó de un mueble librería una botella de Chianti y dos vasos, que llenó, colocando todo sobre la mesa. Schenley paladeó con evidente agrado el líquido, chasqueando la lengua.

—Bueno, de veras, amigo —dijo llenando de nuevo el vaso. Ettore le contemplaba con extraña fijeza, endurecida su mirada. Sus labios temblaban un poco, así como su mentón, muy desarrollado. Parecía poseído por una rara excitación nerviosa.

—Al asunto, Schenley —dijo con voz un poco temblona, tartamudeante.

—O. K. La cosa es que un inspector del

F. B. I.

anda tras de nosotros desde hace tiempo, tomándonos el pulso con manifiesta impertinencia y asiduidad. Hemos tenido que frenar nuestras actividades y cruzarnos de brazos cuando precisamente nos llegó una buena partida de drogas para su distribución. Perdemos tiempo y mucho dinero...

—Naturalmente. Yo diría que cuando el

F. B. I.

se fija en uno, lo mejor es comenzar a encomendarse a Dios —arguyó sonriendo siniestramente Ettore—. A no ser que se tengan buenos triunfos en la mano. Que el fisgón del

F. B. I.

vaya a hacer compañía al diablo...

—Ése es nuestro propósito, Radossi. Ya se lo dije ayer. He hablado con mis muchachos, buscando cuál de ellos sería el más adecuado para esa misión. Pero nos preocupa la idea de que quizá el

F. B. I.

nos tenga ya fichados a todos y sería peligroso que ninguno de nosotros asomase la cabeza para liquidar al inspector Shaw sin ser inmediatamente descubierto. Y he pensado en que otra persona, ajena a mí «gane», pudiera hacerlo con garantías de éxito y sin correr gran peligro. Un «killer» profesional...

—Yo mismo, vamos —cortó sonriendo Ettore mientras su mirada se hacía más dura y sus labios y mentón temblaban ostensiblemente—. Ése es mi oficio, como ya le dije ayer. Yo ma... mato y co..., cobro, y en paz —su voz se hizo trémula, tartamudeando. Schenley le miró con cierto asombro e inquietud. El rostro de Ettore, de una belleza casi femenina, tenía ahora una expresión extraña y terrible, de crueldad inhumana, apretados los finos labios, sensuales; alesteando la nariz de corte clásico griego. Y sus ojos, enormes, de inmensas pestañas, relucían como carbunclos, brillando una llama homicida en las dilatadas pupilas.

—Eso es. Usted se encarga del asunto, cobra, y todos contentos. No creo que el

F. B. I.

vaya directamente contra nosotros porque Shaw desaparezca de la escena. Verán que yo y mis chicos estamos quietos, sin escondernos, sin dedicarnos a lo nuestro, y tratarán de buscarle a usted, al... que lo liquidó. Usted se las compondrá como pueda. No piense que yo le vaya a ayudar a salir del apuro, comprometiéndome en ello... Le pago para que quite de la circulación a Shaw, y nada más.

—Ni me hace falta, Schenley —repuso despectivamente Ettore, más tranquilo ya—. Lo que habrá que cuidar es de no irse después de la lengua. Yo tengo mis clientes casi fijos, «bofes» como usted, pero saben que si a Ettore se le buscan las cosquillas, enviando recaditos a la Policía...

—No sea bobo, muchacho. Usted y nosotros nos necesitamos, como ahora, y sería una estupidez romper nuestras alianzas —afirmó Schenley en tono seguro—. Entonces, usted se encarga del

asunto, ¿eh?

—No sé todavía. Depende de usted, de lo que esté dispuesto a dar por esa ejecución. Necesito cuatro mil dólares. Dos mil ahora mismo. Los otros dos mil cuando la cosa esté hecha.

—Cuatro mil... —murmuró Schenley, rascándose el mentón pensativamente—. Un poco carito, amigo... Cualquiera de mis chicos lo haría por mil...

—Que lo haga —se levantó Ettore desdeñosamente—. Y que el F. B. I.

se les eche encima. ¿Para qué engañarnos, Schenley? Ustedes no pueden hacerlo y así lo ha dicho usted antes. Y aunque hay por ahí «killers» que trabajan estos asuntos, son idiotas, desmañados, y, sobre todo, si caen en manos de la Policía, antes de verse en la «silla» cantan de plano, denunciando a sus contratantes. Cuando el «boss» Minaglio le ha dicho que yo puedo servirle, será por algo. Jamás la Policía se ha fijado en mí, ni llegarán nunca a desconfiar —se dio unas recias palmadas en la ancha frente, orgullosamente—, y es porque aquí, aquí, hay materia gris, inteligencia, talento...

Schenley le miró con aprensión. Ettore estaba de nuevo nervioso, con los dedos de las manos engarabitados, temblón el acento, y su mirada fulgurante. Sacó un billetero y contó varios billetes, que arrojó sobre la mesa. Ettore se sentó, lanzando un hondo suspiro, agarrando los billetes con ansia y guardándolos en un bolsillo de la americana.

—Ahí tiene una descripción del inspector Shaw y datos para localizarle, domicilio, horas en que sale fuera de servicio, y lugares que frecuenta. Tenga en cuenta, Radossi, que es un hombre de cuidado, como lo son todos los del

F. B. I.

Dispara con puntería envidiable, según nos han dicho. Es valeroso y lucha bien. No admito que el golpe falle, muchacho —recalcó en tono duro—. Usted lo mata sin lugar a dudas...

—Lo... mato, sí. Lo... ma..., mato —casi gritó Ettore, lívido su rostro, reflejando una infernal alegría. Cogió el vaso de vino, lo llenó hasta los bordes y lo vació de un solo trago—. Está... tranquilo. Ma..., mataría sin cobrar... na..., nada, nada.

Schenley se levantó, muy pálido, del sillón, cogió su sombrero, y sin dejar de mirar con creciente prevención al joven, hizo un gesto

de despedida y salió del despacho apresuradamente. Tras él fue Ettore, que pugnaba por recobrar la tranquilidad, desanudándose la corbata con violencia y pasándose ambas manos por el demudado rostro.

—Ya hará eso cuanto antes, ¿no? Es urgente —dijo Schenley quedamente mientras abría la puerta.

—Me pongo hoy mismo en acción. Avisaré a mis dos auxiliares.

—¿No es usted el que... lo hace?

—Yo soy el que mato, sí. Personalmente. Ellos se encargan de ponerme la pieza ante la escopeta, buscarla, llevarla... ¡Yo soy el que ma..., mato! ¡Y también al que me traicione, Schenley!

Schenley cerró bruscamente la puerta, saliendo al descansillo de la escalera, lanzando un terrible suspiro de alivio mientras bajaba la escalera rápidamente.

Mamma Paola apareció en el recibidor. Ettore hizo un gran esfuerzo de voluntad y su rostro adquirió su habitual expresión de dulzura, casi femenina. Puso una de sus delicadas manos de artista sobre un hombro de su madre y caminaron pasillo adelante, hacia el comedor.

—Ese hombre no tiene cara de ser muy bueno «bambino» mío —murmuró mamma Paola, sonriéndole con ternura—. Un policía de esos que tienen el corazón duro, que pegan a los detenidos, ¿eh? Tiene una cara «bestial» ¿Y qué trabajo tienes que ejecutar, «carissimo mío»? ¿Peligroso?

—Nada de particular, mamma. Será todo sencillo, sin peligros. Un asunto de vigilancia nada más aunque delicado. Tráeme el violín. «Presto» mamma, «presto»! —Su voz se hizo casi angustiosa, sentándose en una silla, de codo sobre la mesa, acariciándose la rizada y negrísima cabellera nerviosamente.

—Esos nervios, «bambino» querido... —murmuró angustiadamente mamma Paola mientras corría por el pasillo como una nave de gran tonelaje, haciendo oscilar el suelo. Volvió con el instrumento, que cogió de un tirón Ettore, colocándose en forma adecuada para tocar. Lo afinó rápidamente, ya levantado, mientras paseaba agriadamente por la estancia, entornados los ojos y temblorosos los labios y el agudo mentón, casi excesivamente grande. Su cabellera le caía sobre la frente, graciosamente, realzando su belleza clásica estatuaría.

—Me voy al mercado, «bambino» —murmuró preocupadamente mamma Paola, observándole con inquietud—. Si estás mejor de tus nervios... Un beso, mí «dolce figlio». «Piccolo mio»... Por qué no dejarás ese maldito oficio de policía y te dedicas a dar conciertos, que es lo que te gusta... Si hablastes a Parodi, pronto te contratarían y ganarías mucho dinero. Eres un violinista «perfetto, marallosso, magistrale»...

Ettore no la escuchaba. Paseaba lentamente, cerrados los grandes ojos ensoñadores mientras ejecutaba un endiablado *pizzicato* de estudio, lleno de dificultades y enorme velocidad. Ella, suspirando, salió quedamente del comedor y después del piso, bajando la escalera despacio. Asomaron a sus ojos las lágrimas. Ettore no la había querido besar y esto la dolía en el alma, aunque comprendía que en el estado nervioso del hijo no tenía nada de particular tal cosa. Cuando él estudiaba música no gustaba de ser interrumpido ni distraído.

Bajaba por la escalera alguien, y mamma Paola miró hacia arriba. Era el doctor Ferrutti, que vivía en el piso tercero. Un hombrecillo nervioso, estrecho de pecho, con piernas diminutas, pero con un cráneo abultado por la frente, como una cornisa. Sus ojillos negros, profundos, tenían una expresiva mirada de inteligencia y comprensión. Tendría unos sesenta años.

—«Buona mattina, dottore» —exclamó mamma Paola, deteniéndose para saludarle con afecto, sonriéndole—. ¿A atender a desgraciados?

—«Buon giorno, *signora* Radossi» —contestó con voz débil el médico, quitándose galantemente el sombrero y deteniéndose ante la obesa mujer—. Qué remedio que hacer visitas y más visitas, ganando muy poco. Este Harlem nuestro, con sus doscientos cincuenta mil habitantes es terrible... Miseria, siempre miseria, y hambre, anemia, tuberculosis. Por lo que oigo —señaló a la puerta del piso de mamma Paola con un gesto—. Ettore está ensayando con todo entusiasmo, ¿eh?

—Todo nervioso, «dottore». Es un genio... —replicó con entusiasmo la madre, comenzando a bajar el último tramo de escalera, yendo a su lado el pequeño vecino—. Nadie diría, al verle ocupado en tocar el violín, que sobre él pesan tremendas preocupaciones...

—Yo sí lo diría —murmuró el doctor Ferrutti, arrugando el ceño.

—Hace un ratito, y de esto le ruego me guarde el secreto —se inclinó ella sobre el hombrecito, en ademán confidencial—; vino a conferenciar con él nada menos que un alto jefe del

F. B. I.

Un «ispettore, dottore» Ferrutti...

—¡Ah! —exclamó el médico, ya en el portal, pero sin demostrar que tenía prisa alguna por marcharse.

—Estuvieron largo rato conferenciando. Mí «bambino» recibe en su propia casa a muy altos jefes del

F. B. I.

Era un gigante con cara de... pocos amigos, ciertamente. Si yo le hubiera visto en la calle habría asegurado que era un «gángster» o un agente de la Maffia, de nuestra Sicilia.

—¡Ah! —volvió a exclamar el médico, sonriendo suavemente—. Pero es, realmente, un inspector del

F. B. I.

Se lo dijo él, claro...

—Mí «bambino». Después, cuando recibí en la puerta a ese «ispettore» y le di el tratamiento debido, él me sonrió con toda «graziosittá». Después he pensado que tiene cara de policía y nada más. Mí «bambino» me ha dicho que ha de efectuar un cierto trabajo de vigilancia... Siempre temblando, «dottore» por él... Que un mal día me lo traigan sus compañeros muerto, a manos de esos «maledettos gángsters». Estoy orgullosa de él, por un lado, pero nunca dejo de pensar que podría hacerse rico con el violín, sin exponerse a nada.

—«Certo, *signora* Radossi» Ettore es un gran artista. ¿Lo fue su padre o alguno otro de sus antepasados? —dijo el doctor Ferrutti en tono distraído.

—Lo hubiera podido ser su padre, que tenía grandes aptitudes para el violín, pero su enfermedad...

—¿De qué murió? —inquirió el médico en tono muy afectuoso.

—«Paralisi», de esa que va en aumento. Un lado del cuerpo quedó «morto». Después, lentamente, el otro. «Orribile, dottore...»

—Sí, sí... Y seguramente, la misma enfermedad padecería el padre de su querido esposo, o la madre, o un tío —murmuró el médico moviendo tristemente la cabeza.

—No. Pero el padre de mi esposo fue un borrachín, según me dijo él. Yo apenas le conocí.

—Claro, claro. Ley de herencia —murmuró muy quedo el doctor.

—¿Decía? —preguntó mamma Paola.

—Nada, nada —se excusó el hombrecillo, sonriendo afablemente—. Pero Ettore es fuerte, está sano...

—«Grazie a Dio». Le he cuidado con toda mi alma. Y es un hombre «maravilloso» de «bello», de «forte» —exclamó la anciana, cayéndole gruesas lágrimas por las abultadas mejillas—. Y es un genio...

—Sí, sí... —murmuró con extraño acento el médico—. ¿Qué edad tiene?

—«Ventinove» años. A esa edad murió mi «caro» esposo. Yo tenía «cuarenta due». Fue un «amore piú bello», pero muy breve, «brevissimo». Nació Ettore cuando mi esposo moría... «Giammai he sido infiel a su memoria, “dottore”. Mi «bambino» es mi hijo, mi esposo, mi... todo. Es un genio...

El doctor Ferrutti, oscurecida su faz por la tristeza, murmuró algunas palabras de condolencia y se despidió de la anciana, que comenzó a caminar por la 115th Street Este, en busca de los comerciantes que la surtiesen para hacer la comida.

II



UANDO regresó mamma Paola de sus compras, fatigada, jadeante, latiéndole apresuradamente la aorta en el cuello, roja su faz, aún estaba Ettore manejando su violín con delirante apresuramiento, interpretando aquel pizzicatto de Paganini, de estudio, que parecía como si mil ruiseñores, en una selva, entonasen su agotador canto en innúmeras inflexiones de tono.

—«Per Dio, bambino!» —exclamó sofocadamente la anciana penetrando en el comedor y contemplando a su hijo con admiración y lástima—. «Ora basta, ora basta! Frenare, bambino!»

Ettore apartó el arco del instrumento, contemplándola sonriente, con aire triunfal. Estaba lívido y sus ojos brillaban extrañamente, cayéndole la negra cabellera por la frente hasta casi cubrirle la mitad del rostro. No denotaba estar cansado, y su mentón agudo temblaba ligeramente.

—Soy un genio, mamma —dijo con inusitada soberbia, apartándose de un manotazo los rizos que estorbaban su visión—.

¡Ya está todo bien, muy bien! ¡No fallaré! —Y rompió a reír con una alegría contagiosa.

—Claro que no, «bambino» mío —murmuró la anciana, sentándose en una silla y enjugándose el sudor que corría por su frente con el dorso de la mano—. Tú nunca fallarás. Tu mecánica en el manejo del violín es siempre la misma. ¿Cuándo irás a ver al maestro para que te contraten?

Ettore arrugó el ceño y se la quedó mirando con asombro, como si no comprendiese lo que su madre quería decirle. Se encogió de hombros después y cogió de nuevo el violín, examinando atentamente las cuerdas y apretando las clavijas, tanteando con los dedos el sonido.

—Vete a lo tuyo, mamma —dijo roncamente, sin mirarla, pero haciéndolo al suelo, precisamente a sus pies—. ¡Vete, ignorante, «bruta»! «Presto»!

—Ettore... —gimió la madre, levantándose rápidamente, indecisa, aterrada. —A veces no te entiendo, «caro mío»... Me faltas al respeto y no sé por qué, Ettore— rompió a llorar amargamente.

—«Presto»! Vete, vete y cierra la puerta —gritó agudamente Ettore, dándole la espalda con airada actitud—. ¡Vienes a interrumpir mis reflexiones, a no dejarme pensar mientras toco el violín, «bruta, bruta»! ¡A las personas como nosotros, como yo, hay que admirarlas en silencio, como si fuesen Dios!

—Sí, «bambino», sí... —musitó la anciana quedamente, saliendo del comedor y sollozando, cubriéndose la boca con un pañuelo, fue pasillo adelante mientras oía cómo Ettore se entregaba de nuevo a la ejecución del alucinante *pizzicato* de estudio con renovadas energías.

Se sentó en la cocina y lentamente fue desgranando los guisantes que había comprado mientras ponía sobre el hornillo eléctrico una sartén para freír pescado, preparando después los «spaghetthi» con la mantequilla y el tomate. Suspiraba hondamente, reprochándose su falta de tacto, de respeto hacia aquel genio, a quien no dejaba, con su estúpida charla impertinente, pensar y hacerse aún más completo grande hombre. Sí, Ettore era a veces brusco, casi brutal, pero ella tenía entendido que los genios siempre eran así. Raros, como dementes, extraños. Es claro: se les obligaba o descender a los bajos fondos donde reptaban las inteligencias mediocres, incoloras,

estúpidas, y ello les tenía que disgustar profundamente. Por lo demás, Ettore era encantador generalmente. Desprendido, entregándole cantidades a veces importantes, para que gastase liberalmente en buenos manjares en vestidos, muebles nuevos, el aparato de radio, de televisión, la nevera...

Cuando la comida estuvo a punto, vaciló antes de salir de la cocina. Sonaba el violín con vertiginosa rapidez todavía. Pero ya estaba terminando la composición, y si no comenzaba de nuevo...

Fue aprisa al comedor y se detuvo ante la puerta anhelante, esperando el instante preciso en que el *pizzicato*, con esguince maravilloso, terminaba.

—Ettore, «a mangiare»! —exclamó alegremente cuando él violín enmudeció—. ¿Puedo pasar?

—Claro que sí, mamma. Tengo hambre —fue a ella cuando entró y la abrazó fuertemente, besándola con apasionamiento en la frente y las mejillas arrugadas. Mamma Paola, le apretó contra su abultado seno, sollozando, llena de inmensa ternura—. Antes fui un...

—Fui yo, yo, la que no te dejaba pensar. Vamos, vamos, que se enfriará la comida —se apresuró a poner el mantel y el servicio, mirando de reojo el rostro de su hijo, que la seguía, a su vez, con la mirada, sonriente, plácido. Rápidamente, le sirvió a su hijo, colocando el periódico sobre la mesa, para que él lo fuese leyendo mientras comía, según su costumbre. Después comería ella, silenciosamente, sin meter ruido al masticar, cosa que a Ettore le irritaba profundamente.

Ettore estaba comunicativo aquel día, a la hora de comer. Alteró su costumbre de leer el periódico sin prestar atención alguna a su madre, y departió con ella, no consintiendo en que la anciana comiese después de él, sino al mismo tiempo.

—¿Tienes dinero para los gastos, mamma? Hace bastantes días que no te entrego nada... —dijo Ettore, sacando del bolsillo de su americana un puñado de billetes de banco. Apartó mil dólares y, sonriente, se los entregó. Mamma Paola le miró con asombro.

—Tienes mucho dinero, «bambino»... —murmuró mientras ponía a su lado los billetes. Ettore, a veces, después de entregarla dinero, se lo volvía a quitar—. ¿Has cobrado ya?

—Me han dado para gastos imprevistos. Esto es aparte del

suelo. En el

F. B. I.

son espléndidos.

—Pero tienes ahí varios miles, Ettore —murmuró la anciana, señalando el fajo de billetes—. Si esto te dan a ti, ¿cuánto percibirán, entonces, los altos jefes?

—No te importa, mamma —replicó secamente Ettore, y sus ojos parecieron achicarse, brillando las pupilas siniestramente—. Ya te he dicho que llevamos un tanto por ciento sobre ciertos... asuntos, como el decomiso de drogas y alhajas. Tenemos premios a los buenos servicios. Y yo, mamma, todos los meses hago algo bueno, porque soy el más astuto, inteligente...

—«Gesú Cristo», si eres «astuto, bravissimo» y... un «solé» —exclamó la anciana, entusiasmada mientras se guardaba disimuladamente los billetes en un bolsillo del delantal—. Sabes «maneggiare» mejor que nadie a esos «gángsters» para sacar buenos premios. «Mai» siempre tiemblo por ti —volvió a su idea fija, enternecida, angustiada— cada vez que sales de servicio. «Indivinare» que algún día te saldrán mal las cosas, y eso será «nostra morte, carissimo mío»... Sin ti...

—«Mai non» —exclamó arrebatadamente Ettore—. Siempre soy «un gran successo», y ni los «ladros», ni los «gángsters», ni los que ponen mi cabeza a precio, podrán conmigo «giammai» —rompió a reír estruendosamente, golpeando con la cuchara la mesa como si estuviese machacando a sus enemigos.

Mamma Paola afirmaba con todo entusiasmo, radiante de satisfacción, todas aquellas demostraciones de su hijo, aunque siempre temerosa de que en un momento dado, cuando menos era de esperar, Ettore cambiase de humor y toda su jovialidad nerviosa, su ímpetu por agradar, se tornase en desvío, en sorda cólera, pronta a estallar con violencia inaudita, hasta casi la violencia, si ella no andaba lista y se refugiaba en su alcoba, echando el pestillo. Sí, los genios, los grandes hombres, como Ettore, eran así, y así lo había leído en buenos libros.

El joven genio se levantó de la mesa cuando terminó la comida. Encendió un cigarrillo y dijo a su madre, mirándola con suspicacia:

—Dentro de un rato, a las cuatro, vendrán Montechi y Annozi...

—Ésos... —Gruñó mamma Paola, arrugando el ceño.

—Son camaradas del

F. B. I.

y no «gángsters», como te empeñas en decir —cortó Ettore rudamente. Después rió maliciosamente, como si admirase y le hiciese gracia la penetración de su madre, la irreprimible antipatía que sentía por aquellos dos hombres—. Los pasas a mi despacho, y sé amable con ellos, ¿eh?

—«Amábile, amábile»... ¿Los son ellos conmigo? Siempre que vienen, se ríen de mí, se burlan disimuladamente de mí, creyéndome tonta. Y se ríen más cuando les digo que eres un genio...

—¿De veras? —El rostro de Ettore se puso lívido y sus puños se apretaron convulsivamente, llameando sus grandes y negros ojos—. Ya les diré yo...

—Son unos agentes envidiosos, celosos de ti, malos camaradas. Les odio por eso y porque no hay quien me quite de la «testa» que en el fondo son unos «banditos».

—«Baste, baste», mamma —murmuró Ettore, apaciguador, glacialmente apaciguador—. Tú no te alteres cuando los veas. Cuando sea oportuno, ya les diré algo, algo... que les escueza. Se pondrán de rodillas ante ti, mi mamma.

Salió del comedor, portando el violín. Mamma Pabla se dedicó a recoger el servicio, íntimamente satisfecha por las palabras de su hijo, respecto a aquellos dos agentes especiales del

F. B. I.,

a quienes odiaba con toda su alma de siciliana. Que se burlasen de ella, que era gorda, ya fea, no la importaba mucho. Pero que considerasen a su Ettore como un tipo cual eran ellos, «maldicione»!, no revelaba sino envidia negra, falsía, miedo y rencor e impotencia. Reírse de Ettore, que era un «specialista» en «ingenio, astuzia» y «bravezza»... Que cobraba grandes premios por sus méritos, mientras ellos parecían unos «ánimale» a quienes Ettore había de llevar del ronzal...

El timbre de la puerta sonó fuertemente. Mamma Paola acentuó su gesto de desdén. Eran ellos, los «compagno» de Ettore, con su insolente forma de llamar, como si aquella casa fuese la suya.

Les abrió la puerta, pero haciéndoles esperar como dos minutos, las manos sobre las anchas caderas, sonriendo malignamente. El

violín de Ettore sonaba como si un demente lo manejase sin saber hacerlo. A veces, el joven tenía aquellas humoradas, de producir ruidos, arañando con el arco sobre las cuerdas.

—Hola, mamma —dijo Montechi sonriendo irónicamente cuando ella les franqueó la entrada—. ¿Está Ettore?

—Si yo fuera su mamma usted estaría mejor educado, «*signore*» Montechi —contestó fríamente la anciana—. Pasen a su despacho.

—«*Signora* Radossi, perdone al “amigo” Carlo su buen humor —dijo Annozi con voz zumbona, haciéndola una ridícula reverencia—. «*Vostra Altezza*»...

La puerta del despacho se abrió y apareció en el umbral Ettore, empuñando el violín por el cuello, como si fuese una maza. Los dos hombres se pusieron serios, erguidos, un poco pálidos.

—Pasad —dijo secamente Ettore, mirándolos con dureza terrible—. Annozi, di a mi madre, que no has querido ofenderla con tus idioteces...

—No he querido ofenderla, de veras, señora Radossi —murmuró el interpelado, muy pálido, volviéndose hacia la anciana, que hizo un gesto amable de desinterés, temerosa de que la cólera de su hijo se desencadenase y produjese una feroz lucha.

Annozi tenía unos cuarenta años y era de mediana estatura. Fuerte, ancho, su rostro de italiano del norte, de facciones angulosas, musculosas, estaba cruzado desde la barbilla hasta la sien izquierda por un chirlo cuya honda cicatriz le daba un aspecto espantoso de ferocidad. Sus negros ojos, muy hundidos en las cuencas, eran pequeños, como dos arañas agazapadas tras la espesa tela de las cejas y pestañas, enormes.

Montechi, de treinta y dos, era, como aseguraba mamma Paola, el tipo clásico de «gángster» italoamericano, aunque su estatura sobrepasase a la corriente de los italianos. Facciones achuladas, resaltadas por el corte de su negra cabellera, con patillas largas, en forma de hacha, nariz de boxeador, mentón bestialmente agudo, cuadrado, y ojos negros, grandes, bellos, pero de perversa y cruel mirada.

Delante de Ettore, que estaba pegado al umbral de la puerta, pasaron los dos hombres, baja la cabeza, mohínos, desconfiados. Montechi llevaba su mano derecha metida en el pecho, bajo la americana, donde había un bulto sospechoso y que al verlo Ettore le

hizo sonreír sardónicamente.

Mamma Paola se fue por el pasillo, satisfecha de la conducta de su hijo. Había hecho muy bien en exigirle a aquel Annozi descarado una pública retractación. Y llamarla Montechi su «mamma»... Ella, mamma de un tipo como aquél, aunque fuese agente del

F. B. I.,

Buenos guantazos le hubiera dado si hubiese sido su hijo. Ettore era un poco excéntrico, ciertamente, pero se trataba de un verdadero genio, y no aquel «ánimale, bruto»... Era de esperar que en adelante aquellos dos insolentes la tratarían con más respeto, o si no, se lo diría a Ettore, que sabía imponerles miedo. ¡Cómo se humillaban cuando él les recibía! Parecían enteramente los subordinados y Ettore el jefe, el «ispettore mássimo» del

F. B. I.

Sintió deseos de escuchar lo que seguramente les estaría diciendo Ettore a aquellos dos desvergonzados, como le prometiera, haría cuando los tuviese ante él. Y, cautamente, se acercó de nuevo a la puerta del despacho, aguzando el oído, pegado a la cristalera.

Hablaba Ettore rápidamente, colérico con su voz aguda, hasta casi parecer femenina, dando terribles puñetazos sobre la mesa. Pero ¡hablaba en aquel maldito «slang» neoyorquino que ella desconocía totalmente!

Se retiró con las mismas precauciones, defraudada. Nunca se había puesto a escuchar lo que su hijo hablase con las visitas que recibía, y para una vez que lo hizo, Ettore hablaba como si fuese chino. De todas formas, su cólera indicaba que les estaba poniendo verdes, y con razón. Quizá algún día, no tardando seguramente, su hijo sería «ispettore generale» del

F. B. I.,

o pasaría a ocupar el puesto del mismo Hoover porque genio tenía para ello, y no era cosa de que unos «imbecilles» como aquéllos la mirasen y trataran con su habitual grosería burlona.

Se puso a coser, ante la abierta ventana que daba a la calle, recibiendo la suave caricia del sol de otoño. Al final de la calle, muy concurrida, con sus tiendas de todas clases, con anuncios en italiano, se distinguía la mole de la iglesia de Nuestra Señora de Monte Carmelo, a la que iba a misa todos los días, como buena católica. Y más allá aún, brillaban las plateadas aguas del East

River, surcadas continuamente por remolcadores, que subían y bajaban lanzando densas humaredas por sus largas chimeneas, llevando tras ellos largas reatas de barcazas.

Un rato después, salió al recibimiento donde estaban ya los dos hombres aquéllos, con cara de «gángsters», despidiéndose de Ettore. Vió, con cierto orgullo y satisfacción, que la miraban con más respeto, aunque creyó percibir en la mirada de Annozi, de soslayo, como un rencor mortal.

—Buenas tardes, señora Radossi murmuró Montechi, y, cosa inaudita, se destocó, haciendo una leve inclinación de cabeza.

—Adiós, «*signora*» —dijo simplemente Annozi, pero también quitándose el sombrero flexible.

—«Addio, onoráble *signore*» —contestó en tono zumbón la anciana, y Ettore rompió a reír con su tono de voz aguda, casi femenina, comprendiendo la ironía de su madre.

Montechi y Annozi, bajas las cabezas, rojos de ira, salieron del piso y el hijo y la madre, cogidos del brazo, fueron al comedor. Sentóse el joven pensativo, baja la mirada, pasándose una mano por el agudo mentón.

—¿Qué querían esos «compagno» tuyos, hijo? —inquirió mamma Paola en tono dulce, deseosa de sacar a su hijo de aquella meditación, de la que podría brotar tanto una repentina ira como la alegría más discordante, ambas cosas incomprensibles para ella generalmente.

—Les llamé para... ponernos de acuerdo respecto a... —vacilaba Ettore al hablar, divagando su mirada mientras se encogía de hombros nerviosamente.

—Al servicio, claro —insinuó la anciana rápidamente, pues veía en él signos de impaciencia. Y cuando Ettore se impacientaba, estallaba en improperios o se marchaba sin contestar. Pero con todo esto, ella no sabía nunca lo que pensaba ni lo que hacía su hijo. Eran raros los momentos en que él le hacía confidencias, aunque a veces charlaba por los codos, pero divagando, exaltándose en una autoalabanza infantil, que ella tomaba al pie de la letra, creciendo su admiración por él.

—Esta noche saldré de servicio —murmuró Ettore después de encender un cigarrillo—. Será una jornada de gran trascendencia para mí —terminó con gran énfasis, levantándose de la silla para

pasear por la estancia con pasos rápidos—. Una vida corre peligro... La Muerte, implacable, ronda y baila a su alrededor esa danza espantosa que solamente ven los que van a ser sus víctimas. Lo sé que es así, mamma...

Mamma Paola, con la boca abierta, alarmada, no osaba decir palabra. El joven la hubiera mandado callar con gran violencia.

—¿Qué puede hacer uno para evadir la muerte cuando todo está ya dispuesto y ordenado, hasta el más sutil detalle y el segundo de tiempo fatal? Dios pone en manos de una persona el terrible mandato y en vano sería intentar eludir su gran designio. El Destino no cuenta, y son imbéciles los que pretenden alterarlo, porque es Dios es el Destino... Tú has dicho —señaló a su atolondrada madre con el índice acusador— muchas veces que una persona no hubiera sufrido la muerte o una gran desgracia si en vez de hacer cierta cosa o ir por determinado sitio hubiera hecho aquello o lo otro, o se hubiera estado en casa. Insensatez... Dios ha marcado a cada cual la hora, el minuto, el segundo en que debe morir, y lo demás es accesorio. En casa, en la calle, escondido en una gruta, bajo las aguas del mar, la muerte acude al mandato supremo. Y tiene sus ejecutores, los enviados por Dios, para llevar a la Muerte de la mano armada y entregarle su víctima. Ésos son los divinos agentes de los más altos designios, mamma...

—¿Quieres decir, «bambino» mío, que vas a correr gran peligro esta noche? ¿Un peligro «moríale»? —murmuró la anciana, muy pálida, pues no había comprendido, de la larga perorata de su hijo, sino que alguien iba a morir y que probablemente sería él, en cumplimiento de su deber—. «Santissima Vérgine», ¡protégemelo! —Y estalló en sollozos, cubriéndose el rostro con ambas manos. Ettore detuvo su paseo nervioso y se paró ante ella, muy asombrado, como si se acordase de que su madre estaba allí. Se inclinó cariñosamente sobre ella y separó las manos temblorosas de la anciana, dejando al descubierto el rostro anegado en lágrimas, angustiado, tembloroso.

—Pero, mamma, mamma... Yo estaba filosofando solamente. ¡Nunca me comprenderás, está visto! La culpa es mía, que creo hablar con mentes tan bien dotadas como la mía, a mi misma altura... Eres una pobre madre, y nada más; instinto, como lo podría tener una gata, una perra, una yegua...

—Ettore! —protestó mamma Paola, indignada por aquellos epítetos—. Soy tu madre, una buena madre, que tiembla cuando cree comprender que su hijo está en peligro de «moriré». Si tú fantaseas, no es culpa mía, sino tuya, que pareces gozarte en meterme miedo con tus frases equívocas. ¿Quién es esa persona que va a morir, aunque intente evadirse de ello? ¿Es un cuento?

Ettore, riendo, se encogió de hombros desdeñosamente.

—Cuento, cuento... —murmuró con las mandíbulas apretadas, y la mirada de sus ojos se hizo flamígera, de una terrible fijeza, clavada en el rostro de su madre, que se puso muy pálida—. ¡Bah, es inútil hablar con seres que no tienen sino instinto, sensaciones animales, torpes deseos!

Salió del comedor, dando un tremendo portazo. Mamma Paola, llena de incertidumbre, reconoció una vez más que era asaz torpe para comprender a su hijo y que era natural que él se impacientase, como lo hacía. Ella era una inculta campesina de Sicilia y jamás hizo estudios superiores, como los había hecho Ettore en la Universidad de Columbia. Ciencias exactas, Ética, estudió allí. Pero era todo un carácter, un rebelde, y los profesores, ahora lo recordaba, celosos de su talento en las agitadas sesiones en las que se discutían los temas tratados y expuestos por ellos, le pusieron en la disyuntiva de saltar de allí, tachándole de extravagante, o de domeñar su orgullo, aceptando mansamente sus textos y teorías. Y Ettore salió del establecimiento con un gesto de orgullo soberano. Era un genio, un incomprendido, como decía él siempre.

La puerta del piso sonó fuertemente al cerrarse. Ettore se había marchado... Y mamma Paola, ahogando un suspiro de resignación, aceptó mansamente aquella situación de violencia, provocada por ella, con su estupidez e incomprensión. Muchas veces se había dicho que cuando Ettore la hablase, ella no debería sino afirmar o negar, estrictamente, cuando él afirmase o negase, sin meterse a querer sacar razonamientos y consecuencias de lo que él dijera. «Per Dio», si sus profesores de la Universidad no alcanzaron a colocarse a la altura de la inteligencia y talento del muchacho, ¿cómo iba ella a comprenderle? Los genios han de descender de su pedestal, como haciendo un sacrificio, para ser comprendidos, pero no era lícito solicitar de ellos que estuviesen sobre el fangoso suelo, a la altura de los demás mortales, cuando su sitio era las alturas, la gloria.

Se puso a coser de nuevo, pensando lo triste que estaría su Ettore, quizá vagando por las calles, justamente ofendido con ella por su impertinente incomprensión.

Y era casi anochecido cuando el timbre de la puerta sonó extrañamente. No era Ettore, puesto que él tenía su llave de la puerta del piso. Quizá alguna vecina. Quizá el «dottore» Ferrutti, que vendría a comprobar los progresos de su plan para curarla aquella enfermedad de la aorta, que a veces le producía como ausencias repentinas de la vida, para luego pasar sin más molestias.

III



BRIÓ la puerta y vio ante ella a un joven de alta estatura, arrogante, fuerte, de rostro alegre, sonriente, que la miró con afabilidad mientras se descubría respetuosamente.

—¿Míster Ettore Radossi? —inquirió en un inglés neoyorquino que ella comprendió no muy bien, pues siempre se resistió a hablar el inglés, considerando que el italiano era más bello, y, sobre todo, que en el Harlem italiano predominaba su idioma y no tenía por qué «amoldarse» a hablar un idioma «extranjero», lleno de dificultades y grosería.

—No está, «*signore*». Salió hace un buen rato —explicó amablemente, mirando de pies a cabeza al visitante. Lo encontraba simpático, apuesto, aunque americano, «anglosássone», y esto no le hacía mucha gracia—. No sé si volverá pronto. «Io sento»... —

murmuró, disponiéndose a cerrar la puerta.

—Creo que será igual, «*signora*» —dijo el joven, sonriendo más afablemente—, que esté o no esté su hijo. Soy un agente del Instituto Gallup, ya sabe... El de las más renombradas encuestas sobre muy diversas cuestiones, todas trascendentales para la nación...

—¿Gallup? No tengo «conoscimento» de «tale» cosa. ¿Es usted un «poliziotto segreto? —repuso la anciana, sonriendo con malicia.

—No, no. Yo pregunto a toda clase de personas qué opinan sobre un asunto de actualidad y anoto lo que me dicen. En el Instituto Gallup sé cuentan los votos, a favor o en contra del asunto de que se trata, y se dan los resultados en los periódicos, por la radio —explicó el joven pacientemente—. Por eso, aunque su hijo no esté, usted me vale. Si me permite pasar...

—«Bene»... —concedió mamma Paola. No la disgustaba que una entidad como aquélla enviase a un «bello» agente a saber lo que ella pensaba sobre un determinado asunto. ¿Qué asunto sería?—. Pase, «*signore*», pase. «Io» no sé si sabré... Por aquí, «*signore*». Es el despacho de mí «bam»... de mi hijo —mezclaba las palabras inglesas con las italianas de forma graciosa, reidores los grandes y hermosos ojos como pidiendo disculpas.

Se sentó ella donde su hijo lo hacía, ante la mesa, y el joven agente en un sillón, sacando un «block» de notas.

—Mi Instituto consulta siempre a personas que pertenecen a todas las clases sociales, «*signora*» —explicó el agente—. Millonarios, menos que millonarios, pudientes, menos que pudientes, industriales, banqueros, obreros, intelectuales, etcétera. Cada cual opina lo que mejor le parece y lo expone sin rodeos. Usted, como madre de un... ¿qué es su hijo, «*signora*»?

—Mi hijo es... varias cosas, «*signore*» —explicó mamma Paola con cierta dificultad—. Comisionista, viajante. Estudió en la Universidad de Columbia. Es un genio tocando el violín. ¿No escribe lo que le digo?

—Desde luego —el agente tomó algunas notas rápidamente mientras sonreía.

—Un gran genio por su talento, su «ardimento» —e iba exaltando la anciana, buscando con angustia las palabras en inglés que expresasen lo que quería decir—. Posee ideas «maraviglossas»

sobre filosofía, sobre el sentido de la «sensibilidad» más «ideale»...

—Comprendo, comprendo —cortó el joven agente, pugnando por no reír—. Es un hombre excepcional, claro. ¿Y su carácter? Alegre, triste, meditativo...

—Un genio no tiene carácter definido, «*signore*». Lo sé por propia experiencia. «Io» no le comprendo casi nunca... Soy un... «insetto» a su lado. Tan pronto está poseído de un «fuocco terribile» y toca el violín sin parar, como parece cansado de la vida, siempre pensando, triste, sin hablar, o se marcha, como ahora, para vagar por ahí...

—Un poco raro, ¿verdad?; —insinuó prudentemente el visitante, tomando notas rápidamente en taquigrafía—. Bien... Y ¿tiene novia su hijo? ¿Ama a alguna linda muchacha?

—Creo que no.

«L'esperienza»

pasada le ha dejado «il cuore» como «morte» —lanzó un hondo suspiro la anciana, cruzando ambas manos sobre el regazo, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Una desilusión? ¿Le abandonó ella? —inquirió el visitante en tono suave, mientras sus pardos ojos brillaban de interés.

—Fue algo... «orribile, *signore*» —musitó mamma Paola, lanzada de lleno al terreno de las confidencias al encontrar una persona que no la llamase bruta, ni incomprensiva, ni que la desdenase. Aquel joven apuesto, «bello», aunque no tanto como Ettore, le agradaba en extremo—. Se suicidó... Ettore la quería «molto, molto». Fué un «amore cuasi divino». Ettore quizá no llegó ni a besarla, pero la quería como si fuese la «Santissima Vergine». Y ella, una «notte», se quitó la «vita». Ettore volvió loco, «pazzo», con los ojos llenos de «fuocco» salvaje. Se encerró aquí, y como hace muchas veces, que se refugia en la música, se puso a tocar tristes, «afflitas» marchas fúnebres. Toda la «notte» así, sin reposo... Pero, «*signore*», usted no dirá nada de esto en su periódico, o donde sea, ¿verdad? —Le miró con suspicacia al verle tomar notas mientras le escuchaba.

—No, no. Esto lo hago para hacer como una... semblanza, muy interesante, de su hijo. Son notas particulares, descuide. Y ¿de qué murió, cómo hizo para suicidarse aquella desgraciada joven?

—Los periódicos lo relataron. Fue hace unos seis meses,

«*signore*». Addio se disparó un tiro en la..., la «testa», si me comprende usted...

—En la cabeza.

—“Esatto”. Io parlare mal el straniero» —rió festivamente—. Me niego a olvidar mí «dolce e bello» idioma.

—¿Estaba Ettore presente cuando Aida se suicidó? —preguntó el visitante con voz indiferente—. Sería terrible...

—Esto es... «delitto» decirlo, «*signore*», porque Ettore, en la encuesta que se celebró, declaró que no, que estaba aquí en casa. Era «molta responsabilitá» para él decir que sí, que la vio sacar un «coltello» un...

—¿Cuchillo?

—«Esatto». Y partirse el «cuore», el corazón me parece que se dice así. Ante el «fiscale» del distrito yo dije que mí «figlio» estaba aquí, conmigo, para evitarle grandes «imbroglios», y tal vez «il cárcere, la prigione». Pero, «*signore*», dejemos esto ya. Usted quería saber algo respecto a opiniones de mí «figlio» y de mí para una... ¿qué?

—Si, si —repuso el visitante, riendo—. Una encuesta sobre lo que piense su hijo acerca de sí las elecciones presidenciales las ganará Truman o Dewey. Muy sencillo, ¿verdad? ¿Qué opina usted, «*signora*»? Lo consignaré en los periódicos.

—Para eso... —replicó, un poco desengañada por lo trivial de la pregunta—. «Bene, bene» —se animó después, contenta de que un importante Instituto solicitase su opinión sobre política—. Pues yo deseo el triunfo de Truman. Es «grande amico» de Italia, envía «molto dinero» para su «risorgimiento», es democrático... Y obtendrá el triunfo, seguro.

—Bien. ¿Y su hijo? ¿Qué piensa de esto?

—Ettore no se ocupa de política, «*signore*». Tiene muchas cosas en qué «pensare, molto benes per la Humanitá». Pero le agrada Truman y cree que será «vincitores».

El agente de la Gallup se levantó, retozando en sus labios una sonrisa, apenas disimulada de regocijo o burla.

—Le quedo muy agradecido por su amabilidad, «*signora*» —dijo, estrechándola la mano.

Y salió del despacho, seguido de la parlanchina «mamma» Paola, que se deshacía en genuflexiones y sonrisas almibaradas...

—Olga, «*signore*» —dijo al joven, cuando abría la puerta para salir del piso—. No le dije todo lo que vale mí «figlio»... Callé algo que me tiene prohibido diga a nadie...

—No lo diga, entonces —contestó el visitante, sonriendo, sabiendo que éste era el mejor medio para que la anciana lo soltase. No vaya a regañarle por ser demasiado comunicativa.

—Me ha sido usted muy... «gradévole», no sé si me comprende...

—¿Agradable? Gracias. Usted a mí también.

—Pues Ettore es... agente «speciale» del

F. B. I.

Esto es «segreto», muy «segreto», y no lo diga en su periódico, ¿eh? Fue por eso por lo que no le llamaron a mí «figlio» a declarar cuando el suicidio de Addio. Ettore me lo dijo así. «Io» espero que muy «presto» será nombrado «ispettore», porque vienen a consultar con él. Esta misma mañana vino el «ispettore» Sche..., —se dio un golpe en la frente para hacer memoria—. «Bene», no recuerdo los nombres de esos protestantes malditos. Conferenció con Ettore largo rato, y esto es «molto» significativo de lo que vale mí «bambino».

—¡Ya lo creo! Creo que es todo un genio, «*signora*» —replicó el visitante en tono enfático, muy serio—. Debe cuidar usted mucho de él, para que no se malogre. Gracias por todo. Buenos días.

Y salió apresuradamente, como si temiese que la verborrea de la anciana italiana jamás le diese oportunidad para escapar de allí.

«Mamma» Paola regresó contentísima al comedor, sentándose ante la ventana. No podía quejarse Ettore de la propaganda, muy justa, por otra parte, que hacia ella de él. Quisiera haberle dicho con más detalles al joven aquél, tan agradable, la real valía de su hijo, la inmensidad de su genio, cómo era en su vida privada, con sus graciosos cambios de genio, aunque a veces se ponía algo impertinente. Pero los genios son así y es preciso comprenderlos, si se puede. Una madre debía estar orgullosa de tener un vástago como Ettore. Por cierto que... Mejor sería no decirle que había recibido aquella visita del agente del Instituto Gallup. Ettore era opuesto a que nadie se metiese en su vida privada, salvo cuando él, en arranques de arrebatadora franqueza, como delirante, cantaba sus proezas, explicaba sus pensamientos y no había forma de hacerle callar. Ella le había dicho a aquel joven, tan amable, que su

hijo pertenecía al

F. B. I.,

y esto sí que se lo tenía formalmente prohibido Ettore, así como que refiriese a nadie lo de aquel desdichado suicidio de Aida, la muchacha a la que él amaba, y cómo presencié el terrible momento de quitarse la vida con el cuchillo. Si Ettore se enteraba de que ella se lo dijo a aquel joven, el escándalo que se iba a armar sería formidable. Y Ettore, cuando se enfurecía, causaba auténtico pánico y parecía como si deseara matar... No, no... Había que callar todo aquello. Era una lástima, porque así sabría él cómo le amaba, ensalzándole hasta límites insospechados, aunque sin mentir ni ser injusta.

Ettore no regresó a la hora de cenar. «Mamma» Paola se entristeció cuando dieron las diez en el reloj de pie del comedor y su hijo aún no había regresado. Esto lo hacía algunas veces él, aunque no con frecuencia. Quizá, todavía disgustado con ella (Ettore era rencoroso generalmente), estaba todavía vagando por las calles, las manos a la espalda, baja la cabeza y hablando solo. Esto se lo habían dicho algunos vecinos y conocidos, que hacía cuando lo vieron, sin que él se diese cuenta. Y aunque fuese así, ¿qué? Esas actitudes eran las propias de un genio. Lo había leído en buenos libros. Los filósofos, los sabios, iban siempre entregados a sus íntimos pensamientos y deambulaban sin darse cuenta de que a su alrededor había un mundo de ignorantes, de burlones y envidiosos que trataban de motejarles de ridículos y extravagantes.

Dieron las once, y «mamma» Paola, hambrienta, decidió cenar sola. No era posible saber cuándo volvería el triste hijo, ni si volvería siquiera aquella noche.

Se asomó a la ventana. La noche era oscura y una neblina, procedente del río, invadía todo, dejando apenas brillar las luces del alumbrado, en la casi desierta calle.

Sintió, en el silencio de la casa y la calle, abrirse la puerta del piso y cerrarse con cierta violencia. Vio después encenderse la luz del comedor. Oyó a Ettore, que silbaba, andar de un lado a otro sin preocuparse si la despertaba o no, meterse en el cuarto de baño y soltar el grifo del lavabo.

Encendió la luz del portátil, sobre la mesilla, y miró la hora en el

relojito despertador. Eran casi las tres de la madrugada. Ettore llegaba muy tarde...

Se puso una gruesa bata y saltó de la cama, calzándose unas zapatillas. Fué hasta el cuarto de baño. Estaba echado el pestillo de la puerta. Ettore, silbando una melopea llena de tristeza, no la abrió cuando ella quiso entrar.

—¿Estás enfermo, «bambino»? —inquirió ella—. ¿Qué haces?

—Voy, «mamma». Prepárame café caliente. Hay una niebla helada en la calle.

—Y ¿por qué saliste, tonto? —refunfuñó «mamma» Paola, mientras iba a la cocina para preparar el café pedido.

Ettore entró, sin dejar de silbar bajito, huidiza la mirada, que era alegre, casi jubilosa. No tenía cara de mal humor, y «mamma» Paola se alegró de ello. Le miró con curiosidad de pies a cabeza. En el pantalón, en la pernera derecha, casi en el tobillo, tenía una gran mancha de agua, como si lo hubiese lavado.

—¿Con qué te has manchado? —inquirió ella—. ¿Por qué no me lo dijiste y lo hubiera lavado yo?

—Me metí en un charco. Apenas si se ve, con esta cochina niebla —murmuró Ettore, mirando fijamente a su madre—. ¿Lo dudas? ¿Crees que es vino? ¿O sangre? ¿Qué crees que es, di?

—Barro, hombre, barro —exclamó apresuradamente «mamma» Paola, asombrada—. ¿No has dicho que es barro? Pues barro, agua sucia. Siéntate y tómallo caliente, anda. ¿Quieres pastas, galletas? ¿Cenaste?

—Ya cené. En... Centre Street, con los camaradas agentes del F. B. I.

—bajó la mirada, apretadas las mandíbulas, espionando los movimientos de su madre, observándola de reojo el rostro. Bebió aprisa el café y encendió un cigarrillo después.

—Tráeme el violín, «mamma» —dijo después en tono seco, imperativo.

—¿Ahora? Pero estarás cansado, «figlio»... Vete a dormir...

—El violín, «mamma» —repitió Ettore, sonriéndola alegremente—. Aunque te parezca mentira, tengo ganas de tocar. No soy como tú, que empleas las noches para dormir, siempre igual, siempre igual...

—¿Y es malo? Claro es que yo no soy un genio... Dime, ¿dónde

estuviste? ¿De servicio?

—¿No te he dicho que he estado en Centre Street, en la División del

F. B. I.,

y que allí cené? Pues es claro que he estado de servicio. Allí no se va a bailar ni a divertirse con las chicas.

—¿Y qué servicio has hecho? ¿De vigilancia?

—Exactamente. De vigilancia —contestó con entusiasmo Ettore, riendo alegremente—. Una cosa que ya va siendo monótona. Uno, otro, otro...

—¿El qué es uno, otro, otro? —inquirió «mamma» Paola, sin comprender lo que su hijo quería decir.

—El violín, «mamma». Ya te lo he pedido tres veces. Si quieres que te empuje... —Se levantó, apretados los puños, mirándola ferozmente—. Estoy alegre y no quiero enfadarme, «mamma». Estoy muy contento, y quiero ensayar cosas tristes para reducir esta alegría excesiva. Se lo merecen los que no pueden oírme. Toscanini quiere escucharme, pero no le complaceré. Mi técnica no debe ser copiada, ni mi genialidad. Se le sujeta, y luego todo es sencillo, fácil, blando, mientras mira con asombro...

«Mamma» Paola se encogió de hombros. Renunciaba a comprender lo que su hijo quería decir. Era lamentable, en medio de todo, tener una persona al lado, la única, con quien poder hablar razonablemente, y no comprenderla casi nunca. Siquiera, teniendo un loro, uno oiría las mismas palabras que dijera, pero de esta manera... Con lo que a ella le gustaba charlar, comentar, llevada de su temperamento latino, de su franqueza y animación tan sicilianas. Ettore, con ser un talento, era como si nadie estuviese en casa, salvo cuando se acordaba de que también era italiano, siciliano, y se explayaba. Pero aun así, siempre se elevaba por las cimas de la elocuencia filosófica, y adiós conversación. Ella tenía que callar, que era lo que más la fastidiaba.

Ettore fue a su despacho, sentándose ante la mesa. «Mamma» Paola, resignada, le llevó el violín.

—Toca con la sordina, «bambino» —le aconsejó—. Los vecinos se quejan...

—Compraré la casa, los echaré y entonces podré dirigir una orquesta a la hora que se me antoje —gruñó Ettore, examinando el

instrumento con cariño—. Vete a dormir. No meteré ruido. Debo tocar marchas fúnebres, «mamma». Es lo menos que puedo hacer por los que mueren, como tú rezas por sus almas.

«Mamma» Paola le miró admirativamente. Aquélla era una frase de genio, y unos hechos de hombre que estaban más fuera de este mundo, con el alma en las divinas alturas. Mientras ella rezaba por las almas de los muertos, él los rendía homenaje, con la sublime música, tocando marchas y melodías fúnebres. Así era Ettore de maravilloso...

Ya acostada, apagada la luz, estuvo oyendo durante unos minutos, débilmente, cómo Ettore interpretaba al violín un «Réquiem» de Mozart, con su arte maravilloso, empleando la sordina. Después se durmió plácidamente, como una criatura inocente que sabe que todo lo tendrá resuelto al siguiente día, gracias que un alma grande, de gigante, sublime, velaba por ella, no necesitando ni tan siquiera pensar, porque ya lo hacía Ettore por ella.

A las ocho y media, según costumbre, el despertador la hizo abrir los ojos. Escuchó por si aún seguía Ettore tocando. No. La casa estaba en silencio, y solamente arriba alguien estaba pasando el cepillo de sacar brillo a la cera sobre el piso.

Se puso la bata, preparó el café al hornillo eléctrico y fue a la alcoba donde Ettore dormía. No estaba allí. La cama no había sido tocada.

Estaba en su despacho, echado de bruces sobre la mesa, durmiendo pesadamente. El violín estaba en el suelo, con el arco encima, formando una cruz.

—Ettore, «mío angelo» —le sacudió cariñosamente para despertarle—. Anda, ve a la cama y duerme descansadamente. ¿Quieres tomar antes el desayuno?

—Rendido ya el tributo a los muertos, debo descansar, en efecto —murmuró el joven con voz solemne, mientras se desperezaba—. Estoy muy contento, «mamma». Creo que estoy prestando constantemente grandes servicios a la triste Humanidad doliente, aunque no me sean agradecidos. Sí en vez de dormir, como cualquier animal primario, no hubiese estado recordando a los muertos, ¿qué sería de sus almas errantes, ansiosas de belleza, de música divina? No, no quiero el desayuno. ¿Compaginas tú lo

divino con la necesidad física, bestial, de comer para aplacar el odioso hambre, como una fiera, un animal asqueroso y rastrero? Hazlo tú, mujer...

«Mamma» Paola, con la boca abierta, como siempre que su hijo hablaba de tal suerte, se encogió de hombros. En medio de todo aquel fárrago de cosas, sí entendió que su hijo era un ángel bajado a la triste tierra para sufrir vejámenes, Incomprensiones y burlas. Si se le entendiese mejor lo que quería decir...

Cuando Ettore se metió en la cama y ella cerró bien las ventanas, besando en la frente al ya dormido hijo, salió en puntillas. Oyó el roce de las hojas del periódico al ser depositado, por debajo de la puerta, por el repartidor. Fue al recibimiento y lo recogió, dirigiéndose a la cocina, donde se preparó el desayuno de café con leche, pan tostado con mantequilla y mermelada y un huevo frito con aceite italiano.

Tomó el periódico, «Il Corriere Harlemita», en italiano, al que estaba suscrita, porque estaba escrito en su idioma, totalmente. Ettore compraba el «New York Times».

Un gran epígrafe, a cuatro columnas, llamó su atención y la hizo brincar seguidamente sobre su bien asentado y firme trasero. Leyó con creciente asombro:

«Un inspector del
F. B. I.
asesinado anoche. Una víctima más de los
contrabandistas de drogas.»

Sintió aquel dolor extraño en la parte izquierda del pecho, casi junto al cuello, y la sensación espantosa de que la vida la abandonaba. Fue solamente un segundo, dos, y todo pasó, pero la muerte estuvo a su alrededor, blandiendo la fatídica guadaña.

Volvió a coger el diario que dejara sobre la mesa.

«Anoche, a las dos y siete minutos, el oficial de uniforme de la Policía Metropolitana que hacía servicio por la Segunda Avenida, cerca de la 60th Street, halló en la acera, sentado sobre el pavimento, el cadáver de un hombre bien trajeado, cuya espalda estaba recostada contra la fachada de un edificio. Tenía el pecho

apuñalado, y a su alrededor se extendía un gran charco de sangre, todavía líquida, roja, indicándole tales detalles que el asesinato debió de cometerse unos minutos antes de él pasar por allí.

»El oficial, después de comprobar que estaba muerto, realizó un registro en las ropas del asesinado, comprobando que se trataba del inspector del Federal Bureau of Investigation míster Bruce Shaw, de cincuenta y un años de edad, adscrito a la División de Nueva York, según se indicaba en el carnet oficial.

»Pasado el oportuno parte a la División neoyorquina del

F. B. I.,

se personaron en el lugar del suceso el inspector de guardia y varios agentes especiales más, además del fiscal del Distrito, comenzando seguidamente a verificar las oportunas investigaciones para la detención de los causantes de este asesinato, que priva al

F. B. I.

de uno de sus más esforzados hombres.

»Nuestro reportero de sucesos, Schiappo, ha sostenido minutos después del hallazgo del cadáver una entrevista breve con el inspector del

F. B. I.

Thomas Jeffery, el cual nos manifestó que actualmente el inspector Shaw estaba llevando a cabo una difícil investigación sobre la existencia y represión del contrabando de drogas, que actualmente está peligrosamente extendido en toda la Unión, pero especialmente en las grandes ciudades. El secreto que se guarda sobre dichas investigaciones le vedaba exponer detalles, que pudieran aprovechar los “gángsters” que se dedican a tan criminal actividad, pero expuso su confianza de que en breve los asesinos del inspector Shaw serán detenidos y juzgados.

»A preguntas de nuestro reportero Schiappo, acerca de si dichos asesinos pudieron ser precisamente contrabandistas de drogas, y no cualquier otra banda de

maleantes, el inspector Jeffery afirmó rotundamente que podía asegurar se trataba de “gángsters” dedicados al contrabando y reparto de drogas, y hasta podía indicar sus nombres, aunque se abstenía de hacerlo de momento.

»Las heridas sufridas por el inspector Shaw eran cuatro, todas en el pecho, sobre el corazón, y fueron inferidas por un cuchillo de estrecha hoja y aguda punta. Los peritos que reconocieron el cadáver, a las 2,30 de la madrugada, afirman que el inspector debió ser sujetado violentamente, quizá por otros dos hombres, además del asesino que lo apuñaló, cogiéndole de los brazos y dejando al descubierto el pecho de la víctima para que el “ejecutor realizase su cobarde cometido. El inspector Shaw era alto, de muy fuerte constitución, muy valeroso, y es difícil creer que de haberse enfrentado solamente con un asesino éste lograra su propósito de apuñalarlo reiteradamente en el pecho sin él haber luchado enérgicamente, dado que el cadáver no presentaba ninguna señal de violencia.”

»Mamma» Paola dejó el periódico sobre la mesa y bebió con avidez una nueva taza de café, más cargado aún que la primera. Latía su corazón aceleradamente, mientras sudaba su frente, helada por el terror y la impresión. Cogió el diario y buscó en «Ultima hora» nuevas noticias acerca de aquel suceso. Las halló en última página, también con grandes epígrafes:

«Un testigo presencial del asesinato del inspector del F. B. I.

Bruce Shaw relata lo que vio.

»A las cuatro de esta madrugada se personó en Centre Street, División del

F. B. I.

un obrero panadero, llamado J. B. (se guarda en secreto su nombre, a instancias del

F. B. I.,

así como su domicilio y otras particularidades, atendiendo a su propia seguridad personal), el cual

declaró lo siguiente en relación con el cobarde asesinato del inspector Shaw a manos de los “gángsters” dedicados al contrabando y expendición de drogas:

»Serían las dos menos cinco, aproximadamente, de la madrugada, cuando desembocaba yo en la plaza donde termina el puente de Queensboro, frente a 60th Street, de regreso de mi trabajo y dirigiéndome a mi domicilio. La noche era, ciertamente, propicia para la comisión de actos como el que ha costado la vida al inspector Shaw, pues una niebla, a ratos muy espesa y empujada por una brisa fuerte procedente del Este, del río, impedía ver con claridad a una distancia no mayor de veinte yardas. Y quiero aprovechar esta ocasión para expresar mi protesta sobre el hecho de que se apaguen por lo menos la mitad de las luces del puente de Queensboro a partir de la una de la madrugada, haciendo la visibilidad difícil para los que tenemos que pasar por allí. Esto lo aprovechan para fines nada decorosos ciertas personas y creo que hasta para atracar otras, amparadas tras las columnas del puente. Si a esta falta de alumbrado se une el que jamás se vea por allí ningún hombre de la Policía Metropolitana en servicio de vigilancia, será fácil suponer la impunidad en que se ha realizado ese asesinato, precisamente ante la entrada del puente. Pido a Dios que, en adelante, o los maleantes y enamorados cambien de lugar para sus actividades inmorales, o que la luz y los agentes de la Ley hagan acto de presencia con más efectividad que hasta ahora.

»Vi cómo un coche, un “Buick” quizá, sin estar seguro de que fuese de tal marca, debido al reflejo de las luces del puente sobre la niebla blancuzca, que corría a oleadas por todas partes, pasaba a bastante velocidad, cuando yo estaba al final del puente, penetrando en la 60th Street, daba la vuelta, rechinando sus ruedas, y frenaba lentamente, hasta detenerse a corta distancia de donde yo me hallaba. Sus

faros estaban apagados y esto me dio la extraña impresión de que sus ocupantes buscaban la oscuridad precisamente, Dios sabía para qué. Rara es la noche en que no veo en el puente varios coches parados, en cuyo interior hay parejas de enamorados.

»Creyéndolo así, iba a seguir mi camino, reservándome mis impresiones sobre al amor a altas horas de la noche, en el interior de un coche, cuando hube de buscar con curiosidad el hueco de un establecimiento para esconderme.

»Un hombre se había bajado del coche, y no obstante la poca luz de los reverberos de la calle, casi anulada por las ráfagas de bruma, pude distinguir el brillo siniestro de un arma blanca, empuñada por el que se bajara el primero del coche. A éste siguió otro, por la portezuela delantera, que saltó a la acera, otro después, alto y fuerte, que iba como sujeto por los brazos del segundo que salió del vehículo y por el cuarto, que saltó el último, empujando a la víctima, indudablemente al inspector Shaw.

»Confieso sin rubor que jamás he presenciado el asesinato de nadie por los “gángsters”, en escenas callejeras como las que se ven en las películas o se describen en las novelas policíacas. Pero encontré que la realidad supera con mucho a esas ficciones y que el terror que uno sufre es desde luego mucho mayor y escalofriante que cuando se está sentado cómodamente ante la pantalla. La niebla, que todo lo cubría con un helado manto gris blancuzco, la carencia de luz, la soledad de la calle y, sobre todo, la presencia de aquellos hombres, de los que no dudé ni por un segundo que eran unos asesinos que iban a cumplir su terrible cometido, me dejaron paralizado de terror, metido en mi hueco de la tienda. Soy alto y fuerte y creo que no me asustaría volver a luchar, cara a cara, con un enemigo, como lo hice en Normandía, pero ellos eran tres, iban armados y yo no tenía sobre mi ni un cortaplumas. Y, a todo esto, ni un «Jop» de la

Metropolitana por allí cerca...

»Eran Italianos los asesinos. No lo digo a humo de pajas, sino por la certeza absoluta de haberles oído hablar en italiano mientras arrastraban al inspector Shaw acera adelante. Dos de ellos le sujetaron, por los brazos, tirando de él, encañonado por las pistolas. El tercero iba delante, murmurando “Presto, presto!” mientras esgrimía su cuchillo. Yo creo que el inspector debía de estar como anestesiado o borracho, ya que no luchaba verdaderamente, limitándose a ser arrastrado pesadamente por sus secuestradores, con la cabeza inclinada sobre el pecho, derrengado.

»Lo que siguió me dejó espantado, y también asqueado. Fue algo cobarde, indigno de que lo hagan tres hombres contra uno. El inspector no luchaba y por ello era digno, a mi parecer, de que no fuese asesinado como lo es un indefenso cordero en el matadero. Y esto fue lo que con él hicieron aquellos tres hombres armados, que se animaban, en italiano, unos a otros.

»Fue sujetado fuertemente por los brazos, extendidos, como si estuviese en una cruz, presentando el pecho al tercer hombre, el del cuchillo. Éste, riendo como un demente, descargó el primer golpe sobre su víctima, que no hizo el menor gesto de defensa. Rió de nuevo el asesino y descargó el segundo golpe, también en el pecho. Y el tercero, y el cuarto... Sus ayudantes, sujetando al inspector, en tanto, como meros espectadores de aquella inicua cobardía.

»El asesino se dio por contento cuando vio cómo la sangre corría sobre la trinchera del inspector y caía al suelo a raudales. Sus ayudantes le dijeron, siempre en italiano, que ya estaba muerto, que no se cebase, o lo dejarían a solas con la víctima.

»Montaron de nuevo en el coche y éste partió rápidamente, rumbo al Norte, quizá hacia Harlem, nido de asesinos italianos. Y esto es todo. Me agradaría presenciar la ejecución en la silla eléctrica del cobarde matarife, que reía alegremente mientras mataba a un

hombre incapacitado de defenderse».



CHICOS Y MAYORES

VEN Y IFFN

AVENTURAS DEL **F. B. I.**

IV



L periódico no decía nada más. Mamma Paola hubiera deseado saber si entre aquellos agentes especiales que ayudaron al inspector de guardia la noche anterior, cuando se descubrió el cadáver del asesinado inspector Shaw, estuvo su hijo. Ettore había regresado bastante tarde. A cerca de las tres de la madrugada. Pero en su actitud no se pudo presumir que hubiese actuado en aquel suceso. No hizo referencia a ello. Por el contrario, se mostró alegre, con su especial alegría, desde luego. En total, que ella desearía saber si su hijo estaba encargado del descubrimiento de aquel cobarde crimen. Si Ettore estaba encargado, con sus camaradas, de descubrir a los asesinos, la cosa había que darla por lograda. Ettore era formidable, un verdadero genio, en cuanto se refería a la investigación, deducción y planificación de la redada para capturarlos. No había más que verle

razonar, aunque no todos llegasen a comprenderle.

Con el periódico en la mano, ya más tranquila, se acercó a la puerta de la alcoba donde dormía su hijo. Fue a dar con los nudillos en la puerta, pero contuvo sus deseos con un gesto de disgusto. Ettore estaría durmiendo profundamente, después de la mala noche pasada, con aquellas horas empleadas en tocar el violín, y era seguro que la echaría con cajas destempladas si ella le despertaba con el fútil motivo de enterarse si estaba o no metido en aquel «*affaire*» del asesinato del inspector Shaw y cuál era su papel.

Retrocedió, aunque de mala gana. Mamma Paola era, ante todo, una santa mujer, compendio de todas las bondades, y aun debilidades en cuanto se refería al trato que daba a su hijo. Todos los vecinos y comerciantes del Harlem italiano la conocían, casi, pues aquel distrito de Nueva York no tiene más de una milla cuadrada de superficie, siendo el más poblado de todos en relación con su tamaño superficial. Mamma Paola estaba como en su amada Sicilia viviendo allí. Sicilianos eran muchos de sus conocidos y amigos y con ellos dialogaba largas horas, negándose a creer que aquello fuese América, salvo en los casos en que alguien expusiese su disgusto por aquella gran nación que les había dado cobijo a ella y a su hijo, porque entonces su dulzura y melosidad desaparecían para dar paso a una arrebatada indignación en defensa del gran país que con su hospitalidad y sentido de la democracia permitía que ella viviese aún más satisfactoriamente que en Italia.

Como Ettore seguramente no despertaría hasta la hora del almuerzo, pensó que podría ir a verificar sus compras de la mañana para preparar la comida y la cena. Al afecto, cogió su red y salió con paso silencioso del piso.

La portera, Jiuliana, estaba barriendo la escalera mientras canturreaba una extraña mezcla de canción italiana con «fox». Tenía treinta años y era bella, garrida, alegre. Su marido era conductor de «bus» de la línea Harlem-South Street.

—Buenos días —dijo al ver a la obesa anciana bajar muy agarrada a la barandilla, siempre temerosa de dar un paso en falso y bajar rodando hasta el comienzo de la escalera—. Tenía que decirle, «*signora*» Radossi, que algunos vecinos se han quejado de que su hijo emplea unas horas improcedentes para tocar el violín. No es la primera vez, «*signora*», y parece que quieren reunir firmas para

elevar una protesta ante la Estación de Policía...

Mamma Paola lanzó un hondo suspiro de preocupación. Reconocía la razón de los vecinos al protestar de aquello. Ettore no hacía nada por convivir con la vecindad. Todo lo que en ella era amabilidad, simpatía, interés en fomentar la buena unión, su hijo se complacía en desbaratarlo, no saludando a nadie y aun pareciendo como que les buscase querella cuando alguno le insinuó que debiera elegir otras horas que las de la noche para sus ensayos musicales, además de muchas del día. Era mordaz, seco, altivo, y les largaba unos discursos que les hacían sonreír con miseratativamente, dejándole en paz durante una temporada, hasta que él volvía a molestarles con sus conciertos a altas horas de la noche.

—Y ¡qué puedo yo hacer por evitarlo, Jiuliana de mi alma! — exclamó con desaliento—. Reconozco que un hombre como mi Ettore debiera vivir solo, en una casa o «villa» aislada, para no molestar a nadie, pero esto aún no puede ser, según me ha dicho varias veces. Lo hará, desde luego. Ettore va hacia arriba, como era forzoso suponer, dado su talento. ¿Vio usted subir ayer a un hombre, uno de esos protestantes del diablo, un «anglossássone» que parecía un gigante, con cara de «gángster»?

—Sí. Me preguntó si vivía aquí su hijo. ¿Y qué?

—Pues es un «ispettore» del

F. B. I.

Nadie lo diría, ¿verdad? Debe ser de esos que emplean el «terzo» grado para interrogar. Pues vino a conferenciar con mi Ettore, que aún no es más que un agente «speciale». ¿Vale o no vale mí «bambino», Jiuliana?

El rostro de Jiuliana, la portera, risueño, agradable, tomó una expresión burlona, aunque también con miseratativa. Miró largamente a la anciana, y sus ojos, muy negros, con enormes pestañas, expresaron igualmente la pena.

—Desde luego, su hijo vale mucho —murmuró trabajosamente, volviendo a su faena de barrer la escalera—. Pero dígame que no toque el violín a partir de las once de la noche, por favor. No quisiera verla a usted metida en un mal lío, teniendo que buscar nuevo alojamiento. La estimamos mucho, «*signora*» Radossi.

—Eso habría que verlo, Jiuliana —exclamó inopinadamente enfurecida mamma Paola, volviéndose hacia la portera—. Mi Ettore

tiene influencia en el

F. B. I.

y en la Policía para... tocar cuando quiera. Y, el que no esté conforme, que se marche de esta casa. Es música lo que interpreta mí «figlio», y parece mentira que haya gentes que no comprendan lo que es un genio musical que no les cobra nada por hacerse oír. Toscanini quiere oírle, Jiuliana, para contratarle. Annovazzi expuso igualmente su deseo de escucharle, para llevárselo a «nostra Italia como “primo” concertista «mondiale». Y él no quiere, porque dice que el arte puro no se vende, ni el genio. ¡Estas gentes ordinarias que todavía no se lo agradecen!

Bajó el último tramo, muy erguida la gruesa cabeza, y salió de la casa. Jiuliana la contempló largamente, moviendo después la cabeza con tristeza.

En la misma 115th Street, populosa, con uno o dos comercios en cada casa, todos italianos, mamma Paola entró en una tienda de comestibles, la de Pietro Magni. Estaba allí el dueño, con su esposa, despachando a varios clientes.

—«Buon giorno», Pietro. «Buon giorno», Margueritte —murmuró la anciana, sentándose pesadamente ante el mostrador. Hoy tengo prisa, Pietro. He dejado durmiendo a mí «figlio», después de una noche «molto aggotadore» y quiero estar pronto en casa.

—Su «delicato figlio», ¿verdad? —repuso con voz agria Margueritte, que sentía tanta cordialidad y estima por la anciana como desprecio por Ettore—. Cuánta paciencia tiene usted, Paola...

—Usted no sabe lo que es tener un hijo, «amica». Con su juventud, sin tener hijos, parece una vieja —replicó prestamente mamma Paola, acudiendo en defensa de su hijo.

Margueritte enrojeció y se dispuso a contestar aún más agriamente a mamma Paola, pero una mirada severa de su marido la hizo enmudecer. Poco después, mientras la anciana esperaba que el tendero despachase a los que estaban antes que ella, Magni se acercó a ella, sonriente, inclinándose sobre el mostrador.

—Y ¿qué cuenta nuestra buena Paola? Tiene cara de haber dormido poco...

—Poco, y a saltos. Ettore vino a casa a las tres, casi. Anda el pobre de servicio, y luego, cuando volvió, se puso a tocar el dichoso violín. Le dió por cosas tristes. Oiga, Pietro, ¿es posible que si los

vecinos de mi casa se quejan en la Estación de la Policía de que Ettore les molesta con su violín nos puedan echar de casa?

El tendero arrugó el ceño, contemplando con lástima a la anciana.

—Indudablemente, y debe usted evitar que su hijo haga esas cosas tan raras cuando todo el mundo duerme. O mudarse a una «villa» donde pueda hacer lo que quiera sin molestar a nadie.

—Es decir, que mí «figlio» no ha de poder satisfacer sus ansias de expansión del genio, todo porque se van a despertar unas cuántas personas... ¿No estoy yo también sin dormir, y por eso no me quejo? —refutó acaloradamente mamma Paola, encogiéndose de hombros. No veo la libertad que se dice hay en este país, la verdad.

—Todo el mundo es libre de hacer lo que más le apetezca, no siendo aquello que perjudique a terceros, Paola —contestó amablemente Pietro—. El descanso, sobre todo en aquellos que trabajamos, es algo sagrado, y hay que respetarlo. Oiga: ¿ha leído el periódico de esta mañana? ¿El asesinato de un inspector del F. B. I.?

—Sí. «Orribile.» Cuando se despierte Ettore tengo que preguntarle si conocía a ese «ispettore» Shaw. Seguramente que sí. También he de preguntarle si él también está investigando quiénes fueron los asesinos. Hay algo que me indigna, Pietro, y es que digan que han sido italianos los que cometieron el crimen. Todos los «gángsters» son italianos. Todos los criminales, italianos. Todos los ladrones, italianos...

—El testigo presencial del asesinato dice que les oyó hablar en italiano —arguyó Pietro—. Somos muchos, Paola, y tiene que haber de todo entre nosotros.

—Y por lo que dice el testigo presencial, el que apuñaló al inspector Shaw no era ningún valiente —terció Margueritte, en tono incisivo—. Tal vez un loco, un sádico de esos que matan por matar. Los que se creen genios...

Nuevamente, Pietro dirigió una mirada de reconvención a su esposa. «Mamma» Paola, recogiendo aquello de «genios», se volvió hacia donde estaba la esposa de Pietro.

—Margueritte: mí «figlio» es un genio, pero no un asesino, como malvadamente quiere usted insinuar —dijo, con voz queda, pero emocionada—. Mi Ettore es un agente «speciale» del

F. B. I.

y no me irá usted a decir que el

F. B. I.

sostiene a asesinos... Ni usted ni yo estamos capacitados para enjuiciar a Ettore. Ni yo permito que una ignorante mujer como usted hable con torva intención de él. Pietro: siento tener que decirle que en tanto vea yo aquí a Margueritte, me abstendré de entrar para verificar mis compras. No comprendo su hostilidad hacia mí ni por Ettore...

Margueritte fue a contestar, pero la mirada severa de su marido la hizo callar, aunque para dominarse hubo de hacer un gran esfuerzo. Pietro puso una mano sobre las de «mamma» Paola, que sollozaba silenciosamente, íntimamente dolida de la injusticia con que trataba a su hijo aquella mujer, que siempre había sido tan buena amiga para ella.

—No tome en cuenta lo que le ha dicho Margueritte, Paola —murmuró Pietro en tono afable, con cierta ternura—. Ella tiene un carácter impulsivo. ¿Verdad, «cara» esposa, que no quisiste molestar a Paola ni a su hijo?

—Verdad, Paola. No sé por qué dije semejante tontería —replicó Margueritte, bajo la severa mirada de su marido—. No lo volveré a decir más, si ello la molesta. ¿Volverá por aquí, a comprarnos lo que necesite?

Pietro sonrió comprensivamente. Esto era lo principal. Que una magnífica cliente como Paola no se marchase a otra parte.

—Gracias. Yo también me he portado como otra impulsiva. Me salva mi amor por mí «figlio», que es un genio. Debemos dispensarle sus cosas raras. Todos los genios son así, y por eso no vamos a declararles una guerra a muerte.

El silencio de ambos cónyuges, deseosos de no remover más aquella cuestión, hizo que «mamma» Paola pasase a pedir lo que necesitaba, siéndole servido en el acto por el diplomático Pietro, siempre sonriente y afectuoso con la anciana. Y salió ésta de la tienda igualmente contenta, sonriendo amablemente a Margueritte.

—¡Hace falta estar tan loca como su hijo para hablar como habla ella! —exclamó Margueritte, cuando la anciana salió—. Es que ya no puedo resistir que diga que su hijo es un genio, Pietro... ¡Valiente...!

—Ya lo sabemos, ya lo sabemos —cortó Pietro, con acento cansado—. Ya sabes lo que nos dijo esta mañana el «dottore» Ferrutti. Que es un maniático, quizá un loco peligroso, pero esto, ¿se lo vamos a decir a la pobre infeliz de la madre, para que se vuelva loca también de dolor?

—¿Y vamos a dejar que las cosas sigan así, acumulando sospechas sobre ese extravagante, que quizá ha hecho ya alguna fechoría de las peores? Recuerda también lo que dijo el «dottore»... Que hay coincidencias sospechosas. Cuando murió asesinado aquel catedrático de la Universidad de Columbia, profesor de Ettore, fue de noche, y ese loco se puso a tocar marchas fúnebres toda la noche. Cuando se suicidó Aida, fue de noche; Ettore estaba con ella, según ha dicho Paola, y se pasó la noche tocando igualmente. Anoche murió ese «ispettore» del

F. B. I.

y ¿qué pasó? Que fue muerto por italianos, y Ettore se pasó la noche con sus músicas fúnebres. Pietro, yo siento «grande compasione» por Paola, pero hay cosas...

—Te excedes en tus sospechas. Y, sobre todo, no somos nosotros los encargados de solventar ese asunto. Que lo haga el

F. B. I.

—¿Tú crees que Ettore pertenece realmente al

F. B. I.?

—inquirió, con sarcasmo, Margueritte—. No seas «miope»... Ettore dice eso porque le conviene, para ocultar cualquiera sabe qué actividades ilegales. ¡Uno de esos tres asesinos del «ispettore» es Ettore! Y debe ser el que lo apuñaló, mientras reía como un demonio. Ettore lo es, Pietro, y nosotros no debemos callarlo.

Pietro elevó sus brazos con desaliento, moviendo la cabeza a un lado y otro, como si quisiera impetrar la divina intercesión para alejar de la mente de su esposa, testaruda, también algo maniática y rencorosa, aquellas ideas.

—Aunque así sea, aunque así sea, Margueritte, querida... Yo no puedo quizá causar la «morte» a esa infeliz Paola, denunciando presuntos delitos de Ettore, su hijo. Es una triste anciana, que ya tiene bastante con soportar las manías del muchacho. Tengamos lástima y «caritá» de la pobre Paola, tan amante madre. Siempre que me acuerdo de la mía... —Su rostro, magro, surcado de

arrugas, pues tendría unos sesenta y cinco años, se ensombreció de pena.

En tanto, «mamma» Paola entraba en la frutería de Césare Bellosi, que estaba en aquel momento vacía. Maddalena, su esposa, estaba limpiando con un paño, a fuerza de frotar, una cesta de manzanas de California y naranjas de Catania, sanguinas.

—«Buon giorno», Césare. «Buon giorno», Maddalena. Voy a sentarme. Vengo muy cargada... y disgustada —exclamó «mamma» Paola, sentándose en una vieja silla, ante el mostrador.

—«Buon giorno», «*signora*» Radossi. Precisamente estábamos diciendo si hoy nos habría olvidado —contestó Maddalena, una hermosa mujer, de pelo negrísimo y ojos enormes de igual color—. Me preguntaba hace un momento Césare si su hijo se vio metido en el suceso de anoche. Como es del

F. B. I.

—y con un guiño de sus ojazos hizo sonreír maliciosamente a su marido, que estaba colocando una pirámide de naranjas en el escaparate.

—Aún no lo sé. Dejé a mí «figlio» durmiendo. He de preguntárselo cuando vaya. Pasó, desde luego, una noche muy mala...

—¿Tocando cosas tristes en el violín? —insinuó Maddalena, acentuando su sonrisa maliciosa.

—«Esatto.» No sé qué dijo de tocar para que las almas de los muertos gocen, mientras yo rezo por ellos. Ettore tiene frases verdaderamente felices, aunque no siempre lo comprendo.

—Sí, los genios no siempre son comprendidos, «*signora*» Radossi. ¿Conocía su hijo al «ispettore» asesinado?

—No lo sé. Cuando anoche regresó, estaba muy contento, pero no me habló nada de ese asesinato. De los muertos, de sus almas..., y se puso a tocar. Por cierto que no sé cómo arreglar el que pueda seguir tocando de noche y el que los vecinos no protesten de ello. Son tan incomprensivos... Como si un genio pudiera tener en cuenta que con sus manifestaciones, irreprimibles, sobre el arte, la filosofía, molesta a ignorantes vecinos. Es lo que le decía hace un momento a Margueritte Magni: ¿no lo aguanto yo? ¿No estoy sin poder dormir cuando Ettore toca de noche?

El matrimonio cruzó una mirada de comprensiva lástima.

Estimaban sinceramente a la pobre anciana, con su adoración por el hijo, al que juzgaban un verdadero demente, quizá peligroso. En toda la barriada era conocido Ettore, y generalmente odiado, cuando no compadecido al tenérsele por un maniático que hacia sufrir mucho a su madre, si bien ésta no parecía, ni mucho menos, estar descontenta del modo de ser de su hijo.

Poco después, la anciana, llena hasta rebosar la red de comestibles y frutas, salió del establecimiento con su paso lento, jadeando y sudando, bajo una fina lluvia otoñal. El cielo estaba gris, y la neblina daba un aspecto siniestro a las calles, como si fuese ya a anochecer, cuando solamente eran las doce del día.

Detuvo su paso «mamma» Paola para fijar su mirada en varios coches que circulaban lentamente, y en cuyas portezuelas podía verse la insignia de la Policía Metropolitana. En uno de ellos, sobre el techo, había como un aro metálico, que giraba lentamente. Los ocupantes hablaban ante un micrófono, llevando auriculares otros. Los habitantes del Harlem italiano se detenían, igualmente, para observar curiosamente aquella movilización de la Policía, relacionándola, con su innata inteligencia latina, con él asesinato del inspector del

F. B. I.

Shaw. Como eran italianos los asesinos...



En todos los buenos quioscos venden
AVENTURAS DEL F. B. I.
Los malos quioscos venden malos
cuadernos infantiles

V



AMMA» Paola, cuando entró en su casa, abriendo con la llave, silenciosamente, su corazón sufrió un vuelco al ver a Ettore sentado en uno de los sillones del recibimiento, despeinado, muy pálido, con los ojos terriblemente espantados. Sobre sus muslos tenía una pistola de grueso calibre.

—«Per Dio», Ettore! —exclamó, asombradísima, jadeante todavía por la subida de la escalera, cargada con la llena red de comestibles—. ¿Qué haces ahí, Ettore? ¿Para qué tienes la pistola encima?

El joven sonrió, haciendo un gran esfuerzo. Sus ojos parecieron humanizarse y su rostro, de rara hermosura, reveló más tranquilidad. La mirada que dirigió a su madre era como de agradecimiento, de recobrada tranquilidad.

—No sé... Te habías marchado... Los «gángsters»..., que querrán

vengarse... ¿Los has visto? Habrás de tener cuidado quién entra no estando yo —la advirtió, en tono preocupado—. Muchas veces dicen que son agentes de la Policía. Nosotros, los del

F. B. I.

hemos de estar siempre alerta.

—Pero no debes preocuparte, «bambino» —contestó «mamma» Paola, sonriendo un poco irónicamente, pues creía descubrir en su hijo algo muy parecido al miedo—. Precisamente acabo de ver varios coches de la Policía Metropolitana que van y vienen, como vigilando o buscando a esos «banditos» que han dado «morte» a uno de tus jefes. ¿Leíste el periódico?

—Sí. Prefiero no hablar de eso —murmuró sombríamente Ettore, levantándose del sillón, llevando en la mano la pistola—. Se llama J. B. y es alto y fuerte... Alto y fuerte. Pasa hacia las dos de la madrugada por el puente de Queensboro... —sonrió burlonamente, mientras iba hacia el comedor, seguido de su madre, que, como siempre, se devanaba los sesos queriendo comprender lo que su hijo, decía.

—¿Desayunaste ya? —inquirió, cuando ambos se sentaron ante la mesa.

—No. ¿Por qué la Policía busca precisamente aquí a quienes mataron al «ispettore» Shaw? —preguntó fogosamente Ettore a su madre, brillante la mirada de sospecha y rencor—. ¿Es que solamente en Harlem hay italianos? ¿No los hay en Bowery, ni en Greenwich Village? ¿Por qué aquí?

—Es de suponer que también en esos sitios los busquen, «bambino». No te excites por eso. Siempre me has dicho que el

F. B. I.

tiene los brazos «molto» largos; que nadie escapa a sus agentes «speciales».

—Alguien, un «confidente», se propone una cosa terrible, «mamma» —murmuró Ettore, asomándose a la ventana.

La anciana, aunque transido su corazón de angustia, no comprendía qué era lo que pensaba su hijo ni lo que quería decir con aquellas frases. Era triste cosa que la corta inteligencia de una impidiese ponerse a la altura de la de Ettore y poder expresarse como él lo hacía, plenamente compenetrado con él...

En la esquina de la calle con Pleasant Street estaba un coche de

la Policía Metropolitana parado. Era de los que sobre el techo llevaba el aro metálico. Varios agentes de uniforme estaban ante el coche y charlaban. Y llegó una pareja de agentes uniformados con otro, de paisano, llevando, esposado, a un hombre, despeinado, que en vez de chaqueta llevaba puesto un pijama. El público era obligado a circular por los agentes.

—Ya ves que no debes temer a los «gángsters», «caro mío». Se llevan a uno de esos «banditos» que nunca debieran salir de la «prigione». Pronto sabrán quién dio «morte codardo» a ese pobre «ispettore». Y yo también quisiera ver cómo ejecutan en la «silla» a ese maldito...

—¿Como ese J. B., alto y fuerte, que pasa hacia las dos de la madrugada por el puente de Queensboro? —inquirió, sonriendo dulcemente, Ettore—. ¿El que dice que vio matar al «ispettore»?

—«Esatto.» Ése es un hombre valiente...

—No. Es un «codardo». Se quedó mirando, sin tratar de defender al «ispettore». Y luego fué a contárselo a la Policía —murmuró Ettore, con desprecio—. Es un «codardo», un despreciable «codardo».

—No tenía armas. No podía luchar contra tres hombres, armados...

—¡Calla! —rugió Ettore, volviéndose hacia su madre, lívido el semblante de rabia. Y su pistola fue levantándose lentamente hasta apuntar al pecho de «mamma» Paola, que le miró asombrada, temblorosa—. «Bruta, bruta!»... Cuando yo digo que es un «codardo», tú no puedes decir que no lo es. ¡Vete a la cocina! «Presto, presto, bruta, animal!»

«Mamma» Paola, aterrorizada, llenos los grandes ojos, de dulce mirada, de lágrimas, inició la huida. Pero Ettore la alcanzó y apoyó el cañón de la pistola en el jadeante pecho de su madre, deteniéndola.

—«Mamma»... : un día, entiéndelo bien, ¡te mato! Siempre me estás llevando la contraria, nada más que para verme enfadado. Quieres imponerme tu absurda manera de pensar en todo. Crees que tu inteligencia es superior a la mía, quieres esclavizarme, que mi genio desaparezca, para igualarme a ti, que tienes el cerebro lleno de grasa, como tu repugnante cuerpo... ¡Vete y piensa siempre en que un día te mato! «¡Spía, spía!».

«Mamma» Paola estalló en atroces sollozos, herida en lo más vivo de su gran sensibilidad por las palabras de su hijo. No temía las amenazas de muerte de Ettore. Al fin y al cabo era un infeliz muchacho, incapaz de hacer daño a nadie, pero cuando su rencor le lanzaba a insultar era difícil que alguien le llegase a igualar. «Spía» ella, su madre, que siempre le estaba disculpando sus excentricidades y salía en su defensa cuando alguien le atacaba... Era para «spaventare» a cualquiera lo injusto que se ponía. Claro que todo ello tenía por fundamento la crisis que estaba pasando como consecuencia del asesinato del «ispettore Shaw, su jefe, y el temor que, no ocultaba, a la venganza de los “gángsters”. Ettore debía tener miedo...

En la cocina, púsose a trabajar silenciosamente, humillada, hipando de angustia. «Spía» ella, «Vérgine Santíssima»! Su «píccolo figlio», llamándola «spía». Lo peor que pudiera llamarle...

Sonó el timbre de la puerta. Y se levantó para ir a abrir, pero sintió los pasos rápidos de Ettore, que acudía a hacerlo él. Salió al pasillo, escuchando.

La bronca voz de Montechi y la aflautada de Annozi sonaron cuando la puerta fue abierta por el joven. «Mamma» Paola hizo un gesto de disgusto. Ya estaban allí aquellos dos agentes, aquella «gentaccia», que más parecían dos «gángsters» que servidores de la ley...

Ettore los había metido en su despacho. No estaba mal, si conseguía con ello distraerse. Ojalá se lo llevasen de paseo, o a un bar, o a donde fuese, hasta la hora de comer. Mira que haberle puesto a ella, a su madre, la pistola al pecho... Y llamarle «spía», como si se lo «sputare» a la cara, como un salivazo...

Un rato después, Ettore y los dos hombres hablaban en el recibimiento rápidamente, pero en el maldito «slang» neoyorquino, que ella nada entendía. Y sonó la puerta fuertemente al cerrarse, reinando después un silencio absoluto. No oyó los pasos de Ettore.

Fue a la ventana del comedor. Ettore se había marchado con ellos. ¡Mejor! Si se hubiese quedado, estaría dando vueltas a la cabeza con los «gángsters», temeroso de que fuesen a buscarle allí mismo, a su propia casa, cuando precisamente la Policía estaba dando redadas contra los maleantes del distrito. O quizá se volviese a meter con ella, llamándola, ¡a ella!, «spía»...

Ettore, Montechi y Annozi subían a un coche grande, negro, que estaba en la acera de enfrente. Y partía rápidamente hacia el Oeste, al final de la larga calle, quizá al Harlem español.

El coche de la Metropolitana ya no estaba allí, ni los agentes. Las gentes, latinos al fin, aún conversaban en pequeños corros, predominando las mujeres, haciendo gestos expresivos de excitación.

Miró la hora en el reloj de pie del comedor. Era ya la una menos unos minutos. ¿Volvería el «bambino» a la hora de comer? Realmente, no lo deseaba. Todavía estaría excitado y cualquier cosita haría que volviese a su irritación, a llamarle «spía». Que volviese a la noche y que la dejase en paz.

A las dos, visto que Ettore no se presentaba, se puso a comer en la cocina. Pero estaba triste y los ojos se la llenaron de lágrimas. Se reprochó su carencia de sentido común, provocando la cólera de Ettore, impidiéndole pensar o cortándole con sus necesidades sus profundas reflexiones. Tenía razón Ettore. Ella quería imponerle su modo de pensar, aunque bien mirado era por sacarle de ciertas ideas incomprensibles. Bueno, incomprensibles para ella, y esto era lo que el muchacho decía al quejarse. Que había de doblegarse a la diminuta inteligencia de ella y pensar tonterías, como las que ella pensaba. Y Ettore, excitado, la regañó duramente, y con razón. Pero no era una «spía», eso no. «Bruta», «anímale», bueno. Pero «spía», no.

A las dos y media puso en marcha el receptor de radio. Buscó la emisora local a la hora de las noticias. Hablaba ya el locutor:

—... esta mañana, en el Harlem italiano, la Policía y agentes especiales del

F. B. I.

han procedido a la detención de ciertos individuos de sospechosa conducta en el distrito, para ser interrogados. El inspector Thomas Jeffery está encargado de los interrogatorios. A preguntas de los reporteros y de nuestro cronista especial de sucesos, Leigh, expuso su confianza de que en breve los autores del cobarde asesinato del inspector Shaw serán detenidos. Tiene la certeza de que son italianos, aunque —expuso seguidamente— no pertenecen a la banda de «gángsters» que introducen y distribuyen las drogas, como en un principio se creyó. «Son “Killers” a sueldo, asesinos

contratados por el “boss” para eliminar, sin ellos tener intervención alguna, al inspector Shaw.» Nuestro cronista Leigh pudo constatar, presenciando el interrogatorio de algunos detenidos, que no son maltratados, como algunos abogados han dejado decir en repetidas ocasiones. El

F. B. I.

cumple exactamente su reglamento de no emplear la violencia con los detenidos, y solamente hace uso de la fuerza cuando la emplean antes los fuera de la ley.

»Ha ampliado su declaración el panadero míster J. B., que anoche fue testigo presencial del asesinato del inspector Shaw. El inspector Jeffery se ha negado, de momento, a ser explícito respecto a esta ampliación de datos por parte de míster J. B., pero indicó que eran muy satisfactorios los antecedentes facilitados por dicho panadero, y que pudiera sacarse la consecuencia, un tanto aferradora, de que el “Killer” que descargó las puñaladas sobre el inspector Shaw, riendo gozosamente y como complaciéndose en su brutal y sanguinario acto, sea un demente.

»Esta tarde, a las ocho y quince, daremos nuevas noticias sobre este suceso.»

«Mamma» Paola cerró el conmutador. Había comprendido bastante de lo que dijera el locutor, pese a su acento americano. Que era un «pazzo», un demente, el asesino del «ispettore» Shaw. Y que aquel J. B. sabía mucho más de lo que la información por radio había dicho. Esto era motivo de «soddisfare», especialmente para ella y para el pobre Ettore, que estaba un tanto temeroso de aquellos «gángsters». Resultaba, asimismo, que se trataba de «Killers», de «assassinos» que cobraban por ejercer aquella «orribile» función. Era «atroce» que alguien pudiese dar la «morte» a otro, sin conocerlo, sin odiarlo, solamente por recibir una cantidad. Bien hacia Ettore en llevar encima la «pistola» y a veces un «coltello» de larga y aguda hoja, que sabía manejar muy bien, como buen siciliano. Y era «spaventosso» si realmente se trataba de un «pazzo» el que apuñalaba... Un «pazzo assassino» en libertad, matando en la noche, ayudado por dos más, seguramente cuerdos, que le utilizaban como matarife... ¡«Súbito» habría que capturar a aquellos tres «assassinos»!

El timbre de la puerta la sacó de sus angustiadas reflexiones. Fue

con su pesado paso a abrir, jadeando. Abrió, sonriendo con su proverbial amabilidad, habiendo discernido por la forma de llamar que se trataba de una persona extraña.

Pero se acordó inmediatamente de la advertencia de Ettore: podían ser «gángsters» los que intentasen entrar para asesinarle. Y si él no estaba, matarla a ella. «Attenti!»...

Abrió una rendija de la puerta, asomando la nariz y un ojo, inquisitivo éste. Y un pie, el del hombre que acababa de llamar, rápidamente, mientras empujaba un poco la puerta, penetró por la rendija, impidiendo que la anciana pudiera cerrar.

«Mamma» Paola, muy pálida, sobrecogida por aquella extraña e inquietante maniobra, vio a un hombre bien vestido, casi elegante, de rostro afable, muy joven, de unos treinta y un años, que sonreía amistosamente, enseñando una blanca dentadura.

—¿Señora Radossi? Soy del

F. B. I.

Mire —y sacó de un bolsillo del pantalón una insignia igual a la que tenía Ettore—. Quisiera hablar con su hijo.

—«Io» lo siento, «*signore*» —balbució mientras, cediendo a la presión del joven, la puerta se abría lenta, pero firmemente—. No está... ¿Usted es «compagno» de Ettore?

El agente especial la miró extrañado. Hizo un gesto ambiguo y miró a su alrededor con desconfianza. Después, metiendo una mano en la trinchera, como si oprimiese algo duro con ella, se coló de rondón pasillo adelante, con paso lento, mirando rápidamente a un lado y otro. Penetró en el despacho de Ettore, seguido por la angustiada «mamma» Paola, que arrebujaba nerviosamente su blanco delantal, lívida de terror.

Salió el agente especial del despacho y fue por el otro pasillo, en busca del comedor: la alcoba de Ettore, la de la anciana, el gabinete, otra alcoba más, el cuarto de baño, la cocina. Sonaban sus pasos quedamente y abría las puertas bruscamente, penetrando en las estancias un poco inclinado, rápidamente, siempre con la mano en el bolsillo del lado derecho de la trinchera.

Se detuvo ante «mamma» Paola, sonriéndola afablemente mientras la miraba escrutadoramente de pies a cabeza. Era de faz simpática, varonil, aquel hombre, y la madre de Ettore no veía en él rasgo alguno de «feroce» «gángster», como la tenían aquellos

Montechi y Annozi, y aun aquel otro protestante de Sche..., Sche..., como se llamase, aquel «ispettore» del

F. B. I.

—No está... —exclamó el joven visitante dubitativamente, siguiendo su examen de «mamma» Paola, que negó con un débil movimiento de cabeza—. Y ¿dónde está, señora Radossi? Quería hablar con él...

—«Io» no sabe, «*signore*». Hace como «due ora, meno», que se marchó con dos «compagnos» del

F. B. I.

Supongo que usted debiera de saberlo, si es «compagno» suyo... Hablo mal el «straniero, *signore*» —rió amablemente, como pidiéndole perdón por la mezcla que hacía del inglés y el italiano—. Pero pase, pase, al comedor y siéntese. ¿Cuál es su «grazia», *signore*?

—Hago juegos de manos, trampas al jugar al póker, saco palomas de un pañuelo —contestó riendo el agente especial, mientras se sentaba ante la mesa.

—No, no... Muy «ingeniosso»..., Su... nombre, creo que se dice así —replicó riendo igualmente «mamma» Paola.

—¡Ah! Pues me llamo Will Toepfer. To-ep-fer. Muy difícil para usted, ¿no?

—No «ricordo» que Ettore me haya hablado nunca de usted. Pero ustedes son muchos en el

F. B. I.,

y claro... «Bene», Ettore no sé cuándo volverá. Seguramente está de servicio. Marchó en un «automóbile» con dos «compagnos». Nunca me dice dónde va ni cuándo volverá. Le diré que ha estado usted, To..., To...

—No hace falta, señora. Será mejor que no le diga nada. No me conoce. Vengo de Washington y un compañero me encargó le visitase, dándole una sorpresa agradable. Lo que sí puede hacer, y se lo agradeceré, es que cuando vuelva, sin que él se entere, me telefonee a este número —sacó de su cartera un papel y apuntó un número, entregándoselo a la anciana, que lo miró, dejándolo sobre la mesa—. ¿Lo hará? Sin decirle nada, por supuesto. Es una sorpresa y se va a poner muy contento Ettore cuando me vea —sonrió el joven astutamente, levantándose después.

—«Bene, bene, *signore*» —contestó «mamma» Paola, mirándole con gran simpatía—. He tenido un «grande onore»... ¿Querrá beber una copa de «Chianti»? Ettore sentirá no haberle visto...

—Gracias. Tengo cierta prisa. Cuando venga otra vez, cuando usted me llame, beberé. Señora Radossi —la dio una amistosa palmada en un hombro, mientras su voz se hacía algo trémula—, creo que es usted una excelente persona. Está usted más en el cielo que en este mundo asqueroso, ¿verdad?

—«Grazia, *signore*». «Io» no comprendo «bene». Soy «molto» religiosa, católica, y he sufrido «molto». Ettore es un genio, pero no siempre le comprendo, y se pone de mal humor con mis tonterías de vieja «bruta, animal» —las lágrimas brotaron de sus ojos y su pecho comenzó a moverse angustiosamente—. Pero él es «buono, molto buono», y para una madre su «figlio» es siempre un genio. Seguramente su «madre» pensará que usted también es un genio, ¿no? ¿Vive su madre?

—Sí. Bien, señora Radossi, me marchó. Siento haberla molestado...

—¿Molestado? «Grazie a Dio» usted no es lo que me pareció al principio. No quiero decírselo, no —terminó riendo cuando el joven agente especial hizo un gesto interrogativo—. Entró tan extrañamente en ésta su casa, que me dio una falsa impresión de que era usted un «scortese».

Toepfer se puso el sombrero, ya en la puerta. Miró largamente a la anciana, con una extraña expresión de ternura y compasión.

—Adiós, abuelita. Estoy seguro que en la otra vida obtendrá la recompensa que aquí se le niega. Es un ángel de bondad, como me dijeron.

—«Grazie tante! Mille grazie, figlio bello!» —replicó «mamma» Paola, sumamente conmovida y se quedó en el rellano de la escalera, viendo bajar apresuradamente a aquel apuesto joven, de rostro inteligente, de buena persona, alegre y cariñoso.

Fue después a la ventana del comedor y se asomó a ella. El agente especial atravesó la calle con su paso decidido, firme, alegre, y fue hasta un coche negro, en cuya portezuela figuraba el emblema del

F. B. I.

Sí, era del

F. B. I.,

aquel muchacho «encantatore». Menos mal. Si hubiese sido como decía Ettore, de que se tratase de «gángsters» disfrazados y con documentación del

F. B. I.,

¿qué hubiera sido de ella, «Dio santissimo»?

El coche partió velozmente, y «mamma» Paola lanzó un hondo suspiro, no sabía si de pena o de qué. Se encontraba ahora deprimida, angustiada. Antes deseó que no volviese su Ettore hasta la noche, dándole así tiempo para que su gran disgusto se fuese, pero ahora quisiera tenerle allí, a su lado, escuchándole tocar el violín con su arte «maraviglioso, geniale». ¿Qué estaría haciendo con aquellos dos hombres de rostros «feroces» de «banditos», pese a pertenecer al

F. B. I.?

¡Qué diferencia de ellos a aquel otro agente que acababa de marcharse!

Observó, intrigada, que un hombre, vestido de paisano, alto, fuerte, con el sombrero flexible echado sobre los ojos, paseaba indolentemente bajo la llovizna, y que, de cuando en cuando, miraba hacia la casa donde ella vivía. Se aproximaba a un escaparte, miraba un rato y después se acercaba a otro, fijando su mirada, al parecer, en el edificio que, indudablemente, vigilaba disimuladamente. «Mamma» Paola, sin dejar de ser un ángel de bondad, no era tonta, ni mucho menos. Su astucia era ingénita, como buena italiana, y sabía captar a veces cosas que otra persona de su edad no vería jamás.

Tras el visillo estuvo contemplando las idas y venidas del hombre, que acabó por meterse en un portal a fumar, con aire aburrido, y para no mojarse más. No podía distinguir bien su rostro, en la creciente oscuridad, con la niebla gris blancuzca invadiéndolo todo, pero ahora si pensó en que pudiera ser un «gángster» que esperase a su Ettore.

Su corazón se sintió alarmado. De nuevo deseó que Ettore no volviese ahora. Que no regresase en tanto aquel hombre siniestro estuviese allí, con la cara tapada con el sombrero. ¿Qué haría para avisarle al «figlio adorato» antes de que entrase en la casa?

Rápidamente, moviendo pesadamente sus enormes caderas, fue

a su alcoba, se quitó la bata y se puso un vestido negro, y sobre él, un abrigo; su sombrero y un paraguas. Salió a escape del piso, bajando la escalera sin apoyarse casi en el pasamanos, angustiada.

La portera no estaba en su chiscón y se alegró de ello. Aquella mujer se alegraría quizá de que a Ettore le ocurriese algo malo. Y a todos los vecinos también les alegraría eso. Ettore era tan poco comunicativo, tan arisco y seco...

El hombre cobijado en el portal seguía allí fumando tranquilamente, asomando de cuando en cuando la cabeza para mirar al 325 de la calle, donde ella vivía.

Abrió el paraguas, decidida, y cruzó la calle, haciendo grotescos regates a los coches que pasaban rápidamente, esparciendo el fango a larga distancia.

Llegó a la acera opuesta y rectamente fue al portal donde se escondía aquel hombre. Cerró el paraguas y se metió también, lanzando un bufido de satisfacción. El hombre la miró con cierto enojo. Su rostro no era desagradable, ahora que lo podía contemplar a su satisfacción. Tendría unos cuarenta años, sus facciones eran enérgicas, pero no de «gángster».

Ella le miró casi con insolencia, pegada al quicio del portal, enfrente del hombre. El hombre arrojó la colilla del cigarrillo al suelo. Ella le seguía contemplando fijamente, y sus miradas se encontraron varias veces, no cediendo la de «mamma» Paola en ningún momento.

El hombre, al fin, salió a la calle, y la anciana, abriendo el paraguas, se lanzó tras él sin disimulo alguno. Estaba decidido a espantar de allí, cuanto más lejos mejor, a aquel tipo, un «spía» «gángster» seguramente, y sin duda alguna para ella. Aquel hombre no sería el que avisase a sus compinches cuando Ettore entrase en casa. ¡A paraguazos, si era preciso, le haría correr de allí!

El hombre, lentamente, reanudó su aburrida tarea de contemplar los escaparates, que ya había visto, deteniéndose largamente ante ellos. Y «mamma» Paola, a su lado, sonriendo mefistofélicamente, parecía su acompañante, deteniéndose cuando él lo hacía y marchando tras él, muy cerca, cuando el otro reanudaba su paseo. Era una situación tensa, irritante, extraña, seguramente para el hombre, que pasó de ser «spía» a ser espionado implacablemente; más que espionado, obstaculizado en su labor de vigilancia.

La noche cerrada ensombreció aún más la calle, pese a las luces de los faroles y las de las tiendas. El y ella, ya lejos del 325, donde vivía Ettore, paseaban lentamente. Finalmente, el hombre pareció recobrar su vivacidad, y corriendo un poco, tomó un autobús de la línea Harlem South Street. «Mamma» Paola, sonriendo burlonamente, vio partir al gran vehículo hacia el Oeste. Y recogiéndose con la mano izquierda, en un gesto gracioso, la falda, inició su regreso a casa, íntimamente contenta de haber espantado a aquel tipo tan poco inteligente en su tarea de espiar el domicilio de Ettore.



AVENTURAS DEL F. B. I.

La enciclopedia del

ARTE

EMOCION

VALOR

y AMENIDAD

VI



L llegar la hora de la cena, cerca de las once, retrasada por «mamma» Paola por si llegaba Ettore, y éste no se presentó, la anciana sintió que una angustia creciente se iba apoderando de ella. No era que faltase cuando se iba a cenar, porque el joven no siempre se presentaba puntualmente, aunque solía telefonear disculpándose, sino que ahora los motivos de su tardanza podían ser graves, quizá «molto orribili». Temía él a los «gángsters», y cuando él los temía, sería por algo, según razonaba «mamma» Paola. Ettore era un peligrosísimo enemigo de ellos, dado su gran talento, su genio y astucia, y era natural que aquellos «banditos, aquella “canaglia, assassinos”, no descansasen hasta hacerle «soccómbore». Ettore era un genio, y por eso, sus jefes venían a consultarle a su propia casa. Era como la presencia de aquel joven agente «speciale», Toepfer...

Greyó, sin duda, qué ella no se percató de que iba en busca de Ettore para consultarle también. Y que debía ser un asunto «urgente, urgentissimo» y grave, por cuánto le buscó por toda la casa, por si el «figlio» no deseaba, en aquel instante atenderle, cansado, agotado. Nada de que iba a verle de parte de un «compagno» de Washington para darle una sorpresa. Sí, si... Lo que ocurría es que Ettore era «indispensabile» en la División del F. B. I.

en Nueva York, porque era «infallible, geniale». De ahí el que su vida corriese inminente peligro. Aquel hombre, aquél «spía» del portal... Ella debió denunciarle a la Policía, hacer que le prendiesen, porque quién sabe si era el asesino demente, el que mató al «ispettore» Shaw.

Presa en sus temores, sentada en la cama, estuvo esperando, esperando, al hijo «infilice», quizá «morto» ya. Aunque Ettore era astuto, inteligente, las fuerzas del mal tienen en su favor la «infernales astucia de la traición, del no saber cuándo van a descargar el golpe. Era “inevitabile” que mientras pertenece al F. B. I.

su vida estuviese siempre en grave peligro.

Al fin se durmió, sin darse cuenta, con la luz del portátil encendida, sentada en la cama, cruzadas las manos sobre el regazo, como si acabase de orar pidiendo al «buono Dio» librase de todo mal a su Ettore.

Afuera, en las calles, caía una fina lluvia y la niebla corría hacia el Oeste en jirones lívidos, al chocar contra la blanca luz de los reverberos.

No se oía nada: ni un paso de viandante, –ni el deslizamiento de un coche por el asfalto.

Antes de las ocho, cuando la luz diurna apenas se filtraba a través de los visillos, «mamma» Paola despertó sobresaltada, apagando la luz del portátil que dejara encendida. Miró el reloj despertador. Las ocho menos veinte. Se puso la bata y saltó de la cama, pensando ya en Ettore.

Abrió quedamente la puerta de su alcoba, por si dormía. Pero Ettore no estaba allí. La cama no había sido tocada.

Fue al despacho, abriendo con el mismo cuidado, asomando la cabeza. Ettore tampoco estaba allí. En el perchero del recibimiento

faltaba su trinchera, su sombrero. Así, pues, no había regresado desde que se marchara el día anterior, casi a mediodía, con sus dos «compagnos» del

F. B. I.

Un hombre que se juega la vida todos los días y a todas horas, como los agentes del

F. B. I.,

cuando vuelve a su casa, después de verificado un servicio, llena de alivio a las personas que con él conviven. Cuando tarda en regresar, aquellas personas se van sintiendo paulatinamente angustiadas, creciendo la inquietud en razón directa del tiempo que dura su ausencia. Ettore tardaba ya mucho en regresar, y por ello, «mamma» Paola sentíase más y más angustiada. Si aquellos «gángsters» le hubiesen tendido una celada, asesinándole...

La vena aorta, en su cuello, aglomeraba la sangre, que corría furiosamente, como torrente impetuoso, sobre su dolorido corazón, produciéndole un hondo malestar; una sensación de ahogo, de desfallecimiento, alternando con un nerviosismo exacerbado por la inquietud creciente.

Se sentó ante la mesa, en el comedor, indecisa, sin saber qué hacer con su pobre y triste vida, no teniendo a su lado a Ettore, aunque la insultase y llegase a amenazarla con la pistola. Aquel hijo era toda su vida, lo único que la ataba al mundo. Sabía que él la necesitaba, pese a toda su superioridad sobre ella. Podía encolerizarse, mostrarse desdeñoso con ella, hacer como que era ella un estorbo, un motivo de fastidio, con sus impertinentes charlas, pero Ettore acababa por buscar siempre su mirada de madre; toda consagrada a él, siempre pendiente de él, siempre temblando por él y disculpándole, defendiéndole. Y acababa por sentirse conmovido, y la besaba, buscaba las caricias de ella y aquellas palabras, siempre las mismas, sencillas, tontas, que le aplacaban y le conmovían.

Su mirada se fijó sobre el papel que dejara la tarde anterior aquel agente «speciale», aquel Toepfer (debía ser un protestante, sin duda, para llamarse así). Su mirada se animó; se levantó y lo cogió. El nombre y un número de teléfono estaban escritos.

Sonrió alegremente. Había sido una tonta, una «ánimale», como muy bien decía Ettore. Estar inquieta, pensando lo peor, cuando

allí, en aquel papel, estaba el gran calmante, el desvanecedor de su angustia...

Se sentó ante la mesa de despacho de su hijo y marcó el número aquel, el de To-ep-fer (era mejor decirlo así, para no atragantarse).

Alguien descolgó el aparato, allá, al otro lado de la línea. Una voz suave, como de mujer de edad avanzada, sonó dulcemente en sus oídos:

—Hable, hable...

—¿Es la casa del «*signore*» Will To-ep-fer? Habrá de «perdonare» mi mala pronunciación del «inglese»...

—Aquí es. ¿Desea hablar con mi hijo? Un instante...

—«Grazie, *signora*». Soy la madre de Ettore Radossi.

Esperó medio minuto. Y la voz varonil, alegre, del joven agente especial llegó al oído de la sonriente anciana, que abrió más los ojos, como si ante ella estuviese aquel muchacho tan simpático.

—Soy la «*signora*» Radossi, «*signore*» To-ep-fer, y lamento...

La risa del agente especial interrumpió a la anciana.

—Muy bien dicho, señora Radossi. To-ep-fer... Se lo ha aprendido muy bien, abuelita. No todos lo consiguen. Y ¿qué le ocurre?

—Lamento tener que molestarle, «*signore*»... eso. Si no tengo delante el papel que me dejó, no me acuerdo de su «grazie», de su nombre. Fue tan «amabile» conmigo ayer, que abuso de su bondad...

—No importa eso. Dígame qué desea, y si puedo... —La voz del joven se hizo más protocolaria, sin aquella entonación afable, alegre, del principio.

—Mi Ettore, su «compagno» del

F. B. I.,

aún no ha «ritornato, *signore*» Will... No puedo «rimediare» el estar «molto» intranquila. Ettore temía a los «gángsters», a su «*vendetta*», y ante la «possibilitá» de que lo hayan... —Toepfer oyó cómo sollozaba—. Me he acordado de usted, tan «amabile». ¿Le será «fácile» informarse en la «Divisione» y decirme solamente, nada más que si vive?

«Mamma» Paola llegó a dudar de que el agente especial la hubiese oído, a juzgar por el sostenido silencio que siguió a sus angustiadas palabras.

—Es el caso, señora Radossi —la voz de Toepfer sonó al fin, indecisa, un poco trémula, sin alegría alguna, sino muy al contrario, grave y lenta, como si le costase gran trabajo hilvanar las frases, las palabras—, que... yo no pertenezco a la División de Nueva York. He venido de paso y...

—Comprendo, comprendo, «*signore*» Will. Me es más «fácil» llamarle así, aunque sea «impropio»... Pero usted si podrá, espero que sí, preguntar en la «Divisione» por Ettore Radossi y saber..., si no ha sido «assassinato», como él tenía el... presenti... miento, creo que se dice así. Siempre es más «fácil» para un agente «speciale» preguntar por un «compagno» que si lo hace su madre. Nadie quisiera darle una mala noticia... de que ha «morto», ¿verdad?

—Desde luego... No sé, no sé... —«Mamma» Paola no comprendía la indecisión de aquel joven. Era tan sencillo, tan natural que un «compagno» del

F. B. I. preguntase en la División por otro...

—¿Usted no sabe ya, «*signore*» Will, algo de mí «figlio»? —saltó repentinamente «mamma» Paola, lleno su acento de terrible angustia, sospechando que él pretendiese eludir precisamente el darle la fatal noticia—. ¿No sabe «niente»? «Per carità, figlio mio... Io» no podré vivir así, sin saber si volveré a tenerlo conmigo o no «giammai. Investigare, per favore»... Soy una «póvera» madre, como lo es la «sua», que tampoco vivirá cuando usted esté de servicio y tarde, tarde en llegar.

—No se ponga así, abuela. Su hijo puede volver, no se apure. A veces, el servicio impone ausencias largas...

—Mi Ettore estuvo hace tiempo ausente como tres o cuatro meses, es «certo», y nada supe de él. Pero había estado en... Quantico, según me dijo, en esa casa donde enseñan a ustedes. Ahora no sé de él, y los «gangsters» le han «declarato» la «*vendetta*». Entonces, usted indagará ¿verdad? «Grazie!» ¿Me lo «promettere»? ¿Cuándo he de llamarle de «nuovo»? «Presto», si me lo permite...

—Yo la llamaré. Espere a que yo la llame. He de hacer las gestiones. A veces, señora Radossi, es secreto lo que está haciendo un agente, y no se puede preguntar por él, porque no lo dicen.

—«Io» sólo deseo saber si vive, «*signore*» Will. Nada más que eso. «Grazie, molte grazie, figlio mio. Inviare» a la «sua madre» mi

más «cara» simpatía. Es una madre que sufrirá como yo, aunque no será tan «codardo» como yo. «Addio, bello *signore*» Will To-ep-fer...

Colgó el aparato, solamente a medias tranquilizada respecto a la suerte que podría estar corriendo su hijo. ¿No sería que tratasen de ocultarle lo que ya era una desgracia irreparable, la muerte de su Ettore? Era tan raro que aquel To-ep-fer se mostrase como confuso, incluso mucho más reservado y seco que el día anterior, cuando habló con ella por primera vez...

Sintió el roce del periódico bajo la puerta. Lo recogió y fue a sentarse ante la mesa del comedor, poniéndose las gafas de concha para leer.

Los titulares de primera plana eran aún más grandes que las del día anterior, pues ocupaban todo el espacio de la hoja:

«EL TESTIGO PRESENCIAL DEL ASESINATO DEL
INSPECTOR SHAW CAE, A SU VEZ, BAJO EL
CUCHILLO HOMICIDA

»El

F. B. I.

se muestra desconcertado.»

»Mamma» Paola ahogó un suspiro de consternación. Ahora comprendía por qué Ettore no había regresado a casa. El

F. B. I.

estaba, ya lo decía aquel papel, medio loco, desconcertado. No habría ni uno solo de los agentes especiales que descansase, en tanto aquel maldito asesino siguiese haciendo de las suyas.

Volvió a la lectura de la sensacional información:

«La pasada noche, también siniestra en los alrededores y en el puente mismo de Queensboro, bajo la niebla persistente que estos días se cierne particularmente sobre el norte de la ciudad, ha sido testigo de otro hecho criminal, igualmente premeditado y cobarde por parte del misterioso asesino que quitó la vida al malogrado inspector Shaw anteayer.

»Esta vez ha sido el obrero J. B. (James Bright) el que ha caído bajo el cuchillo del asesino misterioso, sádico y cobarde, en circunstancias aún más extrañas que las que rodearon el asesinato del inspector Shaw. Afortunadamente, James Bright, aún herido gravísimamente, pudo declarar antes de extinguirse su vida, en el Hospital New York and Cornell University Medical College, en York Avenue, cerca del lugar del suceso, y dichas declaraciones han servido grandemente, según parece, para fijar y esclarecer en parte las circunstancias extrañas en que el asesino se desenvuelve y ciertas características que le rodean. El

F. B. I.

se muestra sumamente reservado en sus investigaciones y el inspector Jeffery solamente accedió a facilitar a la Prensa lo siguiente:

»El obrero panadero James Bright pasó anoche, hacia las dos de la madrugada, como era costumbre en él, por el puente de Queensboro, de retorno a su domicilio, después de verificado su trabajo. Atendiendo precisamente a su justa reclamación, el puente se hallaba iluminado con todos sus reverberos, y la Policía de tráfico había intervenido igualmente para hacer que los coches allí aparcados indebidamente, quizá por los motivos que exponía el desdichado Bright, no se detuviesen más de lo debido.

»La declaración de Bright especifica que la noche era sumamente oscura, debido a la niebla reinante, que envolvía densamente todo, amortiguando las luces del puente y de las calles. Los agentes de la Policía Metropolitana habían establecido más vigilancia, considerando que aquella oscuridad pudiera favorecer la acción de maleantes y descuideros. Pero en modo alguno podía preverse que un segundo asesinato pudiera desarrollarse precisamente en el sitio y la hora donde la noche anterior tuvo lugar el del inspector Shaw. Bright, pensando igualmente así, no adoptó ninguna precaución personal ante semejante

pensamiento.

»Eran las dos y cinco minutos, según constató Bright, cuando pasaba precisamente por el puente de Queensboro, a paso vivo, pues la niebla era fría y caía una llovizna molesta. Y llegaba ya casi al final, por el viaducto de York Avenue, cuando un hombre, que estaba parado en la acera de enfrente, cruzó rápidamente la calzada y se fue a él sin vacilar. Bright no dio a esto excesiva importancia. Podía ser un agente de paisano de la Policía o, simplemente, un viandante, como él, que en aquel instante decidiera cruzar la calzada, yendo hacia el otro extremo del puente, la isla de Welfare. Es cierto que había Bright encontrado absolutamente desierto el puente mientras lo recorrió, y que aquél era el primer peatón que encontraba.

»El hombre se le puso delante. Era de mediana estatura, fuerte, y llevaba una trinchera de claro color, con el cuello muy subido. Un sombrero flexible, gris o marrón claro, cubría la parte alta de su rostro, ocultándoselo casi por completo mediante esta precaución y la de subirse el cuello de la trinchera. Bright —ha dicho en su declaración— se sobresaltó entonces. No pensó aún en que pudiera tener ante él al asesino del inspector Shaw, sino a un atracador que aprovechaba las condiciones de inseguridad proporcionadas por la niebla, la soledad y el innegable temor que cada cual siente al pasar por un sitio, en circunstancias parecidas de nocturnidad y siniestros antecedentes, donde se ha cometido un asesinato impunemente la noche anterior.

»El hombre hizo un gesto seco, imperioso, para detenerle. Y Bright vio en su mano derecha un cuchillo largo, agudo.

»—Usted es alto, fuerte... —Parece que le dijo a Bright en un inglés correcto, aunque con un acento suave, quizá italiano o español—. ¿Es J. B.? ¿El que presenció la muerte de Shaw?

»Bright no llevaba encima arma alguna. Pero

tampoco le hubiera valido de mucho, porque el hombre ya le colocaba la punta de su cuchillo en la región del corazón mientras reía bajito, recreándose en la sorpresa que revelaba el rostro del obrero panadero. Y no pudo contestar a las palabras del asaltante, con lo que éste rió más fuertemente, tal que si gozara intensamente al ver el terror del panadero. Era una risa —manifestó Bright— espantosa, fría, nerviosa, como desganada. Pensé que me hallaba ante un demente homicida, y en que el hombre que tenía ante mí y el asesino del inspector, la noche anterior, eran la misma persona. Rió con aquella espantosa risa, mientras apuñalaba el pecho del inspector, sujeto éste por los dos cómplices, que esta noche no habían hecho acto de presencia.

»—Usted me ha llamado cobarde —dijo el hombre a Bright, sin dejar de apoyar la punta del cuchillo sobre el pecho del obrero panadero—. Usted ha dicho que se alegraría de verme sentado en la “silla” y que gozaría presenciando mi ejecución. Usted ha dicho que es fuerte y que se enfrentaría a mí... ¡Hágalo! He venido solo y ahora estamos los dos, hombre contra hombre.

»Bright no pensó que ganaría nada en discutir con aquel extraño hombre, que soltaba la risa a cada instante que hablaba, tartamudeando como si encontrase gran dificultad en dominar sus nervios. Así, se decidió por luchar para conservar su vida, y se lanzó al ataque, teniendo en contra a un hombre armado de un cuchillo y seguramente loco homicida.

»El obrero era más fuerte, al parecer, que el asesino, pero no contó con el caudal inagotable de energías que un loco puede desarrollar, ni con la terrible tenacidad y desesperación con que luchan en tanto no son anulados definitivamente y con la máxima celeridad. Bright —nos ha dicho— consiguió zurrarle bien durante varios segundos, tratando de arrebatarse el cuchillo, pero tan pronto su adversario sintió sobre su rostro y resto del cuerpo el castigo severo, sucedió lo que era de esperar: las fuerzas y la desesperación del asesino se

centuplicaron, mientras reía quedamente, de modo espeluznante, y Bright ya no pudo con él. Recibió rápidamente tres puñaladas en el pecho, que le hicieron perder fuerzas, cayendo al suelo medio desvanecido. Pudo oír cómo su agresor se alejaba precipitadamente, sin dejar de reír, y ya cuando recobró el conocimiento, dos horas después, en el Hospital, estaba agonizando y pudo hacer estas declaraciones, y algunas otras, que nos reservamos, terminó el inspector Jeffery.

»A preguntas de nuestro reportero de sucesos acerca de si el asesino se valió de la información que dieron todos los periódicos sobre J. B., indicando que pasaba todas las noches por el puente de Queensboro hacia las dos de la madrugada, y que era alto y fuerte, con más, sus declaraciones de que le hubiera agradado presenciar la ejecución del asesino, tachándole de cobarde, para vengarse de él, esperándole precisamente allí y a la hora indicada por Bright, el inspector Jeffery contestó que, efectivamente, todo lo indicaba así, y fue una desgraciada ocurrencia por parte de Bright declarar aquello, y los diarios publicarlo. Tampoco el

F. B. I.

pudo pensar que tales hechos pudieran tener lugar — confesó el inspector Jeffery— ni que el asesino fuese tan terriblemente suspicaz como para decidir vengarse como lo ha hecho.

»Nuestro reportero pidió la opinión del inspector acerca de si realmente se trata de un demente homicida, como parece derivarse de las declaraciones del desdichado Bright, o es un asesino nato, ávido de siniestra popularidad.

»—Se trata de un “Killer”, sin duda alguna —fue la contestación del inspector Jeffery—. En cuanto a que sea un demente o un asesino, no encuentro que, por ahora, esto sea interesante para el

F. B. I.

Hemos de proceder a su captura lo antes posible y serán los especialistas los que digan con quién nos las

habemos. Hay poca diferencia entre un demente homicida y un asesino, según parece, nato. Hay dementes «lúcidos» que piensan con bastante claridad y poseen una endiablada astucia razonadora, tanto para idear y planear sus actos homicidas como para evadirse de la natural responsabilidad y detención. El

F. B. I.

está actuando con cuántos medios tiene a su alcance para detener a este asesino, demente o no.

»Es evidente que este “Killer” no opera como componente de un “gang”, el de los contrabandistas de drogas, específicamente, dado que, según nuestras noticias, la mayor parte de los elementos que lo componen están ya determinados, excepto el “boss” y dos más, a quienes se sigue la pista muy de cerca. Este “Killer” actúa solo, o auxiliado por dos hombres, sus informadores y “sabuesos” para preparar el acto criminal de la “ejecución”, que al parecer lleva a cabo exclusivamente el que asesinó al inspector y a Bright: Esto acredita la calidad moral de este hombre siniestro, que parece encontrar un placer morboso en asesinar, solamente en asesinar. Los alienistas habrán de encontrar en él, cuando, sea detenido, un curioso ejemplar para sus estudios.»

«Mamma» Paola dejó el periódico sobre la mesa, mientras lanzaba un suspiro de angustia e inquietud. Se quitó las gafas y quedó con los codos apoyados sobre el tablero, las manos oprimiéndose la sudorosa frente.

El diario no hablaba de más muertes, ni luchas habidas, en las que los agentes del

F. B. I.

pusieran en peligro sus vidas. Decía, sí, que la banda de «gángsters» estaba liquidada y solamente el «boss» y dos de sus hombres no habían sido capturados. Quedaba la incógnita de si al ser detenidos aquellos «banditos» mataron a algún agente especial. Los «gángsters» no se entregaban así como así, según tenía ella entendido. Eran hombres fieras, la hez de la sociedad, y

generalmente, la vida era para ellos algo en lo que no debe pensarse excesivamente. Morían matando, como un último goce en hacer daño.

Y aquel maldito «assassino», que había inmolado al pobre y honrado Bright... ¿No era espantoso que estuviese en libertad todavía, pesando su terrible presencia como una mortal amenaza para los tranquilos habitantes de una ciudad? ¿Cuál sería su próximo golpe, si el

F. B. I.

no se apresuraba a detenerlo? Y ¿por qué detenerlo, corriendo con ello peligro las vidas de los agentes, y no acribillarlo a balazos tan pronto fuese hallado? ¿No valía mucho más la vida de uno de aquellos fogosos y honrados agentes, que la de mil hombres como aquél, siempre sediento de sangre? Aunque fuese un demente, «per Dio»... Un hombre loco es irresponsable, sí; pero si para capturarlo se han de inmolarse vidas inocentes, de seres razonables, no debe dudarse en cuanto a la conducta que hay que seguir. Muchos locos como aquél, si lo era, hubieron de ser muertos por la fuerza pública ante la imposibilidad de frenar sus actividades homicidas, provocando verdaderas catástrofes. Si Ettore cayese en la empresa de detener a aquel terrible matarife de personas, ¿no sería una gran injusticia? ¿Perder la vida muchachos conscientes y alegres, honrados y buenos, para lograr encerrar en un manicomio a un ser que jamás volvería a su ser natural, y que, de lograrse esto, habría de ser para que su mente volviese al abismo de la locura, ante los irreparables daños por él causados?

«Mamma» Paola estaba francamente indignada. No comprendía que su Ettore pudiera estar en grave peligro por cumplir un deber como el de capturar vivo a un demente atroz, que se revolvía como una serpiente cobra. Y eso si no había muerto en el cumplimiento de su deber. Aquella indecisión de To-ep-fer en hablar, en decirle si podría o no darle noticias del «figlio» adorado era sumamente inquietante. Había quedado en llamarla por teléfono, pero dudaba que lo hiciera. No sabía cómo decirle que su Ettore ya no vivía.

Todo por un asesino, fuese o no un loco.

VII



AMMA» Paola no salió de su casa en todo el día. Estuvo esperando la llamada telefónica de To-ep-fer, dándole noticias de su hijo. No bajó a hacer sus compras, recurriendo a las reservas de varias clases que tenía, de conservas, pidiendo otros víveres por teléfono. Y, nerviosamente, desde la cocina, escuchaba atentamente para ir desalada al teléfono tan pronto sonase el timbre, en el despacho de Ettore.

Llegó así la noche, y aquel «compagno» de su hijo, To-ep-fer, no llamó. Ella domeñó, cada vez con más dificultad, sus nervios, haciéndose toda clase de reconvenciones y razonamientos para tolerar aquella espera angustiosa. Pero To-ep-fer no llamaba, y así dieron las once de la noche. La radio había dicho, a mediodía, que el

F. B. I.

proseguía activamente sus indagaciones en pos del asesino misterioso. Todo bastante vago, trasluciéndose una evidente reserva en el Organismo policíaco, sin duda para no facilitar detalles que pudieran favorecer a aquel hombre respecto a las posibilidades de ser detenido.

La paciencia de la anciana se agotó cuando tristemente fue a la alcoba de su hijo, intacta la cama, vacío el cenicero que él muchas noches llenó de colillas, en sus largas horas de insomnio. Lloró amargamente su ausencia, prometiéndose que si alguna vez el hijo adorado volvía, le haría renunciar definitivamente a seguir siendo agente del

F. B. I.

Era demasiado, tanto para él como para ella, aquella actividad nerviosa, aquella intranquilidad constante, el nunca saber si habría de volver un día, o lo traerían en una camilla, muerto. Ciertamente que ganaba mucho dinero, y que con él ambos se daban buena vida, pero Ettore era un genio y no necesitaba recurrir a semejante profesión, tan arriesgada, para obtener aún mayores ingresos. Le bastaba con coger su violín y hacer un par de visitas, o escribir unas cartas. El director, de fama mundial, Annovazzi, quería llevárselo a Italia para dar conciertos. El «manager» Fratistini había ido a contratarle para hacer una «tournee» por la Unión, en conciertos magníficos, mostrándole un contrato por muchos miles de dólares, comenzando por Nueva York, en el Auditorium. La Orquesta Sinfónica de Filadelfia quería tenerlo como «primo» violín, en condiciones inigualables. Había allí una fuente inagotable de ingresos, en una ocupación artística maravillosa, sin peligros, sin penosos deberes que cumplir. Dejándose llevar por el Arte, que él sentía de modo «angelical», divino. Ettore había accedido a dar alguna representación, en privado, ante aquellas autoridades en Música y expertas en la explotación comercial de sus facultades. Le escucharon admirados, suspensos de su arte inigualable. Y acto seguido pretendieron hablar con él, trabándose la lucha comercial entre ellos para llevárselo. Fue cuando Ettore se mostró irrazonable de todo punto. No quería vender su arte. El tocaba para sí mismo, para oírse, y no para ser escuchado por ignorantes, comprándole sus facultades maravillosas como si fuese un payaso o un malabarista del violín; traído y llevado por unos viles comerciantes que se

lucrarían con él.

Fue a su alcoba y se arrodilló, trabajosamente, ante una imagen de la Virgen de la «Caritá», que estaba en una dorada ménsula, teniendo a cada lado dos candelabros, de luces eléctricas diminutas, siempre encendidos. Y oró con su gran fervor y ternura, sollozando, solicitando el regreso de su hijo y la divina protección para él, apartándole de aquel camino mortal que emprendiera.

Un poco más tranquilizada después de haber dirigido sus desgarradoras súplicas a la Madre de Dios, pensó que no le sería posible acostarse, ni menos aún intentar dormirse, con aquella duda lancinante acerca de lo que sería de su adorado «bambino». To-ep-fer no había llamado. Quizá porque nada sabía de Ettore. Quizá porque si lo sabía, y sería tan espantoso, que no se decidiese a confiárselo. Quizá porque estaba tan ocupado con la caza de aquel maldito asesino que no encontró un poco de tiempo para llamarla. Y estas dudas eran todas tan angustiosas, que sintiéndolas crecer minuto a minuto, en la larga noche que había de pasar, sentada en la cama, con el oído atento, por si al fin llegaba, no hallaría descanso.

Si To-ep-fer no la había llamado, por lo que fuere, ¿por qué no llamarle ella? Sí, él la dijo que sería quien le hablase, pero esto no había ocurrido, y parecía, dada la hora que era, que no ocurriría.

Ya en bata, fue al despacho de Ettore, se sentó y consultó el número del teléfono del joven. Marcó en el aparato y esperó, latiéndole el corazón fuertemente. Recordó que tenía que hablar al doctor Ferrutti acerca de la irregularidad en la marcha de su corazón. De que cada vez eran más frecuentes aquellas terribles ausencias de vida, muy cortas, cierto...

—Señora de To-ep-fer —la voz de la anciana llegó a los oídos de mamma Paola, dulce, grave, conmovedora—. Hable...

—¡Oh, «perdón, *signora*»! Soy la «*signora*» Radossi, la madre de Ettore, el «compagno» de su «fl...» hijo. Esta mañana tuve el «onore» de... tartamudeó la anciana, sonriendo precariamente y accionando como si ante ella estuviese aquella digna dama, madre también da un esforzado agente «speciale» del
F. B. I.

—Lo recuerdo, señora. Me habló de usted Will... Pero él no está ahora aquí, lo siento —la voz se hizo más dulce, comprensiva—.

¿Quedó en llamar a usted?

—Sí, «*signora*». Habrá de «perdonare» mí «*impazienza*». Como son las «úndici», pensé que era mí «*debere...*» «*Signora*», yo espero que usted sabrá «discolpare» y comprender mi... ¿Sabe algo de mi Ettore, «per carità»? «*Tutti e due*» somos madres de dos «*bravissimos*» servidores de la «*Legge*» y no podemos «*dissimulare nostra incertezza*» eterna por ellos...

—Es muy cierto, señora Radossi. Las madres de estos muchachos que han elegido esta profesión nunca vivimos tranquilas. Comprendo su inquietud y por ello tiene usted toda mi simpatía. Will aún no ha regresado... —La voz de la señora To-ep-fer se hizo vacilante, como si le costase gran trabajo expresarse—. Pero me dijo que si a las... once y media él no había vuelto con más noticias de su hijo, llamase yo a usted para comunicarle que... se encuentra bien, perfectamente bien. Quisiera que tan concisa noticia le tranquilizase, señora Radossi. ¡Pobrecita mía! —Y «*mamma*» Paola hubiera jurado que oyó cómo aquella otra anciana sollozaba.

—¡Oh, «*grazie, grazie, signora*» To-ep-fer! —gimió «*mamma*» Paola, llena de alegría—. «*Impossibile*» darme mejor noticia. «*Nostro Signore*» se lo pague. Hago votos fervientes a «*mía Santíssima Vèrgine*» para que a su «*bambino*» tampoco le ocurra nada malo. «*Buona notte, signora*» To-ep-fer. Soy su «*migliore*» y más «*ténera*»... ¿se dice tierna? «*amica*».

—Buenas noches, señora Radossi. Duerma bien. Tiene toda, mi simpatía, mi comp... ¡Buenas noches!

«*Mamma*» Paola colgó cuando oyó que la señora To-ep-fer lo había hecho ya. Era una excelente dama, sin duda alguna. Quiso decir que sentía por ella, por «*mamma*» Paola, compasión, aunque no lo llegó a decir del todo, quizá temerosa de que esto fuese algo humillante para ella. Nada de eso. Ella también sentía, además de gran afecto, mucha compasión por la señora To-ep-fer; por todas las madres de aquellos muchachos que pertenecían al

F. B. I.

luchaban contra los sin ley, por una vida mejor, por el bien común y el mutuo respeto y la convivencia.

Abandonó el despacho, apagando la luz. Se encontraba mejor, física y moralmente. Casi contenta. El saber que Ettore estaba perfectamente bien, significaba que vivía, y esto era para ella

también la vida. Claro es que un agente «speciale» tiene siempre comprometida su existencia y por ello, si hoy vive, mañana, dentro de una hora, de cinco minutos, puede estar acribillado a balazos o puñaladas, caído como un «eroe», cubierto de «onore»...

Se metió en la cama, rezando de nuevo, ya la última oración antes de dormir. Por sus padres, por su marido, por Ettore...

Y aquella noche durmió casi sin despertarse, soñando con su hijo, que estaba luchando fieramente contra los enemigos de la ley, despreciando la vida cómoda, llena de riquezas, del genio dal Arte, de la Música, que se le ofrecía tentadora. Ettore era un genio...

Solamente una vez despertó del todo, un poco sobresaltada, pues creyó haber sentido el ruido de varias detonaciones en la silenciosa noche, a través del repiqueteo de la lluvia azotando levemente sobre el cinc de la ventana que daba a la calle. Pero como no oyese nada más, coligió que fue la explosión del motor de alguna motocicleta. Y volvió a su sosegado sueño, el primero desde hacía varias noches.

El despertador la hizo abrir los ojos. Extendió la mano, lo detuvo y quedó con los ojos abiertos, como si pasase revista a todo cuanto ocurrió el día anterior y lo que tenía que hacer en el presente, que ya apuntaba.

La lluvia seguía cayendo y cuando fue a la ventana, envuelta ya en la bata, bostezando, vio que un día sombrío se presentaba, envuelto en brumas, gris, hosco. Pensó en Ettore, tan remolón, que gustaba estarse en la cama hasta media mañana, en que le llevaba el desayuno. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Llevaría sin acostarse casi desde que salió de casa, anteayer a mediodía? Desde luego, mucha violencia le estaría costando llevar aquella vida agitada, dado su temperamento indolente, tan dado a la reflexión o a tocar horas y horas el violín, soñando en tanto con maravillosos paraísos, creados por su genio infatigable de artista.

Fue a la cocina y se puso a preparar el café en el hornillo eléctrico. Dudó si prepararlo para ella sola o para los dos. Algún día volvería Ettore, quizá muy de mañana, después de una noche agitada de servicio. ¿Cuándo sería eso?

Desayunó silenciosamente, rumiando la idea de volver a llamar a aquella excelente «signora» To-ep-fer para que le dijera si tenía alguna otra noticia de Ettore. Bien se veía, como le había dicho el

agente especial, que, en ocasiones, los agentes trabajaban en secreto, sin que nadie excepto sus jefes supiesen dónde se encontraban y qué es lo que hacían. Por eso su «figlio» parecía estar ahora como bajo tierra, sin dar testimonio alguno de vida. Una misión secreta; eso era lo que le ocupaba ahora. Algo muy en consonancia con su talento de investigador, su genio. Seguramente, persiguiendo sañudamente a aquel «codardo crimínale» misterioso.

La idea de llamar a casa de la «*signora*» To-ep-fer se aferró en su mente, como única forma de saber algo de Ettore. Pasar un día entero, con nuevas angustias, sin tener noticias de él, se le hacía insoportable. Aquella excelente dama, madre de un «compagno» de Ettore, lo encontraría tan natural, tan lógico y humano...

Fue al despacho y marcó el número del teléfono. El reloj de sobremesa marcaba las nueve y quince. Quizá algo pronto para andar molestando con llamadas. Pero tal vez no.

El aparato, al otro lado de la línea, de casa de To-ep-fer, estaba dando la señal de llamada, con su ruido monótono, cortado por pausas breves. Y nadie acudía...

Colgó y dejó pasar varios minutos, entreteniéndose en limpiar el polvo de los muebles y poner en orden los objetos, sobre la mesa. En un rincón; se hallaba el estuche del violín de Ettore, como un pequeño ataúd egipcio. El maravilloso violín, fabricado por un discípulo de Stradivarius, que le costó tres mil dólares adquirirlo cuando Ettore se encaprichó por él...

Eran las diez menos quince cuando volvió a llamar por el teléfono a casa de To-ep-fer. Sonó el zumbido, llamando allá tercamente. Pero nadie se puso. Seguía llamando, llamando, quizá alborotando la casa, sin acudir nadie. Y colgó con un gesto de desesperanza, moviendo la blanca cabeza tristemente. Tal vez hubiera salido la «*signora*» To-ep-fer. Y estando sola, y habiendo salido, por eso nadie acudía a su llamada.

¿Qué haría para saber de Ettore? ¿Llamar a la «Divisione» del F. B. I.,

en Centre Street? Podía hacerlo desde luego. Al fin y al cabo era la madre de un agente «speciale» y tenía cierto derecho a saber de su hijo después de dos días y medio de ausencia, sin saber de él nada.

¿Pero le harían caso, llamando por teléfono? Tenía entendido que el Centro policiaco aquél era como una Babel, con múltiples

teléfonos, siempre ocupados...

Llamó a Centre Street, sede también de la Policía Metropolitana. ¡Ocupada la línea! Zumbaba con mugidos extraños, sonando de cuando en cuando frases entrecortadas, femeninas, palabras rápidas, infinitos «Helios!»... y nadie que recogiese su llamada. Era inútil pretender que la atendiesen, de tal forma.

¿Y por qué no ir ella misma a Centre Street, preguntar por algún jefe o agente encargado de personal, darse a conocer a él como madre del agente «speciale» Ettore Radossi e inquirir qué era de él? Así no molestaría a la «*signora* To-ep-fer, tan “amábile”, tan «dolce», pero que no siempre se encontraba en su casa, y que se limitaba a repetir lo que su hijo le decía.

Sonrió alegremente, saltando su corazón de alegría. Había dado con el medio más «diretto» de saber de su «figlio» sin molestar a nadie. ¡«Avanti»!

Se vistió rápidamente, poniéndose un negro vestido de seda, muy serio, que disimulaba bastante bien la inmensidad de sus caderas y el pecho, excesivamente prominente. El «dottore» Ferrutti deseaba que bajase de peso considerablemente, haciendo ejercicio, poniéndose a régimen, para evitar la peligrosa tensión arterial, el mal de la aorta, pero ella no tenía constancia para seguir aquellas indicaciones enojosas.

Bajo el paraguas, mientras llovía ligeramente, en el oscuro día, atravesó la calzada en busca del punto de «taxis» de la esquina de Thomas Jefferson Park, en la 114th Street.

—A Centre Street, «Divisione» del

F. B. I.

—dijo al conductor, un italiano.

El coche partió rápidamente, y «mamma» Paola miró con curiosidad las calles por donde el coche rodaba. Ella casi nunca «bajaba» al centro y sur de la ciudad, que le causaba verdadero terror y confusión. Además, eran pocas las personas que comprendían el italiano, en comparación con su Harlem, y aunque iba asimilando el inglés, para comprenderlo, el hablarlo la costaba mucho.

Quinta Avenida abajo, quedó admirada nuevamente de aquellos edificios gigantescos, aunque jamás quisiera tener que vivir en ellos, y la multitud de rutilantes escaparates, muchos de ellos con las

luces encendidas, dada la escasez de luz natural.

El coche se detuvo repentinamente ante un edificio estilo francés, grande, de blanca piedra, en Centre Street.

—¿Es aquí? —preguntó al conductor, un poco asombrada al ver aquel edificio tan «solenne», a cuya puerta estaba, rígido, gigantesco, muy serio, un agente uniformado de la Policía Metropolitana.

—«Esatto, *signora*». ¿Espero?

—No. Pero si quiere, puede esperar, aunque con la máquina esa de los números sin correr —dijo riendo maliciosamente.

El coche arrancó, riendo igualmente el italiano. Y «mamma» Paola estuvo unos instantes en la acera, mirando con respeto al terrible guardián de la puerta. ¿Habría que entrar por allí, ante aquel hosco gigante, que parecía puesto precisamente para evitar que nadie pasase?

Vio, en la acera de enfrente, una tienda donde vendían flores. «Mamma» Paola, como buena italiana, siciliana, adoraba las flores, los tiestos, que tenía en las ventanas de su casa con profusión. Pero en aquella tienda tenían unos hermosos crisantemos, unas dallas rojas, moradas, preciosas. Unas rosas amarillas y blancas maravillosas.

Saltó a la calzada y se puso ante el escaparate, absorta, yendo sus grandes y hermosos ojos de unas a otras flores. Y cerró el paraguas con un gesto decidido, penetrando en el establecimiento.

Una joven, muy linda, le salió al encuentro, sonriente. Otra flor, rubia, entre aquellas otras, maravillosas.

—Quería un..., «mazzo de fiori, per favore». ¿Me entiende? Hablo tan mal el «straniero», el «inglese»... —sonrió melifluamente.

—Okey. ¿Qué flores desea? —contestó la joven mientras masticaba incansablemente el «chicle», llevándolo de un lado a otro de la boca, bien pintada.

—Éstas, éstas, aquéllas —señaló «mamma» Paola secamente. No concebía que una hermosa muchacha como aquélla cometiese la... «barbaritá» de imitar a un «búe», o un buey, según los americanos, siempre rumiando...

La joven formó un hermoso ramo de rosas rojas, amarillas, blancas, dalias y crisantemos. Seis dólares. Incluido el celofán y una hermosa cinta de raso de blanco color.

Salió muy orgullosa la anciana. Enfrente, el gigante uniformado, rígido, la miró de frente, tal vez con una expresión más amable en su rostro de irlandés, rojizo, sano.

Cruzó la calle y fue a colocarse, tímidamente, ante el agente, levantando la cabeza para mirarle bien. Sonrió débilmente, como si se dirigiera al jefe supremo de la Policía neoyorquina.

—«Per favore, Io»... —dijo quedamente.

—Primer piso, a mano derecha, una habitación que está abierta —contestó el agente en tono amable, pero muy serio, señalando con el pulgar de su mano derecha, sobre el hombro, la escalera.

«Mamma» Paola, confusa, se preguntó si aquel tremendo hombre la conocería de algo y sabía ya lo que ella buscaba. «Bene», pues al piso primero, a la habitación indicada... tal vez fuera el departamento de información. Sí, eso sería. Cientos de personas acudirían allí y el agente se sabía de memoria lo que debía decir.

Subió el tramo, bien agarrada al barandal de mármol. Estaba oscuro, pero pudo llegar al rellano sin dificultad. Por allí pasaba, en el vestíbulo, un pasillo ancho, que iba hacia la derecha y la izquierda, a las alas del edificio. Tomó la mano diestra, como la indicara el agente de la puerta. Había más luz, eléctrica, en el pasillo. Y divisó la habitación, con las puertas abiertas, también indicada por el agente. Estaban allí dos agentes de uniforme, como haciendo guardia, muy estirados, con las manos a la espalda.

—Pase —dijo uno de ellos a «mamma» Paola, haciendo un gesto deferente, cuando la anciana llegó cerca del umbral. Salía de la habitación mucha luz, muy blanca.

Fue a penetrar en aquella estancia tan bien iluminada. Fijó su mirada en el interior. Y sus ojos se abrieron terriblemente, espantados, fijos en algo que la cortó la respiración, la misma vida, sintiendo aquella sensación de abandono de fuerzas, como si se muriese a chorros incontenibles.

Lanzó un grito de sorpresa y dolor, girando sobre sí misma, como fulminada por la impresión recibida. Los dos agentes se precipitaron a sujetarla, murmurando quedamente frases de condolencia y ánimo.

Se desasíó de aquellos brazos fuertes, que la sujetaban, y avanzó como una ebria, fija su mirada en aquel ataúd negro, en el centro de la estancia, un despacho del que se habían sacado los muebles,

conviniéndolo en capilla ardiente. La araña, de muchos brazos, esparcía la blanca luz cegadora, merced a la cual, siguiendo en su marcha hacia la mortuoria caja, vio el cuerpo, envuelto en una sábana. Aparecía parte de la cabeza, de rubia cabellera, un poco revuelta, y el rostro, impresionantemente sereno, con los ojos cerrados, la afilada nariz, el mentón agudo, ahora más prominente quizá, del joven aquél, «bello, encantatore, bravissimo», del «compagno» de su Ettore.

—«*Signore*» Will... To-ep-fer —gimió, unidas las manos blandamente, oprimiendo contra su pecho el ramo de flores. Y sollozó ruidosamente, estallando su corazón de pena, de compasión ante aquella joven vida inmolada en el cumplimiento de un terrible deber—. «Povero! Povero! *Signore*, figlio» Will To-ep-fer, «morto, morto... Vèrgine della Pietà», ten «compassione...»

Llorando incontiniblemente, sacudidos los hombros por los sollozos, cayó de rodillas muy cerca del féretro, a los pies, inclinada la blanca cabeza.

—«*Signore*» Will «póvere bambino... Assassinato» per il «codardo, bandito»...

Los sollozos la ahogaban, interrumpiendo la oración que comenzara. Cogió el ramo de bellas flores, lo contempló largamente y, estirando los temblorosos brazos, inundado el ancho rostro, arrugado, de lágrimas, lo depositó cuidadosamente sobre los pies del cadáver de Will Toepfer. Volvió a intentar rezar, con voz queda, hipando, cruzadas las manos, baja la cabeza.

—«Fedele, valoroso bambino», la «tua ánima risplèndere già il cielo. Il Regno del Cielì» —se santiguó con profunda unción, murmurando la oración.

Se levantó y fijó entonces su asombrada mirada en la gran estancia. No se había fijado en que allí estaban varias personas, junto a las paredes, en un rincón, sentadas o en pie. Algunos hombres jóvenes, altos, fuertes, vestidos de paisano, de rostros graves, serios, pálidos. Uno o dos hombres de cierta edad, sentados en sillones. Y una mujer, de blanca cabellera, de unos sesenta y cinco años, cuyo rostro estaba casi cubierto por un blanco pañuelo, que lloraba quedamente. A su lado, un hombre, de la misma edad aproximadamente, la apretaba contra un hombro, lívido su viril rostro, con un bigote blanco, recortado.

«Mamma» Paola contempló a aquella mujer, que también la miraba ahora con infinita tristeza. Dió un paso, indecisa, hacia ella, reanudando sus sollozos.

—«*Signora*»..., madre de Will, ¿verdad? «Io no» sé qué «parlare, póvere *signora*». Soy la madre de Ettore, «il compagno» de este «eroe» Will, «dolce bambino, benedetto»...

La señora Toepfer se levantó, lívida de horror, mirándola con extraña expresión, como de demente. Era alta, y de joven debió poseer una gran hermosura. Esbelta, elegante, llevaba un abrigo negro de seda.

El hombre de edad que estaba a su lado se levantó también y murmuró algo, muy quedamente, a su oído, contemplando ambos, después, a la anciana «mamma» Paola, que estaba mirando apenadamente de nuevo el cadáver de Will.

Los hombres que estaban en pie, respetuosos, formaron un corro alrededor del matrimonio Toepfer y hablaron en voz muy baja, volviendo sus rostros, con disimulo, para mirar a la anciana.

La señora Toepfer avanzó hacia «mamma» Paola con paso firme. La tendió su mano, después de vacilar un segundo, y ambas contemplaron el cadáver silenciosamente, unidas sus manos.

—«Io» no sabe cómo «dire» en «inglese» esas palabras que «provare» mí «dolore, *signora*» To-ep-fer —murmuró la anciana compungidamente—. «Discolpare», ¿el «assassino» es el mismo que mató al «ispettore Shaw y a aquel J. B.?

El señor To-ep-fer, que se había unido a las dos mujeres, afirmó con un gesto, apretadas las mandíbulas. Los agentes especiales y el Inspector Jeffery hablaban muy quedamente, sin dejar de observar a hurtadillas a «mamma» Paola.

—Pido a «Dio» que ese «bandito» sea «presto arrestato» y condenado a «morte»... Tengo molto «temore» ahora por mi Ettore, «*signora*» To-ep-fer —sus ojos se llenaron de lágrimas nuevamente, volviendo la cabeza, para contemplar al cadáver de Will—. «Astuto, assassino»...

El matrimonio Toepfer contempló con miserativamente a «mamma» Paola. Y el inspector Jeffery se acercó a ellos. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de pequeña estatura, pero vivo, nervioso, revelando su anguloso rostro gran inteligencia y decisión.

—Perdone, señora Radossi —dijo, con voz suave, respetuosa, mientras hacía un gesto de inteligencia a los Toepfer—. Soy el inspector Jeffery...

—¡Oh, «molto onore, *signore*» Jefí...! Habrá de perdonarme —esbozó una triste sonrisa—; «parlo» muy mal el «inglese». Entiendo «bene», pero «parlare»...

—Déjela en paz, inspector. Pobre mujer... —susurró la señora Toepfer, sin que «mamma» Paola la oyese.

—¿Sería tan amable que viniese a mi despacho, señora Radossi? —agregó el inspector, como si no hubiese oído las palabras de la atribulada señora Toepfer—. Cinco minutos tan sólo...

—¡Oh, sí, sí! —contestó «mamma» Paola—. «Io» también quería preguntarle si sabe de mí «figlio» Ettore. Había venido a eso, y encontré... la «morte» —señaló con un gesto el cadáver de Will. Se volvió al matrimonio Toepfer— «*Signora, signor* Io» soy la «sua» más... «cara amica». No encuentro «parola»... para expresarlo «bene. Dio» hará «terribile giustizia con ese “bandito, assassino”...

Llevada amablemente de un brazo por el inspector Jeffery, salió lenta, trabajosamente «mamma» Paola, volviendo a santiguarse cuando pasó ante el cadáver de Will.

—«Orribile, ispettore» —murmuró la anciana, mientras caminaba por el pasillo, apoyándose en el brazo del inspector Jeffery—. «Molto» precio el que pagan estos «jióvine maravillossos» por la «Humanitá». Nuestros «figlios», lo mejor, lo único que nos hace vivir en este mondo, nos los quitan, como en la guerra, el deber, el sacrificio por el «benéssere generale»...

El inspector Jeffery asintió tristemente con la cabeza. Y, al final del pasillo ya, se detuvieron ante una puerta, que empujó, haciendo pasar a su despacho a «mamma» Paola y que se sentase en un diván de cuero. Él lo hizo a su lado, examinándola críticamente cuando ella se enjugaba los ojos de lágrimas.

—«Ispettore». Ahora que ya no parecerá «molto» egoísmo por la «mía» parte, ¿me querrá dar alguna noticia de mí «figlio»? —suplicó la anciana en tono suave, como dolorido—. «Ieri» me comunicó la «*signora*» To-ep-fer que estaba «perfettamente bene». Nada más... Pero un hombre que está en «perícolo» de «morte» constante, «ieri» no es «oggi». ¿«Mi capisce»?

—Sí, sí. Quiere saber algo de su hijo —refunfuñó el inspector,

levantándose del diván nerviosamente. Se cogió el mentón con la mano, pensativo, mientras contemplaba la calle, a través de las vidrieras de la ventana—. Pues eso... Está bien, bien, señora Radossi —contestó, con evidente dificultad, tratando de ocultar su rostro al hablar.

—«Grazie, ispettore». ¿Le ha visto hoy? ¿Nada le ha dicho para la «sua» madre, «che» no vive pensando en él?

—Está muy ocupado, terriblemente ocupado, como todos nosotros —murmuró él, como si lo que había en la calle llamase poderosamente su atención—. ¿Él no ha ido a verla en estos días, señora Radossi? ¿No le ha, dicho dónde podría verle usted, aunque solamente fuesen cinco minutos? —Se volvió repentinamente, mirándola muy fijamente—. A veces, aun estando muy ocupados, podemos ir a nuestra casa, a abrazar a los nuestros, y volvemos a la lucha. Vamos, señora, confiese que le ha visto —sonrió melosamente, sentándose de nuevo al lado de la anciana.

Ella movió tristemente la cabeza, cruzadas las manos sobre el regazo.

—Hace «tre» días que mi Ettore no ha «ritornato» a casa. «Io» no sé dónde encontrarlo, «ispettore». Es «molto segreto», según me dijo el «póvere» Will, lo que a veces hacen los agentes «speciale», y espero, espero..., con la «morte» en el alma. Usted podría, «eccellenza», concederle un «piccolo» permiso para verme, a la «sua» madre...

Jeffery apretó los labios fuertemente, conmovido. Tomó entre las suyas una mano temblorosa de la anciana, acariciándosela suavemente.

—Ya veo que es usted fuerte, valerosa —dijo, con voz muy suave, sonriéndola—. Tan fuerte y valerosa como la pobre señora Toepfer, que ha sufrido una pérdida terrible. Quizá la más terrible que una madre puede sufrir. Oiga, señora Radossi: ¿cómo aguantaría usted un golpe semejante?

—¿Quiere decirme, «eccellenza», que también mí «figlio...? —exclamó la anciana, lívido el semblante por el horror.

—¡No, no, abuelita, no! —exclamó el inspector apresuradamente, apretando la mano de la anciana—. No hay tal cosa, de veras. Pero usted sería tan valiente como la señora Toepfer, ¿verdad? Lo sería si supiera que su hijo ha muerto... no como un

hombre honrado, por ejemplo. Como un loco, digamos, a quien ha sido preciso eliminar para evitar que cometa más crímenes... Usted sería valiente, sin duda, y comprendería todo, y encontraría resignación para aceptar el designio de Dios...

«Mamma» Paola sonrió con incredulidad, levantándose del diván.

—Mi Ettore es un genio, ispettore» —replicó, con tono firme, seguro—. Ni como «esempio» puedo aceptarlo. Mí «figlio ritornerà» o no, pero «sempre» será un genio, hasta cuando la «morte» se lo lleve. «Eccellenza», si lo ve usted, hágale saber que «Io» le pido sea «sempre» un bravísimo agente «speciale», como su «compagno» el «eroe» Will To-ep-fer. «Sono» tan «valente» como la «*signora*» To-ep-fer, «éccellenza. Buen giorno, ispettore Chéferry»...

Haciendo un terrible esfuerzo de voluntad, secos los grandes y hermosos ojos, pero blanco como la nieve su dolorido rostro, hizo un signo de despedida al asombrado inspector, y salló con su paso inseguro, apoyándose en las paredes, en los muebles, del despacho.

En la puerta, el gigantesco agente de guardia la hizo el saludo, inclinando su enorme cuerpo con deferencia.



NINO:

¿SABES QUIEN ES **BILL BOY**?

BILL BOY es hijo de un «gangster» protegido de un valeroso Agente Especial del F. B. I.

BILL BOY es un muchacho valiente, ejemplo de la juventud.

Conócelo en
AVENTURAS DEL F. B. I.

VIII



L «taxi» la dejó cerca de su casa, en la 115th Street. Se bajó de él para hacer sus compras del mediodía, siempre pensando en que Ettore podría volver. Lo que había dicho aquel «ispettore» Cheferry (o como se llamase, porque sonaba mucho a protestante) de que también los agentes, los del F. B. I.,

solían hacer una escapada de cuando en cuando para ver a los suyos, aun estando prestando servicios urgentes, era muy consolador para ella. ¿Por qué Ettore no había ido a verla aún? Desde luego, el «figlio» era excepcional en todo, aun en el cumplimiento del deber. Él no iba porque creía que no debía abandonar el servicio un solo minuto, sacrificando así a su pobre madre, que pasaba las horas, los días, siempre pensando si aún existiría, si también, como el «ispettore» Shaw, y ahora el «póvere»

Will To-ep-fer, caería como un «eroe»...

Estuvo consultando con la mirada, ante el escaparate de una carnicería, la calidad y los precios de la ternera que allí vendían. Parecía excelente, y asequible a su bolsillo. ¿Compraría para ella sola o para dos?

He aquí el problema... Llevaba tres días poniendo comidas para los dos y sobraba, porque Ettore no volvía a casa. Sí siquiera el «ispettore» Cheferry (o como se llamase) le diese un corto permiso, de horas, a Ettore para ir a verla... Tal vez insinuó la posibilidad de dárselo cuando habló con él, tan «amábile», que la cogió la mano y se la estrechó con aquella ternura que la llegó al alma. Lo que la molestó francamente fue aquella suposición, aquel tonto ejemplo de que Ettore pudiera ser el «crimínale», y lo que ella haría como madre ante una tan terrible evidencia. Era espantoso solamente el pensarlo, y por eso ella lo rechazó con altivez e indignación. Como si aquel Cheferry hubiese puesto el ejemplo de que «Dio» era un ser malvado, aún más malvado que el mismo «diábolo». Ganas de poner ejemplos necios...

No se decidía a comprar la carne. Sus pensamientos vagaban alocadamente...

—¿Señora Radossi? No me mire, por favor. Disimule. Siga mirando esas carnes y escuche. Sígame cuando me marche. Ettore quiere verla en secreto.

Dio un respingo la anciana. A su lado estaba una joven, según se lo indicaba el reflejo de la luna del escaparate y el rabillo de su ojo derecho. Una joven bien vestida, rubia, más alta que ella, que contemplaba también los artículos del escaparate.

—¡Ettore! —gimió la anciana, inundada de ternura, bailoteando su barbilla, llenos de lágrimas los ojos—. ¿Dónde? Vamos, vamos...

—Sea prudente. Nos vigilan... Los «gángsters»... —susurró la joven—. Sígame a varios pasos de distancia, disimulando.

Asintió con la cabeza «mamma» Paola, sintiéndose muy débil, presa de la emoción. Tanto como el «dottore» Ferrutti la recomendaba que no sufriese sobresaltos, emociones, disgustos, y no cesaba de verse acosada por unas y otras cosas.

La joven, esbelta, con las faldas excesivamente cortas, cubierto su cimbreante cuerpo con un impermeable transparente, de plástico, se separó del escaparate con paso indolente, deteniéndose

en otros breves instantes para proseguir su marcha, hacia el Este. «Mamma» Paola, jadeante, nerviosa en grado sumo, la siguió, imitándola lo mejor que podía. Observó a aquella muchacha, un poco... extraña, para su gusto. Tan cortas las faldas... Aquel contoneo provocativo de caderas... La melena rubia, que le caía por los hombros y espalda, teñida, sin duda alguna. ¿De qué conocería a su Ettore? ¿Cómo sabía ella dónde estaba y la iba a llevar ante él? ¿Por qué el «figlio» recurría a aquella argucia para entrevistarse con su madre? ¡Ah, claro! Los «gángsters», la «canaglia» aquélla, que le vigilaba, impidiéndole ir a casa, verla, como siempre...

La joven dobló la esquina de 115th Street y se metió en Downe Street, una calle estrecha, corta, sucia, en cuyas casas, de dos o tres pisos como máximo, pendían largas cuerdas, de un balcón a otro, llenas de ropas a secar. Downe Street era una calle, lo sabía ella muy bien, de muy mala nota. Maleantes, tipos extraños, no solamente italianos, sino de todas las razas, que parecían como huidos siempre. Una persona decente nunca iría por allí.

Estaba un «taxi» parado. La joven se volvió para mirar hacia atrás, y «mamma» Paola, muy intrigada, la imitó. La calle estaba desierta en aquel instante. Rápidamente, aquella muchacha, bella, de rostro avisgado, abrió la portezuela y se metió en el «taxi», dejándola abierta. Hizo una seña con la mano a la anciana, que avivó el paso, como un galeón surcando una mar procelosa, y se coló fatigosamente en el interior del coche, que arrancó seguidamente.

—No diga nada. Calle... —susurró la joven, sonriendo, mientras señalaba con un gesto al conductor del «taxi». Y sacó de su bolso de piel de cocodrilo un paquete de «Fátima», encendiendo uno con un diminuto encendedor.

«Mamma» Paola la miró de reojo. No era fea la chica. Pero llevaba encima una cantidad absurda de afeites y colores. Respingona la nariz, parecía inteligente, con sus facciones expresivas, muy movibles. Olía a buen perfume, quizá demasiado penetrante. Muchas pulseras con grandes piedras. Varias sortijas escandalosas, modernistas... No, no era distinguida, aunque deseaba parecerlo, indudablemente. Más bien parecía... ¿De dónde habría sacado el culto y refinado Ettore aquella muchacha, hasta el punto de confiarse a ella de aquel modo?

El coche corría ahora por Pleasant Avenue hacia el Norte. De cuando en cuando podían verse algunos coches de la Policía Metropolitana parados, y a los agentes al lado de los vehículos. Otros coches iban y venían muy despacio, y jóvenes de paisano miraban escrutadoramente a un lado y otro, sobre todo a los coches con los que se cruzaban. «Mamma» Paola sentía unas terribles ganas de hablar, de interrogar a aquella muchacha misteriosa, que fumaba incansablemente, impasible, cruzada una pierna sobre otra en una actitud francamente descocada. ¿Qué representaría en la vida de Ettore aquella joven? Nunca le habló de ella. Suponía que su hijo, después de la tragedia de Aída, quedó con el «cuore» insensible a todo afecto por una mujer, exceptuando a su madre, claro es. Pero si había elegido una mujer para amarla, la verdad es que no había tenido un gusto muy delicado. Se lo diría, desde luego. La «decenza» no parecía el fuerte de aquella muchacha, de mirada cínica, como si todo lo que hay en el mundo de malo no la asustase ya.

En el ramal que hace el puente de Triborough hacia 125th Street, al final de la calle y del puente mismo, el coche se metió en dicha calle y torció a la derecha, en un dédalo de callejas en las que se veían personas de raza blanca y negra. Docenas de chiquillos, en patines, se deslizaban vertiginosamente por allí, chillando, esquivando al coche o metiéndose casi bajo sus ruedas, con lo que el conductor no paraba de maldecir en italiano, mientras hacía girar al volante violentamente para no despanzurrar a aquellos diablos negros y blancos, desharrapados.

Se detuvo al fin el «taxi». «Mamma» Paola lanzó un hondo suspiro de alivio. La joven bajó y tendió su mano para ayudar a bajar a la anciana. Esto le agradó a la madre de Ettore. Era un rasgo que creía no tendría aquella mujer tan extraña, de cínicas actitudes y «poses» equívocas.

Caminaron por la estrecha acera, en la que los chiquillos jugaban alocadamente, gritando como energúmenos. La joven cogió del brazo a «mamma» Paola, ayudándola a repeler los empujones de los chicos negros.

—¿Está en estas asquerosas calles? —inquirió la anciana, con disgusto—. Me refiero a mí «figlio». ¿Se encuentra bien? ¿Podré verlo ahora mismo?

—Está perfectamente bien, señora Radossi —contestó, con voz ronca, la joven, largando un puntapié a un mozalbete que se atrevió a tocarla cierta parte posterior, mientras reía groseramente—. Esto no es un barrio... elegante, claro, pero es donde Ettore se encuentra seguro. Llegamos en seguida...

—¿Usted es... amiga de Ettore? Tanto «onore, signorina»...

—Joy Dumbar. Soy la novia de Ettore y me alegro mucho de haberla conocido —replicó, riendo, la joven.

«Mamma» Paola cerró los ojos para no demostrar su asombro y contrariedad. ¡La novia de su Ettore aquella mujer, «Santo Dio»! La novia... La novia...

—Quiero advertirla, señora Radossi, que no debe hablar a Ettore de ciertas cosas. Se encuentra muy excitado, ya sabe... ¿Ha estado la Policía en su casa?

—Desde luego. Un «póvere» agente «speciale» fue a ver a Ettore. Un «compagno meraviglioso». Ha «morto assassinato» por ese «bandito» misterioso. Hace un rato estuve en Centre Street a preguntar por Ettore. Allí estaba el cadáver de Will, el agente «speciale morto». Sus padres son...

La joven miró de reojo a la anciana con gran alarma y pasmo. Palideció un poco bajo la capa de cremas y pintura.

—Pues nada de eso tiene que decir a Ettore, ¿sabe? —cortó secamente la información de «mamma Paola—. Está terriblemente excitado, por culpa de... los “gángsters”, y no puede oír hablar ni de ellos ni del

F. B. I.

—¿Le han dado permiso para descansar? Estará agotado, el «póvere» —murmuró, con angustia, la anciana—. Sí, ya sé cómo son sus nervios... Unas veces le agradaba hablar del

F. B. I.,

pero otras se enfurecía. ¿Usted le comprende siempre bien, «signorina» Joy?

—No siempre. Pero le quiero y me quiere, y esto me ayuda a comprenderle. Ya sabe, «mamma» Paola —sonrió amistosamente—. No debe hablarle nada de policías ni ladrones, ¿eh? Debe hacer una cura de reposo, y sus nervios tranquilizarse. Si usted no es razonable, tendría que separarla de su lado...

—¿A mí? —saltó la anciana, deteniéndose, roja de indignación.

¿Usted separarme de mí «figlio»? ¿No darme usted «permesso» para cuidar a mí «figlio», estar a su lado? «Ferméttere» que me ría...

—Tengamos la fiesta en paz, «mamma» Paola —rezongó la joven, endurecida su mirada por la ira—. Usted debe callar todo eso de la Policía. No debe decir a Ettore que está en contacto con ella. Ettore cree que usted no sabe bien que está prestando servicios importantes en... el

F. B. I.

Cree que usted se podría ir de la lengua. Si Ettore saca la conversación, usted hágase de nuevas o varíe el tema. Yo la ayudaré. Su hijo puede enfermar gravemente si...

—«Bene, bene». Eso es otra cosa, «figlia». «Io» haré todo eso, y más, por la salud de Ettore. Comprendo que es razonable tratar de no exas...

—Exasperarlo. Yo quiero a su hijo con toda mi alma. Lo distraigo y le cuido lo mejor posible.

¿Sabe usted quién también atiende muy bien a su hijo?

—¡Oh, todo aquel que le trate, sin duda alguna! —replicó, con absoluta convicción, la anciana—. ¿Quién?

—Pues Schenley. Mark Schenley. Usted le conoce, ¿no?

—«Il ispettore» Schen... Schenley? —exclamó, con asombro, «mamma» Paola. Después movió la cabeza con disgusto—. Tiene un feo «viso» de «gángster»... Pero si siente «amore» por mí «figlio», yo en «risposta» le «serviré» lo mejor «possibile» con «tutti aprecio». Tiene cara de «sanguinoso», ¿verdad?

Joy rompió a reír. Después, trabajosamente, afirmó con tono muy serio:

—Es un alto jefe del

F. B. I.,

«mamma» Paola. Gracias a él, Ettore descansa ahora y durante una temporada estará fuera de todo jaleo. Solamente saldrá alguna noche, para firmar el parte en Centre Street y regresar.

—«Molto buono» es, entonces, ese Schen..., Schenley. «Tutto» el bien que se haga a mí «figlio... ¿No llegamos aún, Joy?

—Aquel hotelito aislado es donde vivimos —señaló la joven al final de la calle, donde había un jardín, rodeado de una tapia. Por encima se levantaba parte de una edificación de un estilo indefinido, con una torrecilla, en la que había una ventana con una

persiana verde echada.

—Una villa. Está «bene», para reposar Ettore, alejado de todo ruido —opinó «mamma» Paola, acelerando el paso, cogida del brazo de la joven—. Tengo «grande» deseo de estar ya con mí «bambino». ¿Quería verme él? ¿Ha «ricordato molto» a su madre?

—Mucho. Por eso fui yo a buscarla. Si no, él hubiera cometido una locura —rió misteriosamente, burlona.

«Mamma» Paola la miró curiosamente, sin comprender por qué se reía aquella «acórtese» muchacha.

Joy sacó del bolso una llavecita y abrió la puertecilla de hierro, aneja a otra más grande, para entrada de carruajes. Había un jardín bastante descuidado, con algunos árboles, y en el centro se elevaba el hotel, de dos plantas y el torreón. Estaba considerablemente averiado, con la fachada ennegrecida y saltado el revoco en muchos sitios. Tenía una pátina de descuido y tal vez de haber estado mucho tiempo sin habitar.

«Mamma» Paola no se fijó en nada de aquello. Respiraba ansiosamente, deseosa de ver a su hijo, y taconeó impacientemente cuando Joy tardó en franquear la entrada, empujando la vieja puerta del edificio, que rechinó siniestramente.

—Ettore! —gritó la anciana, todo ojos, trémula la voz, esparciendo la ansiosa mirada por el «hall», amueblado con viejos trastos empolvados—. Ettore, «figlio»! «Bambino»!

Ettore bajaba la escalera rápidamente, alegre la mirada, murmurando algo incomprensible para ella. Detrás, Schenley, serio, avieso, como si la presencia de «mamma» Paola no le hiciese gracia alguna.

—«Mamma»! —exclamó el joven, abrazándola, apretándola contra su pecho—. No querías verme, ¿eh? Quizá me tenías miedo... Ignoras que cuando mato es siempre por una justa causa, a «banditos»...

—Bueno, bueno, Ettore —terció secamente Schenley, poniendo una mano en un hombro del joven—. No debes excitarte. Bienvenida, señora Radossi. Su hijo necesita reposo, tranquilidad. Y que no se le hable de cosas... molestas, ya sabe —la guiñó un ojo, sonriendo.

Ettore se desprendió bruscamente de la mano de Schenley y volvió a abrazar a su madre.

—Es claro, «figlio» —afirmó la anciana, besándole apasionadamente—. Para eso he venido. Para cuidarte, alimentarte bien, quererte. Todos te estimamos, ¿verdad, «*signore ispettore*»?

Ettore y Schenley rompieron a reír, haciéndose muecas. Después, Schenley afirmó vigorosamente con la cabeza. Joy, sentada en un sillón, fumaba y reía groseramente, balanceando las piernas por encima de un brazo del mueble. «Mamma» Paola, un poco turbada, encontró aquel ambiente bastante extraño. Incluso al mismo Ettore. Algo había en él que no tenía antes. Como si se hallase bajo los efectos de un estupefaciente o filtro mágico. Las pupilas de sus ojos aparecían dilatadas y constantemente se remojaba los resecos labios, hablando con cierta dificultad. Fruncía el ceño nerviosamente, tal que si hallase difícil coordinar las ideas o fijar la atención en lo que se le decía.

—Ahora, Ettore —dijo Schenley, con voz firme—, sube a tu habitación a descansar. Hay que seguir el plan, muchacho. Es bastante severo, señora Radossi —se dirigió a la vieja, que observaba a su hijo fijamente—, y espero que usted nos ayudará a que lo observe. A veces se pone rebelde.

—Sube, sube, «bambino» mío —murmuró «mamma» Paola, besándole y empujándole hacia la escalera, de mármol, pero con varios escalones rotos y el barandal amenazando ruina, inclinado hacia el hueco peligrosamente.

Joy saltó de su asiento y corrió hacia Ettore, pasándole un brazo por el cuello y besándole, mientras susurraba algo a sus oídos.

—Bien, señora Radossi —dijo Schenley, señalando un sillón a «mamma» Paola, que contemplaba con el ceño fruncido, escandalizada, la conducta de aquella muchacha—; siéntese. Hablaremos un poco, ¿eh?

—¡Hum!... Esa Joy es..., es «fredda», fresca, ¿no? ¿Dónde ha encontrado mí «figlio» semejante «cosa»? —refunfuñó la anciana, sentándose frente a Schenley—. Si yo hubiera sabido...

—Es buena chica. Una mujer moderna —refutó el otro, riendo. Bueno, señora, ya ve lo que pasa aquí... Ettore debe estar apartado durante una temporada de su actividad en el

F. B. I.,

—sonrió imperceptiblemente. —He conseguido eso, por su propio bien. ¿Usted ha estado en contacto con la Policía? Quiero decir si

han ido a verla a su casa, si han hablado de Ettore. Yo no siempre me entero de lo que pasa. Hay tanto a que atender...

—Fue un agente «speciale», un tal Will To-ep-fer. «Póvere»!...

Y «mamma» Paola refirió detalladamente al interesadísimo Schenley sus andanzas con el

F. B. I.

y la muerte de Will To-ep-fer.

—Ya me ha dicho Joy, esa... «fredda», fresca, que nada debo decir a Ettore de esto, para no, no...

—Excitarle. Es cierto. El muchacho está siendo objeto de una terrible persecución por parte de unos «gángsters»... —aclaró Schenley en tono patético, aunque con un fondo levemente irónico.

—¿Aquellos que dicen los «giornale», cuyo «boss» anda huido? ¿El que ha contratado a ese «terribile» «Killer», que ha «morto» al «ispettore» Shaw y a J. B.? «Canaglia» «boss»...

Schenley arrugó la feroz cara, apretando los puños.

—Eso es. He hablado con mis colegas del

F. B. I.

y consideramos oportuno apartarle de este asunto. Solamente salimos algunas noches, para que firme el parte...

—¿Y no es «molto pericolo» el que salga, aunque sea poco? —inquirió «mamma» Paola—. Sería un «dolore» que lo matasen en una de esas salidas, por «firmare» un papel.

—Nosotros salimos cuando nuestros agentes vigilan bien; nos acompañan.

—Yo le acompaño, y crea que valgo para algo —murmuró mordazmente Schenley.

«Mamma» Paola le miró de arriba abajo con cierto desdén. Decididamente no tragaba a aquel hombre, por muy «ispettore» del

F. B. I. que fuese. Era mucho más pequeñito, más «piccolo» el «ispettore» Cheferry (o como se llamase), y, sin embargo se adivinaba en él al hombre valeroso, decidido, y, sobre todo, respetable, honrado.

—¿Ha hablado usted de mí en el

F. B. I.?

—siguió interrogando Schenley a la anciana—. Lo digo para estar al tanto de la conducta que he de hacer seguir a Ettore. Yo inventé un poco de historia para librarle al chico de más peligros, y si usted se

ha ido de la lengua...

—No hablé de usted, «ispettore». Primeramente, porque no me acordaba de su nombre. Después, porque nadie me preguntó por usted. Será usted «molto prima» figura en el

F. B. I.,

pero To-ep-fer Cheferry, o como se llame, le nombraron —replicó adustamente «mamma» Paola—. Ahora, «*signore*», yo quiero que me explique por qué Ettore no puede venir a mi casa, avisando al

F. B. I.

para que le proteja contra los «gángsters». «Io» considera una «vengogna» que un «bravo» agente «speciale» del

F. B. I.

tenga que estar escondido como un «gángster», y que los «gangsters» tengan «libertá» para ir por la «strada» y perseguir a los del

F. B. I.

«Il mondo» al revés...

Schenley hizo un agrio gesto de impaciencia.

—¿Prefiere usted que lo asesinen como al inspector Shaw, a J. B. y a ese agente To-ep-fer?. ¿No comprende que mientras ese asesino esté suelto su hijo puede caer también? —replicó con dureza—. Usted debe estar aquí con él para calmarle cuando se excite, para no hablar ni una palabra de estas cosas con él, aunque se interese por saberlo. Si Ettore, acuciado por usted, se lanza a alguna aventura descabellada, usted tendrá la culpa, con su tonta vanidad porque su hijo sea un héroe del

F. B. I.

«Mamma» Paola inclinó la cabeza, aturdida. Tenía razón aquel hombre. No debía excitar a Ettore para que cumpliera con su obligación. ¿Para que fuese asesinado como aquel «póvere» Will To-ep-fer? Mucho honor, pero... póstumo.

IX



OR la noche, hacia las once, Ettore y Schanley se dispusieron a salir. «Mamma» Paola había estado, casi vanamente, tratando de ver a su hijo, que permanecía encerrado en una habitación, acompañado de Joy. Era una alcoba, y cuando una vez pudo la anciana pasar, la muchacha estaba sentada en un sillón, al lado de una cama donde estaba echado Ettore. Ella leía en alta voz, y se mostró contrariada cuando la madre del joven penetró en la estancia.

—¿Qué tal, «bambino» mío? —le dijo en italiano, sin hacer caso alguno de la cara hosca que puso la muchacha—. Parece que te las compones muy bien sin mí, ¿verdad? Con ésta... —Hizo un gesto desdeñoso, mirando de reojo a Joy—. ¿De dónde has sacado a esta beldad, hijo?

Ettore la miró largamente, con aquélla su nueva mirada, tan extraña, que brotaba de unas pupilas enormemente dilatadas, como espantadas. Su rostro, de una belleza casi femenina, tenía una rigidez y blancura enfermizas, como marmóreas, con una quietud espantable.

—Vete —repuso con voz monótona, inflexible—. Tú eres el pasado en mi vida. Un pasado lleno de sufrimientos, sin ninguna concesión a lo que un hombre joven tiene derecho. Todo tu afán era que yo estudiase música, siempre música. Cuando consentiste en que amase a una mujer, era ella una maldita copia tuya, tan honorable, que hubo de morir —rió infantilmente— al suicidarse... Ahora, que no te he pedido tu opinión para amar a Joy, ya estás con tus celos absurdos. Vete, vete... Joy me da lo que tú jamás me diste. Me hace soñar, me indica cuál es mi deber. Mark es mi mejor amigo, también. Me lleva de la mano y me señala lo que hay que exterminar... Tú eres el cariño animal, de madre bruta, ignorante, como podría ser una perra, una yegua, una... elefanta —rió de nuevo, sin expresión, sin ganas.

Joy se levantó. Tendió su brazo hacia la puerta y dijo a la estupefacta «mamma» Paola con voz autoritaria, desdeñosa:

—Ya lo oye. No venga a molestarle, si él no la llama. Estamos aquí para cuidarle, para evitarle disgustos y terribles reacciones deprimentes. Aunque le ha hablado en italiano, he comprendido perfectamente que trata usted de influir sobre su hijo para que me rechace y colocarse usted en el primer plano egoísta que siempre ha gozado. Tener al hijo bajo las faldas, aunque se entontezca considerándole estúpidamente como un genio... dependiente del de usted. Salga de aquí... Vaya a la cocina y vea si es capaz de hacernos la comida, de ser útil a su hijo y a los que nos preocupamos de él.

Y «mamma» Paola, que hubiera luchado fieramente si su hijo la hubiese apoyado un poco con su cariño, con sólo un gesto, al no hallar en él nada de esto, sino una aprobación rotunda a las palabras de aquella arpía con rotundos movimientos de cabeza, salió de la alcoba, aún más lívido su rostro que el de su hijo y destrozada moralmente. Comprendió, de una vez, de un solo golpe, que su hijo, no sabía por qué ni cómo, era un extraño para ella, o, quizá, peor aún, ella era una extraña para Ettore. La intercesión de

Joy, la de Schenley, aquel desdichado deber que le imponía el ser agente «speciale» del

F. B. I.

el terror a los «gángsters»... No sabía a ciencia cierta qué era, pero allí estaba la cosa. Un hijo siempre amantísimo, quitadas sus rarezas de genio, muy disculpables en los grandes talentos, se había convertido en un ente enfermizo, idiotizado, que ¡odiaba la música!, que no tenía al parecer nervios ya, que era injusto, brutal, desagradecido, y que no la amaba, esto era lo «orribile». Que no la amaba...

Y bajó a la cocina, encendió el fuego y, resignadamente, se puso a cocinar cuando Joy llegó de hacer las compras. La habían llamado para que fuese la criada, no de su hijo, sino de aquellos otros dos personajes odiosos; el uno con cara de «sanguinoso», de «gángster», pese a ser «ispettore» del

F. B. I.

Y la otra... La otra era la que le estaba atontando a Ettore, reduciéndole a una piltrafa humana, quitándole su «maraviglioso» genio, su arte. La que le había arrebatado el cariño de su «figlio», de su «bambino» mimoso, aunque a veces la llamase «bruta, animale».

Cocinó y sirvió la comida a la mesa, humildemente, sentándose en una esquina de la mesa mientras Ettore estaba arriba, durmiendo, según dijera Joy. Era el caso que aquella «maledetta» había bajado varias veces a la cocina con un estuche metálico de ésos en los que se cuece el agua para desinfectar las jeringuillas de inyecciones y había practicado tal operación. «Mamma» Paola la preguntó quién necesitaba inyectarse, y si era Ettore. Joy replicó secamente que era ella, que tenía un absceso en un muslo... Ojalá fuese así, pensó con la peor intención «mamma» Paola, pero su instinto maternal, su vivacidad latina le previno de que aquella jeringuilla de inyectar tenía algo que ver con la nueva actitud de Ettore. Ya lo averiguaría, y si era cierto, «maledetto sia el diávolo!» que iba a saber aquella jovencita lo que era un temperamento, «meridionale».

La tarde se pasó, para ella, sentada ante una ventana, cosiendo calcetines de Ettore, dando vueltas y más vueltas al desamor de su «bambino», a las razones que para ello tuviera, a la conducta de Joy, de Schenley, que se pasaba el día telefoneando o durmiendo,

tumbado en un diván, en el «*hall*», con una pistola siempre encima.

Y llegó la noche, y la hora de cenar. Y Ettore bajó al «*hall*», puesta una trinchera de color claro, tocado con un flexible gris, dispuesto a salir. Con él, Schenley, embutido en un gabán gris y con una gorra muy echada sobre los ojos. Cenaron silenciosamente, Joy atendiendo a Ettore y no permitiendo que «mamma» Paola lo hiciese. No hubo conversación apenas, y cuando la anciana quiso saber por qué su hijo salía, un silencio elocuente la indicó que su pregunta no era digna de contestarse. Ettore parecía ignorar que su madre estuviese allí, frente a él, con los ojos llenos de lágrimas, esperando como un humilde animalejo una caricia, simplemente una amistosa mirada. Pero todo lo conllevaría y lo sufriría con tal de no separarse de su hijo. Tenía la intuición de que él necesitaba, la necesitaría, pese a la pegajosidad y exagerado interés de aquélla. Joy.

Ettore se había guardado en un bolsillo de la trinchera su pistola de grueso calibre. En el otro, aquel largo cuchillo, de aguda punta, estrecho.

Schenley murmuró para que le oyese solamente el joven:

—Montechi y Annozi me han dicho que todo está a punto. No puedes fallar, muchacho. Es él el que dirige y tiene planteada nuestra perdición, tu felicidad con Joy. Mírala, que bella está... Jamás mujer alguna te quiso como ella. Después tendrás mucho dinero. Y todo lo demás...

«Mamma» Paola salió al paso de Ettore cuando éste abrió la puerta del porche para salir, seguido de Schenley.

—Vuelve pronto, «bambino» mío —le dijo con voz trémula—. Déjame que te dé un beso...

Él se inclinó y la besó, mirándola impasible, fríamente, mientras la anciana le besaba muchas veces, sollozando. Y le vio partir, caminando por el sendero, hacia la pequeña puerta, iluminado por la luz que salía del «*hall*».

¡Qué extrañamente marchaba su hijo! Toda su vivacidad nerviosa, su dinamismo, a veces excesivo, revelador del volcán que había en su pecho, en su cerebro, parecía haberse extinguido al conjuro de una helada corriente, de una mortal parálisis cerebral, que le impulsaba a caminar como un autómatas, una máquina. Sí, parecía una máquina, una terrible máquina refrenada, pero

susceptible de acelerarse hasta un límite insospechado. Una máquina parecía, ¿pero de qué?

«Mamma» Paola cerró la puerta lentamente cuando dejó de ver a los dos hombres, que habían salido ya del jardín de la villa. Joy, en su postura favorita, sentada en un sillón, con las piernas sobre un brazo del mueble, fumaba lentamente, canturreando mientras movía los pies.

—¿Tardarán mucho? —preguntó a la joven, sentándose en otro sillón, al otro lado de la estancia. No quería verla en aquella indecorosa postura, indecente, de mujer ineducada, grosera.

—No. Dentro de una hora estarán de vuelta. Pero cuando vuelva, Ettore ha de llevarme al teatro. Me lo ha prometido. Voy a vestirme.

Aquella muchacha estaba loca... Comprometer a su hijo a salir, sabiendo que los «gángsters» le buscaban para asesinarlo... Decididamente, su hijo era otro hombre; le habían hecho otro, opuesto totalmente a cómo era antes. ¿Cuándo fue Ettore al teatro, que ella recordase? Jamás... Aborrecía los locales cerrados, donde sus nervios sufrían terriblemente. Y en el teatro sentía tremendos deseos de demostrar a los actores, de interrumpirlos, criticando su trabajo y la obra que representaban.

Joy subió rápidamente la escalera ruinoso, silbando ahora, como un hombre, otra canción moderna, incomprensible para la anciana, que gustaba de la buena música, de las óperas.

Tomó de encima de una mesita su libro de oraciones y un rosario y se puso a rezar calladamente bisbiseando. Toda su ternura se volcó en la dulce, y anhelante petición a la «Santíssima Vierge della Pietá» que libraba de todo mal a su «bambino». Que no le faltase a ella su cariño de buen hijo, aunque siguiese de cuando en cuando llamándola «bruta, animal». Había que disculpar a los genios sus rarezas.

Un buen rato después, Joy bajó al «hall». «Mamma» Paola levantó la mirada por encima de las gafas para contemplarla con la boca abierta. «Per Dio», aquella desdichada no se había vestido, sino que se había desnudado... ¿Qué llevaba encima, la muy...? Una faldita de gasa, un vestido, mejor dicho, cuya falda dejaba ver las rodillas. Muy ceñido, sus caderas quedaban oprimidas en un corpiño como cintura de avispa. Sin mangas, con los hombros y los

brazos al aire. Y qué escote... Nada; nada que se debiese ocultar, que para eso es la ropa, quedaba sin mostrar generosamente. Y con aquella mujer, tal como iba, había de salir su hijo, «Santo Dio»... Para buscarle un compromiso, seguramente, porque los hombres rugen y se vuelven feroces cuando ven un desafío y una invitación a sus pasiones.

Y Ettore tendría que defenderla, y matarse por ella...

Joy se sentó, sonriente, complacida de su atuendo. Pareció consultar con la mirada a la anciana, que volvió con renovado ardor a sus rezos, pero ahora pidiendo que «Dio» se apiadase de aquella mente descarriada, entregada al vicio.

Pasó una hora, y más. Fumaba Joy como un descargador de los muelles, medio adormilada, en su postura favorita. Rezaba «mamma» Paola, sin atreverse a mirar a la joven, temerosa de pecar como si el mismo «Diávolo» estuviese a su lado.

Lejos, se oyeron como disparos muy seguidos, muy seguidos. El alarido de una sirena, haciendo trémolos angustiosos. Más lejos, el de otra, que parecía contestar. Y disparos sueltos, más débiles. Una ráfaga como de ametralladora, el rugido de un motor, que aumentaba su volumen de sonido rápidamente...

«Mamma» Paola levantó la cabeza, intranquila, quitándose las gafas.

—¿Eso? —inquirió mirando al rostro, solamente al rostro, muy pintado, de Joy—. ¿Qué es?

—Nada. La Policía anda aquí a tiros todas las noches. ¡Buena gente vive en este Harlem negro! —contestó sencillamente la joven, arrojando la colilla del cigarrillo y sacando otro «Fátima» de la pitillera. Lo golpeó ligeramente contra el dorso de la mano izquierda y lo encendió tranquilamente.

Sobre el asfalto mojado de la calle sonó el deslizarse rápido de un coche, el chirrido de dos neumáticos al dar una vuelta, y perderse poco a poco en la distancia. El ulular de las sirenas se acercaba...

Cinco minutos más. «Mamma» Paola pensando en su Ettore, que andaría por allá afuera, de cara al peligro. Quizá él iba en uno de aquellos coches del

F. B. I.

persiguiendo a la «canaglia gángster», a los «banditos, assassinos,

maledettos». Joy, muy tranquila aparentemente, pero más pálida, más nerviosa, arrojando mediados los cigarrillos para encender otro.

Veía dobles las letras en el libro de oraciones. No podía rezar debidamente, con devoción. Pero de su corazón atribulado salían los gritos mudos de súplica, de protección para su Ettore a la «dolce Vèrgine della Pietà». Y que si muriese, a ella también se la llevase, para ir juntos, de la mano, al «Cielo» tan ansiado...

Sonó la puerta pequeña del jardín al abrirse, chirriando sus goznes. Y el portazo. Después, unos rápidos pasos sobre las losas rotas, del sendero. Rechinar la llave, nerviosamente, de la puerta del porche, dando alguien una patada de impaciencia. Rechinó la puerta y fué empujada violentamente.

Ettore y Schenley aparecieron en el umbral, mojados de lluvia sus abrigos, la gorra y el sombrero. Sus rostros, contraídos, angulosos, con las bocas abiertas, como fatigados. Sus miradas de espanto, crueles, muy fijas.

—¡Apaga esas luces, tú! —rugió Schenley dirigiéndose a Joy, que les contemplaba fríamente, despectiva, esbozada una burlona sonrisa en sus pintados labios. Fue a un rincón y apagó las luces del «hall», quedando a oscuras la estancia.

—Ettore... —musitó «rnamma» Paola, buscándole a tientas—. Ettore...

—«Mamma» —contestó el joven con voz enternecida—. He fallado...

—¡Calla, Ettore! —gritó Schenley roncamente—. ¡Cállate, vieja tonta!

—Habéis fracasado, ¿verdad? —murmuró quedamente Joy, acercándose a Schenley—. Y os habéis echado encima a esos...

—Fue ese imbécil. Se lo habían puesto delante de las narices, como ocurrió con Shaw, Montechi y Annozi. Pero Jeffery es astuto como una liebre y comenzó a tirar él. Los dos italianos cayeron muertos por él. Y los especiales, que nos estaban esperando... Pudimos coger el coche y venir, pero me huelo que nos descubrirán. Fue ese idiota, con su genio de matarife, que no acertó con el cuchillo.

—¿Y tú? A una milla de distancia, como siempre —contestó Joy ahogando la risa—. Me alegra que te hayas salvado. Estoy hasta la

coronilla de disimular con ese loco de atar. Dejemos a la madre y al hijo que se arrullen.

—Le necesito todavía. Es un salvaje que mata por placer y me ahorra el exponerme yo. Cuando termine con lo que deseo de él, le ponemos una inyección de cianuro o cualquier otra cosa y haremos un favor a la Humanidad librándole de semejante loco homicida. Le tengo verdadero miedo. A veces parece que me mira como si me hubiese elegido ya como víctima.

—¿Qué era, Ettore mío? ¿Los «gángsters»? ¿Os perseguían los «gángsters»? —preguntaba «mamma» Paola ansiosamente a su hijo. ¿Ibas tú con los del

F. B. I.?

Ettore callaba, escuchando atentamente. También callaban Schenley y Joy.

Sonaban de nuevo los deslizamientos de las ruedas de unos coches, en la calle, sobre el mojado asfalto. Uno de ellos pasó muy despacio. Una luz muy blanca pasó rápidamente sobre la fachada del edificio, iluminándola.

—¡Al suelo, Ettore! —gritó Shenley—. Prepara la pistola...

Ettore lanzó un rugido de rabia. Apartó de un manotazo a su madre, a la que arrojó al suelo, echándose él después. Murmuraba algo, con infinita rabia, que ella no entendía. Tampoco entendía aquello. Parecían policías los que iban en los coches, haciendo sonar las sirenas, los que iluminaban de nuevo la fachada de la villa con un reflector de mano. Los «gángsters» no hacían aquellas ostentaciones, sobre todo cuando las sirenas de la Policía estaban sonando tan cerca. Como no fuese que los mismos «gángsters» usasen ahora «autos» con sirenas, para hacer creer que eran de la Policía...

Ruido de pasos precipitados sonaron sobre las losas del sendero, en el jardín. Alguien había entrado.

—Ettore... —gimió la anciana, apretándose contra su hijo—. Están ahí... ¿Son los «gángsters»? Si lo son, lucha, «figlio» mío, lucha, «puniré» a esa «canaglia». A ese «assassino maledetto»...

Schenley, enloquecido de miedo, incapaz de dominar sus nervios ante la presencia de enemigos en la puerta, disparó sobre ella repetidas veces. Ettore saltó como si una ballesta le hubiese empujado hacia arriba, lanzando un aullido espantoso de rabia,

disparando también contra la vieja puerta del porche.

—¡Están ahí dentro, inspector! —gritó alguien en el jardín—. ¡Cuidado, que están dentro!

—¡Ettore! ¡Ettore! —gritó roncamente «mamma» Paola, levantándose con increíble rapidez y buscando en las sombras a su hijo, tendidos los brazos—. ¡No son los «gángsters»! ¡¡No son los «gángsters»!!... ¡Ettore, no dispaes! ¡Son los tuyos!

Ettore gritaba como un demente en pleno delirio, pugnando por abrir la puerta, sin tener la llave, y la aporreaba con pies y manos, ávido de luchar, de matar.

Schenley y Joy corrían alocadamente de un lado a otro, cerrando ventanas, subiendo al piso superior para hacer alguna operación, sintiéndose acorralados. El «boss» gritaba, alentando a Ettore a la matanza, sabedor de que el joven, en aquellos instantes, valía por diez hombres arrojados, feroces. Todo era cuestión de hundirlo más y más en la locura, incitarle al homicidio.

—«Perché»? —gritaba «mamma» Paola, enloquecida de horror y asombro, no comprendiendo por qué su hijo y Schenley hacían frente a la Policía—. ¡Ettore, «bambino»! ¿«Perché»? Son los tuyos, los tuyos...

—¡Mátala, Joy! ¡Mata a esa vieja asquerosa! —aulló Schenley desde arriba, disparando con su pistola—. ¡Duro, Ettore, duro!

Afuera, los hombres del

F. B. I.

y de la Metropolitana gritaban, tratando de hacerse oír de Ettore y Schenley, pidiéndoles se rindiesen. Sonaban las sirenas estruendosamente, esparciendo la alarma por doquier, y el mugido de los motores de los coches y autocares en la calle atronaba.

«Mamma» Paola, aterrorizada, huía de Joy, en las sombras, que quería matarla, cumpliendo las órdenes de Schenley. Ettore aullaba, lanzando gritos espantosos de impotencia, sacudiendo la puerta ferozmente, sollozando de rabia.

La anciana vio durante un instante la figura esbelta de la joven, que llevaba un cuchillo en la mano. Iba encorvada, sigilosa, buscándola tras los sillones, en los rincones. Matarla a ella porque le decía a Ettore que los que estaban en el jardín no eran los «gángsters» temidos, sino el

F. B. I.,

el salvador... Pero ¿qué cosas estaban pasando, «Santíssima Vérgine della Pietá»?

Acurrucada en un rincón, muy abiertos los espantados ojos, trataba de captar los movimientos y el paso de Joy entre los ruidos terribles de los disparos, los gritos de demente de Ettore, sus golpes contra la puerta y el fragor de afuera, con las carreras de los agentes de la ley. Schenley, subiendo y bajando la escalera de mármol, asomándose a las ventanas del piso superior, disparaba ahora con una «Thompson», que sonaba estrepitosamente, llenando de fragor el interior del edificio.

Joy parecía invisible e inaudible... «Mamma» Paola tenía en la mano un jarrón de porcelana pesado, con el pie de bronce. Su terror iba en aumento, pero una firme decisión de no dejarse matar por aquella maldita mujer se había apoderado de ella. Tenía que ayudar a Ettore, que se estaba volviendo loco, azuzado por aquel «sanguinoso» y feroz Schenley.

Ettore había encendido la luz del «*hall*»... Y buscaba la llave de la puerta con terrible ansiedad. Tenía en la mano la pistola.

«Mamma» Paola no reconoció el rostro de su hijo. Ni aun en los momentos de mayor excitación de Ettore, su cara reveló la locura como en aquel instante. Un ribete de sangre circundaba sus ojos, muy abiertos, con las pupilas tan dilatadas, que parecían abarcar todo el globo. Y en su expresión no se veía más que locura, locura...

—¡Apaga! ¡¡Apaga, Ettore, maldito!! —rugió Schenley desde arriba.

Y su «Thompson» lanzó un chorro de balas hacia el exterior, contestado ya por los agentes del

F. B. I.

y de la Metropolitana, que rodeaban el edificio. Un estruendo terrible de cristales rotos, de todas las ventanas, apagó durante unos segundos todo otro ruido.

Joy se lanzó hacia el sitio donde estaba «mamma» Paola, sonriendo ferozmente, enhiesto el largo cuchillo. Toda su belleza había desaparecido, mostrando su rostro la perversión más abyecta, viciosa, cruel.

«Mamma» Paola se irguió valerosamente, bien cogido el jarrón de Sévres por la boca.

—«Santíssima... Vérgine»! —musitó, lívida de horror, pero

valiente, esperando la acometida de Joy, que vacilaba, vigilando también a Ettore, que estaba buscando aún la llave con la espantosa tenacidad de los dementes—. «Perché»? Ettore, Ettore, «perché»? —gritó cuando Joy se lanzó sobre ella, al ver que el joven no la prestaba atención.

Pero Ettore se volvió cuando Joy saltaba para evitar el ser herida por el jarrón que le arrojara «mamma» Paola, Y levantó la pistola, sonriendo infernalmente, apuntando a la joven. Disparó...

Joy recibió el balazo en el pecho, en el lado izquierdo, y giró sobre sus pies, lanzando un grito inarticulado. Buscó con ansiedad algo a qué asirse, mientras de sus labios salía la sangre. En el pecho, el rojo líquido brotaba, manchando su vestido de noche azul, con el cuello de piel blanca.

Ettore se lanzó a ella, sujetándola, espantada la mirada, como si no se hubiese dado cuenta de que él había cometido aquel homicidio, uno más. La besó ansiosamente, apoyándola contra su pecho, manchándose a su vez con la sangre de ella, que cerraba ya los ojos y se dejaba caer, agonizando.

Schenley, arriba, iba de una habitación a otra disparando su «Thompson», rugiendo, aullando como una fiera, pidiendo a Ettore que le ayudase. Y de fuera, del jardín, entraban las balas en terribles ráfagas, perforando las contraventanas, «Mamma» Paola, de rodillas, rezaba, temblándole el enorme cuerpo fofo, mientras las lágrimas de espanto brotaban de sus ojos, muy abiertos...

—«Figlio, perché» ellos disparan sobre ti, sobre Schen... Son los del

F. B. I.,

«figlio»... ¡Los tuyos! «Perché, Ettore, tutto este inferno»?

Ettore estaba arrodillado al lado del cadáver de Joy, contemplándola con terrible fijeza. Una lucha salvaje estaba trabada entre su mente, ofuscada por la locura, y un chispazo de consciencia que ponía en su mirada destellos de dolor, de ternura.

Schenley se asomó a la escalera y vio aquella escena. Estaba tan espantoso como Ettore, pero su furor era provocado por el miedo incoercible a morir. En todas las ventanas, acribilladas a balazos, los agentes intentaban hacer saltar, las maderas, dando recios culatazos o apalancando.

—¡¡Ettore, mata, mata!! —gritó con terrible fuerza Schenley—.

¡Es tu oficio, condenado!

¡¡Mata!!

El joven se incorporó, galvanizado por los gritos del «boss», volviendo su mente a caer en el abismo de la locura furiosa. Cogió la pistola y miró en derredor, buscando al enemigo, mientras una espuma sanguinolenta brotaba de sus labios.

—¡Mata, mata, mata! —gritaba Schenley, riendo—. ¡Lo que te gusta, Ettore!

—¡No, no, «figlio»! —gritó «mamma» Paola, enloquecida de horror, levantando los brazos con desconsuelo—. No mates a los tuyos, ¡«bambino» mío! ¡Son los tuyos, los tuyos! «Tutto é perduto, Dio Santo»! Ettore, «ricorda, ricorda»... Son los tuyos, el

F. B. I.

Fue como una exhalación a una de las ventanas y la golpeó desesperadamente, gritando con voz espantosa:

—No «tirare», no «tirare»! «Ispettore» Cheferry, no «tirare»! «Perché tirare contro mi figlio»? «Perché»?

—¡¡Ettore, mátala también a ella!! —rugió Schenley desde arriba, disparando frenéticamente—. ¡¡Van a entrar, Ettore!! ¡¡Mátala, que es una traidora!!

—«Ispettore» Chéferry, no «tirare»! —gritaba «mamma» Paola sollozando, golpeando con las manos la contraventana.

Ettore subió de tres en tres los escalones de mármol, esgrimida la pistola. La «Thompson» de Schenley no cesaba de tronar, tanto en un ala del edificio como en la otra. A ella se unieron los disparos secos de la automática de Ettore, que parecía cantar rabiosamente una melopea muy triste, quizá fúnebre.

—¡Señora Radossi, abra la puerta! —gritó fuera la voz enérgica del inspector Jeffery—. ¡Abra la puerta! ¡No queremos hacer ningún mal a su hijo!

«Mamma» Paola vacilaba. ¿No querían hacerle ningún mal, y estaban acribillando la casa a balazos? ¿Es que no eran destinados a Ettore?

Buscó con la mirada la llave. No la había encontrado su hijo, y ella tampoco sabía dónde estaba. Pero ¿abrirla, caso de encontrarla? Todo aquello que estaba sucediendo era incomprensible para ella, de recta alma, creyendo a todos como ella. No había duda de que los del

F. B. I.

querían matar a su Ettore, aunque no sabía por qué. Tampoco sabía por qué Ettore disparaba contra ellos. Ignoraba igualmente por qué aquel «canaglia» Schenley, siendo «Ispettore» del

F. B. I.,

como decía él y había asegurado su hijo, ahora luchaba contra su Organización, azuzaba a Ettore a que matase y hasta quiso que aquél matase a su madre. «Incomprensibile»!

—¡Abra, o echamos la puerta abajo, señora Radossi! —gritaba Jeffery, en medio del estruendo de la lucha, dando golpes en la puerta—. ¡Le aseguro que no queremos matar a Ettore! ¡Aproveche ahora, que está arriba!

—«Perché tutto esto, *signore* Cheferry»? —Imploró la anciana, cada vez más indecisa entre buscar o no la llave para abrir.

Le parecía como una horrenda traición abrir el portillo por donde habían de entrar los enemigos de su hijo para asesinarlo por la espalda. Su fe en los hombres se desmoronaba en aquellos terribles instantes. Solamente veía a su Ettore acorralado, luchando como un demente, y esto, su fe inquebrantable en él, en su genio de semidiós, en su maravilloso talento, era lo que no decaía.

—¡Echamos la puerta abajo, señora Radossi, y su hijo morirá si nos hace frente! —rugió la voz del inspector.

«Mamma» Paola se estremeció de pies a cabeza. Si Ettore se salvase de la muerte impidiéndole defenderse... El

F. B. I.

era algo maravilloso para ella, y en él sí que creía. Había visto a la señora To-ep-fer aceptar estoicamente la muerte de su hijo, el «póvere» Will, sin renegar del

F. B. I.

por lió. ¿Iba a ser menos ella, cuando le ofrecían respetar a Ettore, no matarlo?

—La «chiave», la «chiave» —exclamó agitadamente, mirando a su alrededor con turbia mirada—. «Sperare, *signore* Chéferry, sperare! —gritó angustiadamente—. “Aspetti un pochino”... La «chiave», la «chiave»...

En medio de la estancia, repentinamente, se sintió morir. ¡Ya estaba aquella angustia, la espantosa sensación de que la vida se le iba a pasos de gigante!... El corazón se paraba, hacíanse sus latidos

débiles, débiles, y todo su ser parecía como si se volatilizase, como si quedase suspendido en el aire, quedando solamente un soplo debilísimo...

—«Non posso»... La «morte, sig... nore» —cayó pesadamente al suelo, lívido el rostro, pero sereno, tranquilo—. Ettore, «figlio», ven, ven...

Como si la hubiese oído, pese a ser su voz quedísima, Ettore bajaba casi rodando la escalera de mármol, espantoso, herido por múltiples sitios, pero lleno de fuerza, poseído del delirio de matar.

La puerta era atacada con terrible fuerza por los agentes, así como las contraventanas. Parecía como si todo el edificio fuese a caer derruido, retumbando paredes y techos. Schenley bajaba también, pero después de lanzar un grito espantoso de agonía cayó rodando espectacularmente, abierta la cabeza de varios balazos que penetraran por las contraventanas.

La puerta se vino abajo con estruendo. Y Ettore disparó ciegamente, cantando, gritando, sollozando, arrodillado al lado de su madre, que le hablaba con voz como un suspiro:

—No, no, “figlio”. Perché?»

Dos agentes especiales cayeron bajo los disparos del joven. Y entonces, aunque el inspector Jeffery quiso impedirlo, aullando órdenes, varias ametralladoras de mano soltaron sus chorros de fuego, tomando como blanco único el cuerpo arrodillado del demente.

Después todo quedó en silencio, tan aterrador como el estruendo anterior. Nubes de humo de pólvora llenaban la estancia. Los agentes, sudorosos, feroces por la excitación de la pelea, se miraban unos a otros, como buscando excusarse de haber matado a un loco.

Ettore, acribillado a balazos, con la cabeza apoyada en el regazo de su madre, estaba muerto. «Mamma» Paola le acariciaba lentamente la cabeza, sin casi fuerzas para hacerlo. El inspector Jeffery se arrodilló a su lado, muy pálido, confuso. Ella le miró serenamente, con la duda terrible dibujada en su semblante:

—«Perché?... Perché?»...

Y bajó la cabeza, muerta de dolor, de incomprensión por la conducta de los hombres.

FIN



Muerte en el atardecer

He aquí una obra vigorosa, cuajada de aventuras escalofriantes que llegan a emocionar al lector por la rudeza de las escenas, la intriga y el peligro que pasan los agentes especiales del F. B. I.

Eddie Thorny

es el autor de esta novela que figurará en los primeros puestos de este género literario

Muerte en el atardecer

nos habla de un hombre que no temía a la muerte y, sin embargo, tuvo miedo de enfrentarse al poder cruel de...

¿Los mejores cuadernos de dibujos?

¿Los mejores cuadernos infantiles?

Aventuras del F. B. I.

Pídalos para su hijo en los
buenos quioscos

